

Paul Milcent

Juana Jugan

Humilde para amar

PAUL MILCENT

JUANA JUGAN

Humilde para amar

BARCELONA
EDITORIAL HERDER
1980

Versión castellana de LUISA MEDRANO, de la obra de
PAUL MILCENT, *Jeanne Jugan, humble pour aimer*,
Éditions du Centurion, París 1978

S. C. pro Causis Sanctorum
501. Nihil obstat
Romae 24. VII. 79
Amatus Petrus Frutaz
subsecretarius

IMPRÍMASE: Barcelona, 26 de junio de 1979
† JOSÉ M. GUIX, obispo auxiliar y vicario general

ISBN 84-254-1108-4

ES PROPIEDAD DEPÓSITO LEGAL: B. 43.621-1979 PRINTED IN SPAIN

GRAFESA - Nápoles, 249 - Barcelona

Índice

Prólogo

Este libro lleva una firma única.

No es totalmente justo, ya que es fruto de una estrecha colaboración. En efecto, en los archivos de las hermanitas de los pobres, he encontrado una documentación abundante, resultado de un trabajo considerable, paciente, metódico y crítico, digno de admiración; he encontrado también algunas indicaciones y consejos muy competentes. Las investigaciones ya estaban hechas: yo no he tenido más que participar de ellas comprobando la calidad del trabajo, penetrarme del contenido de estos documentos, vivir así con Juana Jugan durante casi un año, y después dar una expresión a la imagen que yo me había formado de ella y de su existencia. Y esto merecería mucho más que el agradecimiento en un prólogo...

También he consultado el texto de la Positio super virtutibus *para comprobar mi conformidad con este importante trabajo que ha conducido a la declaración de la heroicidad de las virtudes de Juana Jugan por Juan Pablo II, el día 13 de julio de 1979.*

También me han ayudado otros: todos aquellos y aquellas que han querido releer atentamente mi manuscrito y comunicarme sus observaciones. Les doy las gracias de todo corazón.

P. M.

Introducción

Cuarenta y siete años de una existencia corriente;

doce años de creatividad evangélica intensa;

veintisiete años de inactividad silenciosa y oculta;

este balance de una larga vida no es corriente y las causas de este prolongado retiro son aún más desconcertantes.

Así vivió Juana Jugan, fundadora de las Hermanitas de los Pobres, entre 1792 y 1879.

Para evocar su vida —y, en la medida en que podamos, su trayectoria espiritual— seguiremos de cerca a los testigos que nos han hablado de ella, lamentando a veces que hayan sido tan discretos, y que ella también nos haya dejado tan pocas confidencias. Cuando emitamos una hipótesis personal, lo indicaremos honradamente. Intentaremos también situarla en la evolución del conjunto del país.

No recargaremos el texto con notas justificativas, ni siquiera cuando intentemos elucidar un punto algo delicado; pero al final de cada capítulo indicaremos las fuentes que utiliza. Un apéndice dará un resumen crítico de estas fuentes.

PRIMERA PARTE

Crecimiento

1792-1839

Acta de bautismo de Juana Jugan (Joucan) en los registros parroquiales de Cancale

1

Cancale (1792)

25 de octubre de 1792. En una modestísima casa cubierta de bálago de los alrededores de Cancale, en la costa norte de Bretaña (Francia), una niña llega a este mundo. Este mismo día la bautizan en la iglesia parroquial y la inscriben con el nombre de Juana, hija de Joseph Joucan[1] y de Marie Horel[2], su esposa.

¿Produce alegría este hecho en la aldea de Petites Croix? Sin duda, pero no una alegría sin sombras. El padre se halla ausente: es un marinero veterano y se ha embarcado el 27 de abril para Terranova, a la pesca de altura. Regresará el 12 de noviembre, tres semanas después del nacimiento; pero, ¿sabían si regresaría? El mar es traidor...

Además 1792 es un año trágico: la revolución ha estallado hace tres años y en aquellos mo-

1. Joseph Joucan, padre de Juana, nació en Cancale el 26 de marzo de 1757. Su nombre se escribe también *Jouquan, Jouquand, Joucant,* pero no *Jugan.* En Saint-Servan —en donde es frecuente el nombre de Jugan— se deformó el nombre de Juana Joucan en Juana Jugan; y éste es el nombre que le quedó.

2. Marie Horel nació el 22 de julio de 1757. Su nombre se escribe a veces *Horès*; pero de todos modos se pronuncia *Horè.* Se casa, en Cancale, con Joseph Joucan, entonces marinero gaviero, el 29 de abril de 1783.

mentos se vive en la inquietud, cuando no en el terror. El rey está en la cárcel, después de haber intentado huir con su familia. Muy pronto, en 1793, se sabrá que ha sido juzgado y condenado a muerte.

Los sacerdotes han tenido que elegir entre la fidelidad al papa y la obediencia a la ley de su país: se les ha obligado a prestar juramento a la *constitución civil del clero,* que el papa Pío VI ha condenado; todos los que no han querido prestar juramento deben ocultarse, o exiliarse; muchos han sido detenidos y ejecutados. Han confiado las parroquias a los sacerdotes que han prestado juramento: es el caso, en Cancale, del cura párroco Godefroy, antiguo monje "du Mont-Saint-Michel", que ha bautizado a la pequeña Juana.

Finalmente, la iglesia parroquial fue transformada en hospital y después en un almacén de forraje para las necesidades de las tropas. No será devuelta al culto hasta 1802.

Los espíritus están turbados. Ya sin ninguna duda se habla secretamente de revolución: algunos meses más tarde se producirán los primeros enfrentamientos de la insurrección de los *chouanes*[3] y, desde este momento, durante unos ocho años aproximadamente, violencias, represiones, robos, ejecuciones sumarias crearán en Bre-

3. Campesinos de la Vendée, que se rebelaron contra la primera república francesa. (Nota del traductor.)

taña un clima de inseguridad que sin duda ha marcado la primera infancia de Juana y de su hermano y hermanas.

Juana no era la única ni la primera en el hogar de sus padres. La habían precedido cinco hijos, pero tres habían muerto al poco tiempo de nacer. A ella la recibió una hermana mayor, de siete años, Marie-Joseph (1785-1837) y un hermanito, Louis-Julien, que aún no tenía dieciocho meses (1790-1878). Después de ella nacerán otros dos: Thérèse-Charlotte (1794-1881), "hija de Joseph Joucan, marino ausente al servicio de la república", y Gillette-Jeanne, que vivirá solamente dos años, nacida también en ausencia de su padre (1796).

Ausencia definitiva, desgraciadamente. En abril de 1796, cuando Juana tenía tres años y medio, el registro de las inscripciones marítimas anota respecto de Joseph Joucan: "No se ha presentado en la oficina de reclutamiento. Se dice que se ahogó yendo en un barco de Cancale". Se le esperará durante mucho tiempo. Se necesitaban siete años para que fuese considerado legalmente muerto el que había desaparecido en el mar; pero lo esperarán aún más porque muchos marineros franceses habían sido hechos prisioneros por los ingleses y tal vez se podía encontrar entre ellos. Todavía en 1816, cuando se casa Marie-Joseph, se dirá: "hija de Joseph, ausente desde hace unos

dieciocho años, sin noticias". Pero este mismo año regresaron a su patria los quinientos o seiscientos cancaleses prisioneros de los ingleses; Joseph Joucan no volvió. Esta larga espera sin duda marcó profundamente la existencia de Marie Joucan y de sus hijos.

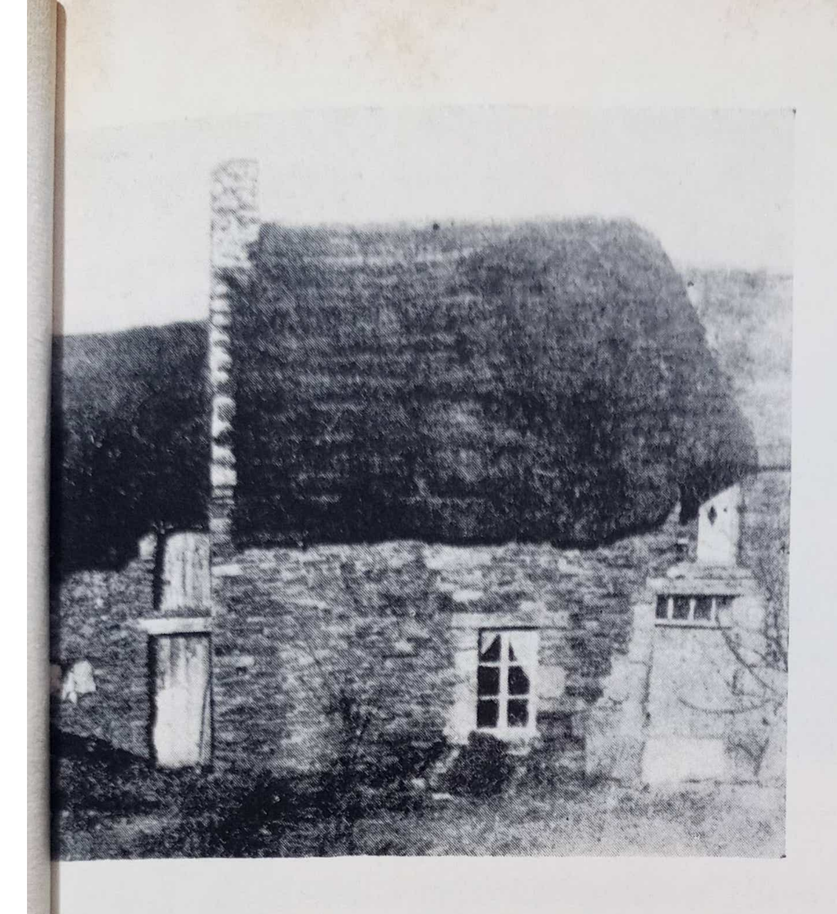
En Cancale, pueblo de marineros, estaban preparados para afrontar estas situaciones. Conocían el mar. Los hombres estaban ausentes con frecuencia, y después, cualquier día, el barco no regresaba, o regresaba sin ellos. Los dos cuñados[4] de Juana perecieron en el mar; y su hermano, también marinero, se casará en segundas nupcias, ya entrado en años, con la viuda de un marino muerto en Terranova[5].

Sin duda alguna, la niña nacida el 25 de octubre de 1792, ha podido reír y divertirse con su hermano, sus hermanas y sus amigos. Pero ha crecido rodeada de acontecimientos difíciles, que debieron imprimir en ella cierta gravedad. No po-

---

4. Guillaume Portier (1788-1818), esposo de Marie-Joseph, "ahogado el 14 de octubre de 1818, regresando de Terranova"; y Joseph Emery, esposo de Thérèse-Charlotte, que "pereció el 2 de junio de 1826 en el naufragio de "La Belle-Julie" en los hielos de la costa de Terranova." Marie Joseph, viuda a los 33 años, se casó en segundas nupcias con Pierre-Marie Fauq.

5. Henri-François Buffet († 1973), conservador de los archivos del departamento de Ille-et-Vilaine, ha establecido un cuadro genealógico de la familia Joucan. Muy buen conocedor de la Haute-Bretagne y de su historia, H. F. Buffet se ha interesado particularmente por Juana Jugan, y ha dirigido las investigaciones referentes a ella.

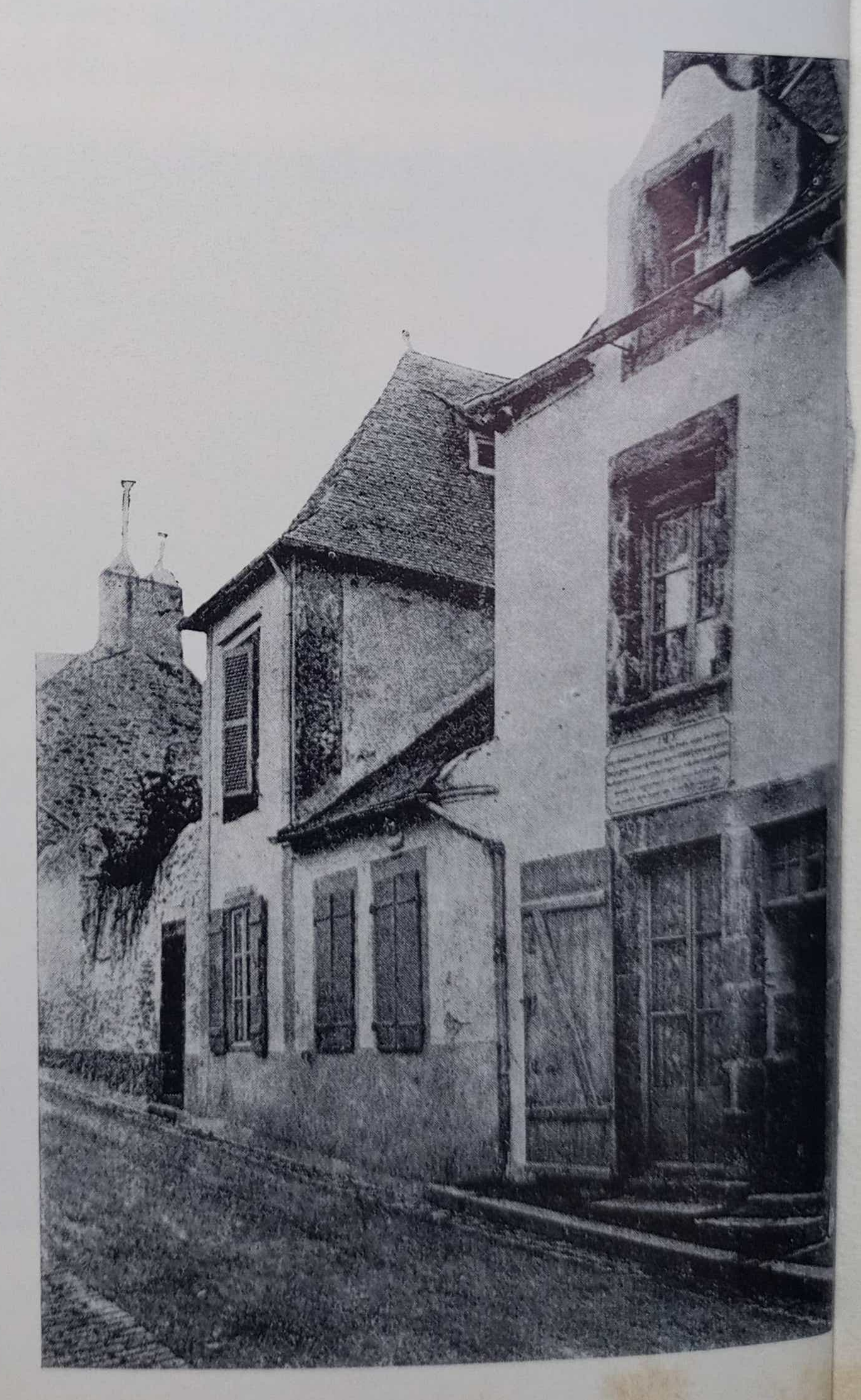


En la aldea de Petites Croix, en la carretera de Cancale a Saint-Malo, la modestísima casa, cubierta de bálago en la que vivía la familia de Joseph Joucan (cf. p. 13).

La habitación principal. Juana nació aquí en la noche del 24 al 25 de octubre de 1792.
Foto Jean Fortier



Le Rosais, «Hospital civil y de la Marina» de Saint-Servan. Juana trabajó en él desde 1817 a 1823 paroximadamente (cf. pp. 33-34).
Foto Hermanitas de los Pobres



La casa de la calle del Centro, en Saint-Servan, en la que se intelaron Juana y Françoise Aubert en 1837 (cf. p. 55).

demos afirmar qué fue más dramático para ella: la revolución o el mar.

* * *

FUENTES DEL CAPÍTULO 1

Fuentes manuscritas

Archives départementales d'Ille-et-Vilaine. En particular: *Registres des Inscriptions maritimes* (antes de 1800).

Archives municipales de Cancale. Registros del estado civil.

Archives paroissiales de Cancale. En particular: *Livre de paroisse* del cura párroco Duval.

Archives des *Inscriptions maritimes de Cancale.* Registros.

Estudios

F. Bouleuc, *Cancale, son origine et son histoire,* Cancale 1886.

H. F. Buffet, *Le véritable nom de Jeanne Jugan,* en "Bulletin de la Société d'Histoire et d'Archéologie de Bretagne", 1952.

H. F. Buffet. *En Haute-Bretagne,* Libr. Celtique, París, 1954.

J. Delumeau, *Histoire de la Bretagne,* Privat, Toulouse, 1969.

J. Vidalenc, *La société française de 1815 à 1848,* 2 vol., M. Rivière, París 1970.

2

Infancia

(de 1792 a 1807 aproximadamente)

Desde el s. XVIII Cancale era célebre por sus ostras: su explotación ocupaba a una parte de la población. Cada semana se mandaban algunas docenas "por medio del servicio de correos, para la mesa del rey". Pero no eran, como lo son hoy, un plato de fiesta: en las regiones de la costa se consumían corrientemente. Y en esta provincia de Bretaña en donde la alimentación era muy pobre, la abundancia de mariscos y de pescado explica en parte, al parecer, el hecho de que los reclutas de Saint-Malo y de Cancale, a comienzos del siglo XIX, eran más robustos que los del interior.

Juana tal vez debió parte de su resistencia física, en realidad bastante grande, a los recursos que obtuvo de su país natal... Sin embargo en su casa eran pobres, incluso antes de la muerte del padre. El producto de la pesca o de las campañas de navegación casi siempre era pequeño. Además, al parecer, Joseph Joucan no gozaba de muy buena salud. El 18 de febrero de 1793 se enrola en un barco corsario, pues la República acababa de comenzar las hostilidades contra Inglaterra y la guerra de piratería en estos años iba a conocer una nueva época de apogeo. Al enrolarse, el mari-

nero recibió trescientos francos[1] como anticipo; pero dos meses más tarde presentaba su dimisión y sin duda tuvo que devolver esta suma. El 3 de agosto se enroló en la marina nacional, y recibió veintisiete libras; pero el 4 de octubre tuvo también que devolver el anticipo, porque "no está en estado de emprender el viaje en este momento". Sin embargo se embarcará en *Les trois couleurs* el 11 de noviembre siguiente... La madre con su propio trabajo tuvo que alimentar a los cuatro hijos que muy pronto fueron cinco. Cuando estaba soltera había trabajado como sirvienta en una granja: volvió a trabajar como asistenta. Tenían algunos animales, y Juana, todavía niña, guardó las vacas en las alturas que dominan la bahía "du Mont-Saint-Michel", no lejos de Petites Croix. Todavía jovencita aprendió a hilar la lana y el cáñamo y a tejer con las agujas ropas de abrigo. Aprendió a rezar el rosario.

Quizás le gustaba volverse, inmóvil, hacia el amplio horizonte y contemplar este mar siempre nuevo, y tan misterioso... Debió impregnarse de estos grandes paisajes, a veces llenos de luz, como cuando se contempla Cancale en primavera, desde la orilla opuesta, con el centelleo del mar

1. Es difícil apreciar el valor de la moneda de este tiempo en comparación con la nuestra. Parece que con unos ingresos mensuales de cien francos (o libras) se podía vivir ampliamente. Así pues trescientos francos eran una suma bastante importante.

infinitamente azul, salpicado de blancas velas entre los pinos, los acantilados abruptos, las grandes masas de aulagas en flor; y otras veces sombríos y salvajes por la tempestad, cuando las altas olas, en la punta "du Grouin", braman contra el escarpado acantilado.

Por la noche, encerraba al ganado en el pequeño establo contiguo a la casa, y hallaba el dulce afecto de su madre, en la gran habitación única, de suelo de tierra pisada, en la que vivía la familia. Los Joucan tenían en alquiler esta casa[2] que al parecer Juana amó mucho.

El mismo pueblo de Cancale en esta época no era rico: a menudo el hambre y a veces la enfermedad hacían estragos. En 1794, una epidemia atacó a una escuadra en la bahía. Murieron dos mil marineros y algunos habitantes. También se sufría vivamente de las grandes carestías que en varias ocasiones asolaron de hambre al país entero, especialmente durante el terrible invierno de 1794-1795. No podemos imaginarnos este estado de hambre extrema, ni las consecuencias que producía: bandas de mendigos, a veces criminales, recorrían los campos y sembraban el miedo.

2. Esta casa existe todavía. Propiedad de la familia Le Chapelier, alquilada hasta el año 1920 a los descendientes de Marie-Joseph, y después a la familia Guérin, fue donada a las hermanitas de los pobres en 1962. Estas la han restaurado, ayudadas por los consejos de H. F. Buffet, director de los archivos del departamento de Ille-et-Vilaine. Actualmente es un lugar de peregrinación.

Ninguna ayuda social ponía remedio a esta situación. Felizmente, en Cancale, se ayudaban entre sí. Se cuenta incluso que las Cancalesas, para sostener a una vecina sin trabajo, que hubiese tenido un hijo o se hubiese quedado viuda recientemente, no dudaban en mendigar de puerta en puerta; esto se hacía con frecuencia, pero no se consideraba como una limosna: aquella por la que se pedía un día sabía que, llegado el momento, les prestaría el mismo servicio a las demás.

Esta experiencia de la pobreza, esta vida austera, han marcado a la pequeña Juana; y tal vez también esta colecta espontánea, amistosa, que es el modo como en Cancale se ayudan mutuamente. Y además, las madres preparaban a sus hijas a que más tarde llevasen solas la responsabilidad del hogar, durante las largas ausencias, o la ausencia definitiva, de sus maridos: tal vez llegaría un día en que le tocaría hacerlo a ella y era necesario que aprendiese a ser fuerte.

Al observar a su alrededor a estas mujeres de mirada firme, valerosas, un poco rudas, la pequeña se sorprendía también por otro motivo: las veía rezar; veía rezar a su madre. Probablemente acompañó con frecuencia a estos grupos de mujeres que salían por la mañana, silenciosas, en ayunas; iban en peregrinación hasta una capillita, entonces en ruinas, que llamaban la Capilla del mar,

Nuestra Señora del Vergel; allí sólo quedaba una virgen de yeso, en una hornacina cubierta de hiedra. Esta peregrinación pública estaba prohibida, pero los comisarios de la república no consiguieron nunca que cesara esta oración de las mujeres por sus maridos y por sus hijos. Con seguridad Marie Joucan participaba en estas súplicas, ya que durante veinte años estuvo esperando el regreso de su esposo.

Ella hablaba de Dios con sus hijos; les contaba el Evangelio de Jesús, la historia sagrada. No existía el catecismo organizado. Pero durante estos años, muchos niños fueron catequizados en secreto por personas de la vecindad, que habían adquirido una fe personal y responsable en una especie de orden tercera fundada por san Juan Eudes en el siglo XVII. Solteras o viudas, vivían su existencia seglar como una consagración a Cristo, siempre a disposición de los demás para la ayuda mutua, para la formación de los jóvenes, para despertar la fe. Mientras se dispersaba a los conventos, nadie se preocupó de estas *religiosas de casa*, de estas *buenas hermanas trottines,* como las llamaban, que desempeñaron un papel considerable en la transmisión de la fe[3]. Por medio de estas mujeres, a pesar de las sucesivas oleadas de la persecución oficial, e incluso en el tiempo en que el papa, detenido por orden del Directorio[4], murió en Francia; pacientemente, discretamente, se realizaba la transmisión del evangelio. Y no es improbable que, antes de pertenecer a esta sociedad, Juana hubiese recibido gracias a ella el conocimiento de la fe cristiana. Probablemente del mismo modo aprendió también a leer y a escribir: su formación intelectual no irá más lejos.

Pero por fin se perfilaron tiempos más tranquilos. Hacia finales de 1799 —Juana tenía siete años— la tensión se iba atenuando cada vez más. Y el día de Pascua de 1802, en toda la nación se proclamó solemnemente el concordato firmado entre Bonaparte y Pío VII. Un párroco "concordatario", M. Alexis Met, llegó a Cancale; se ha conservado de él el recuerdo de un pastor atento y amigo de los pobres. La iglesia se abrió de nuevo y se devolvió al culto.

Sin duda por estos años Juana hizo su primera comunión. El 8 de noviembre de 1803[5], el obispo de Rennes, monseñor de Maillé, administró el sacramento de la confirmación a mil qui-

3. A pesar de ser muy exigente en la elección y formación de sus miembros esta "Sociedad del Corazón de la Madre Admirable" era muy numerosa: en 1859 contaba, según parece, con seis mil miembros sólo en la diócesis de Saint-Brieuc, y casi un número igual en la de Rennes. Véase el *Manual* de la Sociedad del Corazón de la Madre Admirable, editado en Saint-Brieuc en 1859.

4. Nombre dado al gobierno que funcionó en Francia desde 1795 y que fue derrocado por Napoleón Bonaparte en 1799.

5. La diócesis de Rennes era entonces un simple obispado. Hasta 1859 no se convertirá en arzobispado.

nientas personas en la iglesia de Saint-Servan: tal vez Juana se encontraba entre ellas.

Aquí le debemos una explicación al lector. Muchas veces, durante este capítulo, hemos hecho conjeturas: sin duda, tal vez, es probable... Es porque no poseemos ningún documento ni ninguna confidencia personal de Juana sobre su infancia. Solamente la conocemos por las tradiciones familiares, que más tarde contaron sus sobrinas Emery, hijas de su hermana Thérèse-Charlotte: veneraban a su tía, y han contado de ella los recuerdos que habían recibido de su madre. Estos informes son muy pocos: no podríamos hacer su retrato, indicar sus cualidades, sus defectos; así pues nos hemos contentado con estos testimonios indirectos y con los datos históricos conocidos sobre la época y la región en que nació Juana. Nos hemos preocupado —y lo seguiremos haciendo a todo lo largo de esta obra— de no presentar como cierto sino lo que está sólidamente apoyado en documentos seguros.

Lo que queda fuera de duda, sobre la infancia de Juana en su humilde casa natal en la aldea de Petites Croix, es que fue pobre y que muy pronto se impregnó de la fe cristiana.

*
* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 2

Fuentes manuscritas

Archives départementales d'Ille-et-Vilaine. En particular: Registres des Inscriptions maritimes.

Archives paroissiales de Saint-Servan. Registros.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

Règlement pour la société des Filles du Très-Saint Coeur de la Mère de Dieu, Huart, Dinan, 1825. Otras ediciones: P.J. Yvon, Caen, 1757; Saint-Brieuc 1859; París 1914.

J. M. Lecarlatte, *Essai historique sur les mouvements de Dol, le pays dolois, ...,* Hérold, París, 1864.

F.G.P.B. Manet, *De l'état ancien et de l'état actuel de la baie du Mont-Saint-Michel et de Cancale, des marais de Dol et de Châteauneuf, ...,* en Saint-Malo, en casa del autor, 1829.

Estudios posteriores

F. Bouleuc, op. cit.

H. F. Buffet, *En Haute-Bretagne,* ya citada.

J. Delumeau, op. cit.

H. Devillers, *Les Cancalaises,* Floury, París, 1903.

C. de La Corbinière, *Jeanne Jugan et les Petites Soeurs des Pauvres,* Lecoffre, 1883.

C. Langlois y P. Wagret, *Structures religieuses et célibat féminin au XIX siècle. Les tiers ordres dans le diocèse de Vannes,* publicación mimeográfica, Centre d'Histoire du catholicisme, Lyon 1972.

G. Turmel, *Cancale, Nôtre-Dame du Verger,* Imprimerie commerciale, Dinan, 1950.

3

La Mettrie-aux-Chouettes
(de 1808 a 1816 aproximadamente)

¿Saben lo que es una *malounière*? Es una de estas casas señoriales, construidas durante el siglo XVII en la región de Saint-Malo, en las que los armadores ricos o los antiguos comandantes de barcos de Saint-Malo instalaban confortablemente a sus familias. Una de ellas es, a cuatro o cinco kilómetros de Petites Croix, en el municipio de Saint-Coulomb, La Mettrie-aux-Chouettes, que no tiene nada de siniestro a pesar de su nombre: al contrario, esta morada clásica, con una nota particular de elegancia, refleja su fachada en un estanque bien trazado, entre hermosísimos árboles. Esta posesión pertenecía a la familia de La Chouë de La Mettrie.

Juana cuando tenía 15 o 16 años de edad, fue contratada allí como ayudante en la cocina, en donde trabajó varios años. Llegó a ella desde su aldea, muy tímida, pero dispuesta a aprender y a desempeñar bien su nuevo oficio. Parece que la vizcondesa de la Chouë la acogió con afecto y la rodeó de simpatía: conservó siempre, incluso mucho más tarde, la costumbre de tutearla. Con el transcurso de los años, le tuvo una admiración

muy grande: el recuerdo de Juana Jugan se ha mantenido vivo y venerado en esta familia.

Ya que Juana no fue solamente una empleada en las tareas de la cocina: poco a poco se la fue asociando al servicio de los pobres. Acoger a los mendigos, que eran muchos, era su función de ayudante de la cocina. Pero también, sin duda, visitaba en compañía de la señora de La Chouë o en su nombre a las familias indigentes o a los ancianos que se encontraban solos. Aprendía ya entonces el respeto, la ternura, y a compartir lo que se posee. Al ser ella misma pobre e intuitiva, debía percibir algo de la humillación de los pobres a los que se "asiste".

Parece que recibió también algo más de esta familia: un cierto refinamiento y una cierta soltura entre las costumbres de un mundo tan diferente del suyo. Poco a poco la descubriremos reflexiva, atenta, sensible; sin duda éstos eran dones innatos en ella; pero se debieron refinar y desarrollar por estos contactos de la adolescente con un medio en el que durante siglos se había cultivado el arte de la relación... Aprendió a poder conversar tranquilamente con cualquier interlocutor, cualesquiera que fuesen sus formas de cultura o de expresión.

Pasaban los años; Juana se iba haciendo mujer. ¿Podemos representárnosla cómo era entonces? Sabemos que era alta y delgada. El único re-

trato que hay de ella, que fue pintado mucho más tarde, podría sugerirnos algo de su rostro cuando era joven: rasgos regulares, serios; los pómulos altos, los labios prontos a sonreír, una llama concentrada en su oscura mirada. Un poco más tarde, en Saint-Servan, sus compañeras de la congregación mariana la encontrarán "muy bonita". La que nos da esta impresión añade, es cierto: "sin duda su modestia era la causa que la embellecía a nuestros ojos..."

En estos años se enamoró de ella un muchacho de Cancale, un joven marinero, que la pidió en matrimonio. Aclaremos que en este tiempo, en Cancale, había la costumbre de que una joven elegiese a su prometido entre los "candidatos" que se declaraban mucho tiempo antes de la edad de casarse: el pretendiente se daba a conocer cuando tenía entre diecisiete y veinte años, y después esperaba dos, tres o cuatro años, hasta que ella tomase la decisión. Efectivamente, Juana, sin despedir a este posible novio, le pidió que esperase. Y él esperó.

Durante los años del Imperio, había surgido de nuevo la vida, como después de un largo invierno; y todavía más cuando terminaron las guerras después del desastre de 1815. Los historiadores, por ejemplo, advierten señales de creatividad popular, especialmente en Bretaña. Equipos de artistas locales, formados espontáneamente, se

desplazaban de iglesia en iglesia para reparar los estragos de la revolución, con una imaginación viva y sabrosa. Otros, ebanistas, fabricaban y vendían estos hermosos muebles, armarios o aparadores, en los que aún admiramos sus motivos tradicionales renovados con fantasía. En Saint-Coulomb o en Cancale se debía sentir esta nueva vitalidad igual que en otros lugares. Esta vitalidad también se extendía a la vida religiosa, que, especialmente después de 1815, tuvo un gran resurgimiento. En particular vemos que en esta época se despliega un gran movimiento de misiones parroquiales. Así, en Cancale, tuvo lugar una misión en 1816, animada por unos veinte sacerdotes; duró tres semanas; Juana siguió sus ejercicios, sermones y reuniones de oración. Se cuenta que destacó por "su recogimiento y fervor".

Tal vez esta fue una etapa importante en su itinerario espiritual. En todo caso, hacia esta época, su pretendiente se manifestó de nuevo; esta vez, a pesar de la fidelidad de que daba pruebas, no le dejó ninguna esperanza. Había elegido vivir en el celibato. Dios la llamaba a su servicio.

En esta ocasión, le dijo a su madre: "Dios me quiere para él. Me guarda para una obra que no es conocida, para una obra que aún no está fundada." Y muchas veces, con gravedad, repitió a los suyos estas palabras extrañas.

Probablemente ella misma no conocía bien su

sentido; pero en adelante una vaga certeza llenaba su corazón. Tendrá que esperar largos años antes de que esta llamada se precise. Así se iba preparando de lejos para un servicio que incluso ella debía ignorar aún largo tiempo. Iba creciendo poco a poco: sus dotes humanas se afirmaban, se refinaban; su fe se hacía más viva. En realidad, Dios la preparaba lentamente para la obra a que la destinaba en su Iglesia.

*
* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 3

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Cartas del vizconde de La Mettrie.

Archives paroissiales de Cancale. Livre de paroisse del párroco Duval.

Estudios

H. Devillers, op. cit.
A. Jardin y A.J. Tudesq, *La France des notables, 1815-1848*, t.I, Seuil, París, 1973.
C. de la Corbinière, op. cit.

4

El hospital "du Rosais"
(aproximadamente de 1817 a 1823)

Mientras esperaba que la llamada se hiciese más clara, tal vez era necesario que se concretase en un: "Ve, abandona tu país..." Juana, pues, a los 25 años, abandona Cancale.

Las causas humanas de este hecho no nos son conocidas. Es posible que no sea ajeno a ella el matrimonio de sus dos hermanas: Marie-Joseph se ha casado con Guillaume Portier el 8 de abril de 1816; y Thérèse-Charlotte se casa el 16 de junio de 1817 con Joseph Emery. Juana ha elegido una vida distinta de la de sus hermanas. Ahora ya es una mujer; más vale separarse para que cada una siga su camino.

Además, podemos imaginar que sus hermanas, ya casadas, no habían dejado del todo su casa y quizás resultaba pequeña... Al año siguiente, en la aldea de Petites Croix, se producen dos nacimientos casi simultáneos —en ausencia de sus padres, ambos en Terranova—: Françoise Emery llega al mundo el 20 de agosto de 1818 a las 6 de la tarde, y Nicolas Portier el 21 de agosto a las 5 de la madrugada.

En el año 1817, cuando se casa su hermana Thérèse-Charlotte o algo más tarde, Juana ha

anunciado su intención de dejar la casa: de ahora en adelante, vivirá sola en Saint-Servan. Se cuenta que antes de irse hizo dos partes con sus vestidos; dejó a sus hermanas "todo lo elegante y bonito que tenía": iba a vivir al servicio de los pobres, y entre ellos; quería ser pobre con ellos.

Parece que la despedida fue dolorosa, tanto por una parte como por la otra: la madre, las tres hermanas y el hermano se querían mucho. Hubo lágrimas.

Es verdad que no se iba lejos, y podrían volver a verse: Saint-Servan está solamente a quince kilómetros de Cancale. Pero era una separación que nunca habían conocido. Juana partía a lo desconocido, hacia su propio destino.

Sola, callada y llena de nobles sentimientos, se alejó por la carretera en dirección a Saint-Servan.

Al llegar allí, con el pequeño fardo de su equipaje personal, tal vez observó en las calles unos carteles que habían pegado recientemente por orden del consejo municipal. En ellos podía leerse:

"El alcalde de Saint-Servan, considerando que cada día aparecen en este municipio un gran número de vagabundos, de toda edad, de todo sexo, que asedian el domicilio de la gente y quitan la limosna a los verdaderos indigentes. Que, entre esta multitud de holgazanes vagabundos,

incluso hay quienes, después de haber exhibido llagas repugnantes para atraer las miradas de la piedad, o haber agotado la paciencia, emplean las amenazas para obtener el tributo de la caridad (...)

"Decide (...): Artículo 2 — Se hará una lista de los individuos que mendiguen cuya indigencia absoluta se haya reconocido (...). Éstos podrán mendigar provisionalmente en la extensión del municipio y no en otros lugares, y llevarán exteriormente una placa en la que estarán escritas las palabras 'Pobre de Saint-Servan'..."

Este cartel oficial evoca un clima: Saint-Servan tenía un gran número de familias indigentes y de mendigos. Algunos años más tarde, el consejo municipal hará un censo de ellos: de nueve o diez mil habitantes, el pueblo contaba con "cuatro mil personas reducidas a la mendicidad y socorridas en la medida de lo posible por su oficina de beneficencia y su hospital, que son totalmente insuficientes..." Se comprende que fuese necesario protegerse contra las bandas de mendigos extraños al municipio.

Había mendigos en otros lugares, en toda Francia, que precisamente en estos años sufría una crisis muy grave de cereales. No sólo las cosechas habían sido muy malas en 1816 y mediocres en 1817 a causa del mal tiempo; sino que aún sufrían las consecuencias de los saqueos y re-

quisas de las tropas aliadas que ocuparon Francia en 1815. El hambre lanzaba a los caminos una gran cantidad de pobres que podían llegar a ser temibles. Cuando un municipio organizaba una distribución gratuita de pan, era una fiesta para los pobres, cuya alimentación la constituía casi exclusivamente el pan. Esto sucedió por ejemplo en Saint-Servan el 25 de agosto de 1817, el día del santo del rey Luis XVIII...

Así cuando Juana llega a esta ciudad, descubre en ella un mundo de pobres que le aflige el corazón. Y se situará en el centro de esta miseria entrando a trabajar en el hospital "du Rosais".

No debemos imaginar los hospitales de aquel tiempo como los que conocemos actualmente: más parecían ser un depósito de mendigos o incluso una cárcel, que el lugar en donde se encontraba lo mejor de la medicina. Recurrir a ellos era una solución desesperada cuando se estaba enfermo sin recursos ni relaciones.

El hospital "du Rosais", el único de Saint-Servan, se llamaba "Hospital civil y de la Marina". Estaba atendido por un pequeño grupo de hermanas de la Sabiduría y unas veinte personas laicas. En 1817 acogía unos sesenta enfermos civiles, doscientos diecisiete enfermos marinos, y treinta y cinco niños abandonados. Disponía de pocos recursos, proporcionados por el municipio; era muy difícil hacer frente a las necesidades. In-

cluso la comida era a menudo muy insuficiente. En 1818, se establecerá allí una panadería para cocer pan barato, a base de fécula de patatas.

Aquí empezó a trabajar Juana, con todas sus fuerzas y con todo su corazón. Cuentan que al principio se encargó particularmente de un sacerdote enfermo. Después tuvo un trabajo en la farmacia del hospital "en un local en el que no podía hacerse correctamente la preparación de los remedios y medicamentos", porque el municipio se había negado a construir un edificio más adaptado para ello. Por último, sirvió como *enfermera,* pero, entendámoslo bien, sin la formación ni la competencia que hoy día nos parecen necesarias. Se han conservado dos *cantarillos* que utilizaba, según dicen, para preparar tisanas. Se cuenta también que aprovechaba sus momentos libres para llevarse aparte a un enfermero y explicarle el catecismo; poseía pues un sentido apostólico ya despierto.

El trabajo era rudo y penoso: a menudo, en las deliberaciones del consejo de administración se habla de los "tiñosos, sarnosos y enfermos venéreos" que había que cuidar. En 1820, por falta de recursos, se redujo aún más el personal, y se disminuyeron las raciones alimenticias. Juana tal vez llegó más allá del límite de sus fuerzas: al cabo de unos seis años estaba completamente agotada y tuvo que dejar el hospital.

Allí había aprendido mucho, sobre los hombres y sobre la medicina. Había servido y amado a los pobres, a los enfermos, a los viejos; se había iniciado en las técnicas que entonces se usaban: seguramente unas técnicas rudimentarias, pero que le serán útiles; y muchos años más tarde, en su vejez, enseñará a las jóvenes novicias el arte de preparar bien "infusiones, tisanas, cataplasmas...". Y sobre todo, había adquirido la experiencia de una entrega total de sí misma.

Estos primeros años en Saint-Servan fueron decisivos para otro motivo: Juana vivió en ellos una profundización de su fe, de la que ahora debemos hablar.

*

* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 4

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de hermanitas de los pobres: sor Ignace de Sainte Marie, sor Joseph de Sainte Hermance. Otros testimonios: sor Victor-Marie de Montfort (hermana de la Sabiduría).

Archives municipales de Cancale. Registros del estado civil.

Archives municipales de Saint-Servan. Deliberaciones del consejo municipal; correspondencia del alcalde; partes que conciernen al hospital "du Rosais".

Archives de l'hôpital du Rosais. Deliberaciones de la comisión administrativa del hospital du Rosais; registros.

Estudios

G. Foligne (doctor), *Contribution à l'histoire hospitalière de l'agglomération de Saint-Malo,* tesis para el doctorado en medicina, publicación mimeográfica, Rennes, 13 de enero de 1969.

A. Jardin y A. - J. Tudesq, op. cit.

C. de la Corbinière, op. cit.

J. Vidalenc, op. cit.

5

La orden tercera del Corazón de María

La misión de Cancale, en 1816, había marcado una etapa importante en la vida de Juana. Poco tiempo después de su llegada a Saint-Servan, a fines de 1817, participó en otra misión, que duró cinco semanas. Un grupo de *Pères de la Foi de Jésus* —es decir, unos jesuitas que aún no habían vuelto a tomar su nombre— la animaban. Tanto allí como en otros lugares, se preocuparon de no dejar sin futuro el fruto de la misión; con este fin, propusieron a los de Saint-Servan que lo quisieran, agruparse en congregaciones marianas. Éste fue uno de los aspectos del despertar cristiano en esta época. El 8 de diciembre anunciaron públicamente que querían establecer tres congregaciones: "una para los hombres y los muchachos, otra para las mujeres y las viudas, la tercera para las jóvenes...". Sabemos que Juana formó parte de este grupo, en el que se comprometían a rezar a Nuestra Señora, a llevar una verdadera vida de fe, a participar en las asambleas de la comunidad cristiana.

Sus amigas de estos años han conservado el recuerdo de las procesiones del Corpus o del 15

de agosto, en las que participaban juntas. Algunas la encontraban demasiado austera y decían: "No nos pongamos cerca de la pobre Juana Jugan; no se *acicala* muy bien para estas grandes fiestas, nos sentiríamos avergonzadas de ella..." No es que descuide su vestido, por el contrario, subrayan que su atuendo era "irreprochablemente limpio y modesto", pero parece que estos primeros años en Saint-Servan hayan estado marcados por un cierto radicalismo en su compromiso de seguir a Jesús: ha elegido la pobreza y no teme expresar esta elección incluso en su manera de vestirse.

Por este tiempo, ya ha decidido dar a su existencia un carácter de consagración definitiva más fuerte que pertenecer simplemente a una congregación mariana: entra en la orden tercera eudista, la "Sociedad del Corazón de la Madre Admirable" de que hemos hablado en el capítulo 2.

En realidad, ningún documento escrito prueba directamente que Juana haya pertenecido a esta sociedad. Sin embargo, cierto número de pruebas permiten considerarlo como cierto. La importancia de este punto merece que nos detengamos un poco en él.

Ante todo, una tradición muy firme e indiscutible considera a Juana como una *terciaria eudista.*

Más tarde, el padre Leroy, su primer historiador, de una extrema honradez crítica, acepta

esta tradición. Los documentos en los que debió apoyarse han desaparecido con sus archivos personales (véase el anexo, p. 301); pero sabemos que tenía como principio dejar de lado las afirmaciones tradicionales que no le parecían suficientemente apoyadas por documentos[1].

En 1895, el padre Collet, que fue vicario en Saint-Servan desde 1849 y conoció muy bien a Juana, afirmaba sin lugar a duda que era terciaria en Saint-Servan en 1839[2].

Otro testimonio: el de una antigua terciaria de Saint-Servan, Eugénie Gautier; ésta declara que su propia hermana, también terciaria, ocho años mayor que ella, había conocido a Juana en la orden tercera, en los tiempos en que su grupo se reunía en el campanario de la iglesia (más tarde, detalle interesante, celebró sus reuniones en las Hermanitas de los Pobres)[3].

La congregación fundada por Juana ha conservado el recuerdo del voto de castidad emitido

1. Sor Marie de la Croix (Joséphine James), archivera de la congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, de Paramé, ha anotado, precisamente respecto a la pertenencia de Juana Jugan a la orden tercera: "Conocimos muy bien a este sabio y santo sacerdote (el padre Leroy), y sabemos que no habría afirmado una cosa de esta importancia sin estar muy seguro de ella; ya que cuando escribía la historia de nuestra congregación, vimos cómo dejaba de lado algunos hechos porque no tenía los documentos suficientes."

2. A. Helleu, *Note sur le travail de l'abbé Leroy, p. 9.*

3. Testimonio recogido por sor Marie de la Croix (Joséphine James), carta del 30 de enero de 1936.

por sus tres primeras compañeras el 15 de agosto de 1842; en cuanto a Juana, no tuvo que comprometerse a ello, pues había hecho ya voto de celibato a causa del Evangelio: en efecto, las terciarias emitían este voto.

Por último, el pequeño reglamento redactado en 1842 para las primeras asociadas presenta tales semejanzas con la regla de las terciarias, que no pueden ser fortuitas. Marie y Virginie eran demasiado jóvenes para entrar en la orden tercera: había que tener 25 años. Sólo Juana pudo aportar estos elementos de base, ¿y cómo los habría conocido, si no los hubiese practicado ella misma como terciaria?

No sabemos en qué fecha se hizo terciaria; pero no pudo ser antes del 25 de octubre de 1817, fecha en que cumplió veinticinco años.

Los miembros de la orden tercera llevaban una especie de vida religiosa en casa. Se reunían regularmente para orar y reflexionar. Se imponían una disciplina de vida y un programa de oración cotidiana. Cada año efectuaban un retiro de varios días. Sabemos, por ejemplo, que el 15 de octubre de 1825, doscientas cincuenta terciarias se reunieron para un retiro en la casa "du Rocher", en Saint-Servan. Es muy probable que Juana Jugan participase en este retiro.

Las ayudaban algunos sacerdotes, bajo la dirección del superior general de los eudistas. Así,

el padre Sauvage, que fue confesor de Juana —lo conoció antes como vicario en Saint-Servan— fue después capellán de la casa "du Rocher", y recibió en ella a muchos grupos de terciarias[4].

En las tradiciones de su sociedad las terciarias no encontraban solamente unas prácticas: sino también la llamada a un cristianismo de corazón, la iniciación a una fe personal y libre, la relación viva con Jesucristo.

Abramos el *Manual* que Juana Jugan pudo tener en sus manos. Vemos que todo se apoya en el bautismo, cuyos compromisos rememoran frecuentemente las terciarias: cada año se efectuaba "la renovación de su bautismo y de su consagración" (capítulo 17).

Veamos a continuación un pasaje de su acto de compromiso: "...Oh Madre de amor! Os entrego enteramente y sin reserva mi corazón y mi libertad; unidla tan poderosamente a la voluntad divina que me vea obligada, a cualquier precio, a seguirla en todo y en todo lugar, y unid tan estrechamente mi corazón al corazón de Jesús, del que el vuestro es imagen perfecta, que no tenga más sentimientos, ni afectos ni voluntad que los vuestros..." (capítulo 15). Adhesión muy interior, muy espiritual, al Amor que llega al mundo y lo renueva. Con el mismo espíritu el reglamento

4. Murió allí de cólera el 19 de octubre de 1848.

prevé: "se lleva siempre sobre sí un pequeño crucifijo; y se le toma entre las manos, se le besa y se medita sobre él, que nos habla al corazón..." (Reflexiones sobre el hábito).

Lo único que cuenta a sus ojos, es el amor. Su deseo es tener el corazón libre para amar de verdad: "Intentarán vivir alejadas e indiferentes a todo lo que no es Dios", ya que la perfección del amor "no puede compartirse con nada en el corazón" (capítulo 5). Si bien no excluyen la mortificación exterior, "se aplicarán más a la interior, es decir, a la abnegación de la propia voluntad" (capítulo 7). Camino de libertad interior.

Este camino las hace libres también respecto de los ritos externos; una "verdadera hija del sacratísimo Corazón de María (...) no pide ir a la iglesia, ni a las ceremonias religiosas, cuando su presencia es necesaria en otro lugar". "De una caridad delicada y activa, que se extiende hasta donde puede", en razón de su unión con Jesús, se preocupan de tener una presencia amorosa y amable para los demás; en particular, aman a "los pobres, los sencillos, porque Jesucristo y la Santísima Virgen los amaron..." (capítulo 17). Y la regla detalla diversas formas de ayuda mutua que les propone.

Además, ellas quieren amarse entre sí como los primeros cristianos: "Todas las personas de la Sociedad tendrán las unas para con las otras un

corazón muy abierto y una gran cordialidad, de modo que en ellas se vea renovado el primer espíritu del cristianismo" (capítulo 6).

Hemos insistido sobre este espíritu de la orden tercera —el espíritu de san Juan Eudes—, porque creemos que marcó profundamente a Juana Jugan. Encontró en él definitivamente el secreto de su firmeza y de su libertad interior. Vivió de él durante el largo período de su vida de seglar, y después —ya lo veremos— lo compartió con las jóvenes que se convirtieron en sus compañeras hacia los años 40. Ésta es una de las corrientes espirituales que contribuyeron a crear el espíritu de las Hermanitas de los Pobres.

El *Manual* de la sociedad invitaba a sus miembros a la mutua ayuda espiritual y corporal, "sobre todo cuando haya alguien enfermo" (capítulo 6). Y Juana, después de unos seis años de trabajo agotador en el hospital "du Rosais", se halla en el límite de sus fuerzas. La acogerá, la sostendrá y la amará una excelente persona, Marie Lecoq, de quien la tradición nos dice que fue también terciaria del corazón de María.

*

* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 5

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios: padre Collet, según el padre Leroy, Eugenie Gautier, según sor Marie de la Croix (J. James). Cartas o notas: padre Jégo (eudista) sor Marie de la Croix (J. James). Notas sobre el trabajo del padre Leroy.

Archives de l'Académie française. Memoires des habitants de la commune de Paramé réclamant un Prix Montyon en faveur de Mlle Fristel Amélie Virginie, Paramé 1854.

Archives de la maison du Rocher, à Saint-Servan. Historia de la casa *"du Rocher".*

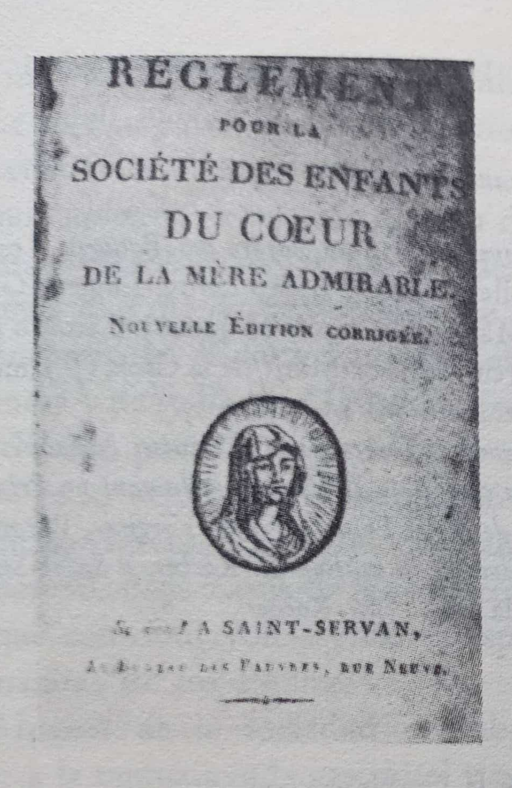
Estudios

C. de la Corbinière, op. cit.

C. Langlois, op. cit.

G. Lefebvre, Ch. Pouthas, M. Beaumont, *Histoire de la France pour tous les Français,* t. II, Hachette, París, 1950.

A. Leroy, *Histoire des Petites Soeurs des Pauvres,* Poussielgue, París, 1902.



REGLEMENT
POUR LA
SOCIÉTÉ DES ENFANTS
DU COEUR
DE LA MÈRE ADMIRABLE.
NOUVELLE ÉDITION CORRIGÉE.

[illegible] A SAINT-SERVAN,
... rue Neuve.

6

La señorita Lecoq (hacia 1823-1835)

Juana Jugan —de ahora en adelante la llaman así, ya que las gentes de Saint-Servan han cambiado su verdadero nombre, *Joucan*, por el de Jugan que les era más familiar— Juana Jugan, pues, hacia 1823 se aloja en casa de la señorita Lecoq, veinte años mayor que ella (1772-1835). La ha contratado como sirvienta, pero, más que una empleada, será para su señora una protegida y una amiga. Hermana de un sacerdote refractario (muerto en 1805), Marie Lecoq vivía en Saint-Servan, en la calle del Centro, casi frente a la iglesia. Los habitantes de Saint-Servan han conservado el recuerdo de la señorita Lecoq y su compañera, fraternalmente asiduas a los oficios parroquiales. Cuentan que "se ocupaba mucho en buenas obras". Aunque no tenía mucha fortuna, la compartía de buen grado con los más pobres, y a menudo en secreto. En lo sucesivo y durante doce años, realizarán las dos juntas este ministerio de compartir lo propio.

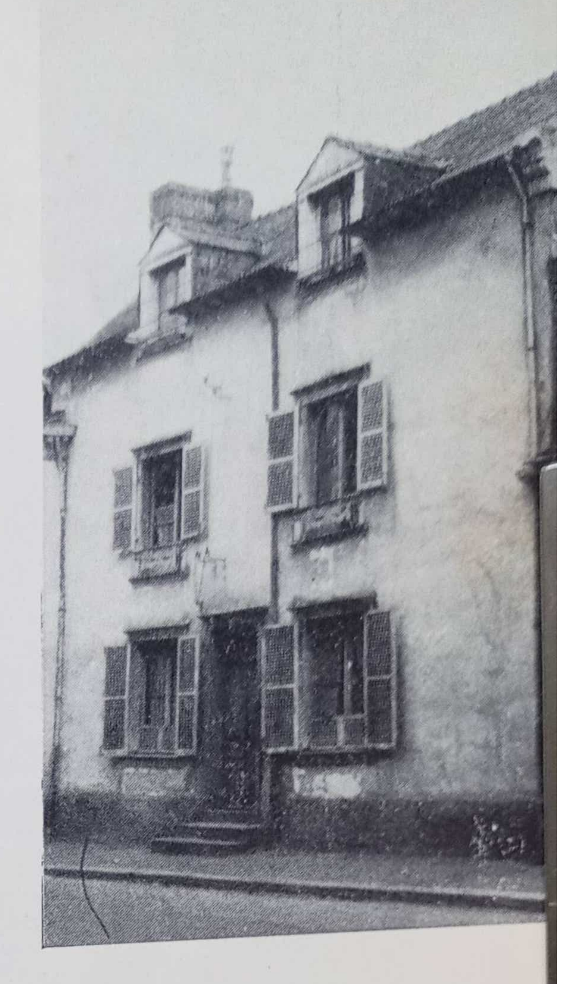
Pero ante todo, era necesario hacer que la pobre Juana recuperase la salud. Con una ternura un poco inquieta, la señorita Lecoq se dedica a ello. La protege, la cuida, la mima. La escalera de

la casa era empinada y le producía palpitaciones: le prohibió a Juana que llevase ningún paquete hasta su apartamento del segundo piso. Si la señorita Lecoq le veía el rostro un poco cansado: "Vamos, vamos, Juana, *¡ya estás agotada!" Y le hacía tomar azúcar blanco.* Juana debía estar muy extenuada y esta prueba que sufrió su salud tal vez le hacía sentir temor. Tanto es así, que accede a tomar precauciones: hacer el vía crucis en la iglesia llevando una silla para sentarse.

Durante este período, ¿tuvo la tentación de replegarse en sí misma, de prestar una atención excesiva a su salud? En todo caso, nada indica que cayese en ella.

La actividad bienhechora de la señorita Lecoq seguramente la ayudó, al mantenerla en contacto con la miseria de los demás. Y también el clima de oración y de celo apostólico de la pequeña comunidad que formaron. Rezaban juntas, se leían mutuamente libros espirituales, participaban diariamente en la misa; hablaban familiarmente de Dios. Juana contribuía a crear este clima expresando espontáneamente la acción de gracias que ya cantaba habitualmente en ella. Cuentan que, si casualmente se quemaba los dedos en la cocina, decía con el buen humor que veremos mejor más adelante: "¡Bendito sea Dios!" o "¡Gracias Dios mío!".

Juntas enseñaban el catecismo a los niños de



En el arrabal de La Madeleine (hoy calle de Nantes) la primera casa que Juana abrió en Rennes, en 1846. El inmueble ha sido destruido recientemente (cf. pp. 129-130).

Capilla del colegio de los jesuitas. La iglesia de Todos los Santos fue, en Rennes, la parroquia de Juana y de sus compañeras de 1846 a 1852 (cf. pp. 129, 130, 136). *Archivos del departamento de Ille-et-Vilaine*

Cocina del piso de la calle del Centro. La escalera conduce al desván; Juana se alojó en él después de haber cedido su cama a Anne Chauvin (cf. pp. 55, 63).
Foto Jos Le Doaré





Foto Jean Fortier

la parroquia. Juana se encargaba especialmente de los "recreos"; hacía cantar a los niños. Se entregaba a ello de todo corazón, y a veces la señorita Lecoq tenía que intervenir: "Hubiese llegado al límite de sus fuerzas..." Con ellos, con los pobres, con las gentes que trataba, Juana daba pruebas de una dulzura y de una serenidad de carácter que les sorprendían y le atraían el afecto de todos.

No nos hablan de las relaciones con los suyos, que dejó en Cancale; pero parece cierto que la muerte de su cuñado, Joseph Emery, que debió conocer hacia finales del verano de 1826, cuando se anunció el naufragio de *La Belle Julie,* la afectó vivamente y fue ocasión de que volviese a ver a su familia.

También estaban los acontecimientos y las desgracias del mundo. Evidentemente ella no se interesaba casi por la vida política como tal: no olvidemos que en esta época, un número muy pequeño de personas estaba en condiciones de preocuparse de ella. Primero, porque, por los años 1820, las dos terceras partes de los adultos eran analfabetos (éste no era su caso); después, porque el suscribirse a un periódico, ya que no se vendían por números sueltos, era muy costoso[1] y por ello en toda Francia no había más de sesenta mil suscriptores; por último, porque el sufragio según el

1. Del orden de 80 francos de entonces.

censo restringía la actividad electoral a un número muy pequeño de personas ricas, y solamente a los hombres: en Ille-et-Vilaine, incluso después de 1830, había solamente mil ciento treinta y nueve electores para una población de más de quinientos mil habitantes. Se ocupaba de la política una clase dirigente muy restringida y el conjunto de la población casi no participaba.

Pero los grandes remolinos de la vida del pueblo no podían dejar de afectar a Juana, en particular durante los años 1825-1832. En 1825 se produjo en Londres una grave crisis económica que repercutió en una Francia que estaba en vías de industrialización. Los años 26-29 tuvieron muy malas cosechas de patatas, alimento que empezaba a tener un papel importante en la alimentación del pueblo; y en el 27-30 hubo escasez de cereales. Se volvieron a ver bandas de vagabundos más o menos peligrosas formadas por obreros agrícolas y artesanos en paro; el hambre aumentó en las ciudades. Si la revolución de julio de 1830 pasó casi desapercibida en Bretaña, seguramente percibió el clima turbulento de estos años: motines, incendios criminales en el campo, etc. Incluso se dice que esta provincia inquietaba particularmente al gobierno que, en 1832, apresuró la construcción del telégrafo óptico[2] de Avranches a Nantes pasando por Rennes: lo volveremos a mencionar en el transcurso de nuestra historia.

Muchas ciudades tuvieron que hacerse cargo de un gran número de indigentes. Éste fue el caso de Saint-Servan. En febrero de 1832, una comisión presenta al consejo municipal un informe sobre "la destrucción de la mendicidad" expresión corriente en esta época, en la que no parece que se vaya a las causas de esta situación. Como consecuencia se establece una organización con un "Comité administrativo de beneficencia" que tiene como presidente al alcalde y como vicepresidente al párroco. Se dividió la ciudad en dieciocho barrios; en cada barrio, dos señoras debían informarse sobre las situaciones más dignas de interés, y repartir las ayudas. No es imposible que la señorita Lecoq formase parte de esta red. En todo caso, es cierto que ella y su compañera se hicieron eco de esta obra y cooperaron, porque ya eran muy activas en el servicio de los pobres.

¿Oyeron hablar, en esta época, del joven estudiante parisino, que consiguió movilizar muchas generosidades disponibles en una organización destinada a ayudar y a compartir? En 1833, Frédéric Ozanam fundó en París las conferencias de san Vicente de Paúl. Probablemente su nom-

2. El telégrafo óptico (Chappe) es una cadena de semáforos instalada en la cima de las colinas, o sobre unas torres, que se transmitían los mensajes. El telégrafo eléctrico (Morse) no se inventará hasta 1837 y se vulgarizará mucho más tarde.

bre no llegó hasta Saint-Servan en la época de estos humildes comienzos; más tarde, el movimiento nacido de él encontrará y reforzará la corriente de caridad que Juana hará brotar.

Pero la querida señorita Lecoq no iba a vivir muchos años. Cuando tenía solamente 63 cayó enferma y se supo enseguida que no había esperanzas. Juana la advirtió y la ayudó a prepararse y a recibir los sacramentos. El 27 de junio de 1835, le cerró los ojos.

Podemos imaginar que fueron para ella unos días muy dolorosos.

Su señora y amiga, al morir, le legó todos sus bienes: sus muebles, y una pequeña suma que, unida a sus economías personales, se elevaba a 600 francos.

Humanamente hablando, estos doce años parecen haber sido los más dulces de su vida, como una pausa antes de reemprender su camino para lanzarse en él sin retorno.

Pero, en este verano de 1835, Dios aún no ha indicado claramente a Juana el camino que ha de seguir. Se necesitarán cuatro años para que llegue a su plena madurez la elección radical que el Señor le ha hecho entrever desde su juventud. Por el momento, Juana se encuentra de nuevo sola. ¿Qué va a hacer?

* * *

FUENTES DEL CAPÍTULO 6

Fuentes manuscritas

Archives de l'Académie française. Mémorie adressé par la commune de Saint-Servan pour solliciter l'attribution du Prix Montyon en faveur de Jeanne Jugan. 1844.

Archives municipales de Cancale. Estado civil.

Archives municipales de Saint-Servan. Deliberaciones del consejo municipal; registros de estado civil.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

El artículo del turista inglés: véase cap. 17.

Estudios posteriores

H. F. Buffet, *Le véritable nom de Jeanne Jugan,* art. cit.

J. Delumeau, op. cit.

L. Dumolin, *Jeanne Jugan, première quêteuse des Petites Soeurs des Pauvres,* en "Les Contemporains" n.º 362 (17 de septiembre de 1899), Bonne Presse, París.

A. Jardin, A. J. Tudesq, op. cit.

C. de La Corbinière, op. cit.

J. Lefebvre, Ch. Pouthas, M. Beaumont, op. cit.

Dictionnaire de Théologie catholique (Letouzey y Ané), art. *Ozanam (Frédéric).*

7

Juana, Fanchon y Virginie (1835-1839)

En otoño de 1835, Juana cumplirá cuarenta y tres años. Tenía que vivir. Parece que intentó colocarse como empleada doméstica en una casa de la región, quizás en Saint-Malo; pero no se quedó allí. ¿Por qué? Desconocemos los motivos.

Sea lo que fuere, decide vivir en su casa, y ganarse la vida trabajando a jornal en casa de diversas personas de Saint-Servan o de los alrededores: trabajos de limpieza, de hacer la colada; también, cuando podía, cuidando enfermos; ¿no era *enfermera?*

De este modo creó unos lazos duraderos con muchas de estas personas y con sus familias, y más tarde veremos que vuelve a establecer contacto con ellas: para Juana y sus pobres estas personas serán amigos y un apoyo. Así encontraremos de nuevo, en el curso de nuestra historia, a las familias Tréhouart de Beaulieu, de Gouyon de Beaufort, Leroy, de Kervers, Citré, a las que conoció en esta época.

La señora Citré tenía una tienda de comestibles en la plaza de la parroquia; sus hijas, sobre todo Anne, fueron unas verdaderas amigas para Juana. En su casa, Juana hacía la limpieza. También iba a la ciudad a vender requesón, es decir, leche cuajada y cocida puesta en unas *conchas de molusco* (conchas de peregrino); gritaba con voz débil y enronquecida: "Requesón, requesón, ¿quién quiere requesón?..." Los chiquillos riéndose la imitaban y repetían con voz aflautada: "¡Requesón, requesón!... ¡Venid enseguida o Juana se va a morir!..." Anne Citré cuenta que su amiga la exhortaba a vivir en una constante acción de gracias a pesar de todo: "... En nuestras alegrías, en nuestras penas, cuando nos desprecian, siempre debemos decir: Gracias Dios mío o gloria a Dios."

Después de algún tiempo, Juana trabó amistad con una persona mucho mayor que ella, Françoise Aubert, a quien llamaban familiarmente "Fanchon" (1766-1850). Ésta había estado durante mucho tiempo al servicio de un sacerdote de Saint-Servan quien, al morir, le había dejado una pequeña renta.

En el año 1837, ambas se asociaron y alquilaron juntas un apartamento: dos habitaciones en el segundo piso de una casa de la calle del Centro (Juana permanece por tanto en el barrio en donde vivió tantos años con Marie Lecoq, muy cerca de la iglesia). En el desván había dos habitaciones más, a las que se subía por una trampa. Aquí llevarán juntas una vida común, sometida al ritmo de la oración, que casi no debía diferir de la exis-

tencia que antes compartió con la señorita Lecoq, sino porque ahora las dos tenían que trabajar para vivir. Fanchon hilaba en casa; Juana continuaba sus jornadas de trabajo en el exterior.

Pero muy pronto se añadió a ellas una tercera, una joven de diecisiete años, llamada Virginie Trédaniel (1821-1853). Era huérfana —su padre había perecido en el mar— y era pupila de un consejero municipal de Saint-Servan Edouard Gouazon; éste quiso confiarla a Juana. La muchacha parece que entró sin disgusto en la existencia dedicada a la oración de las dos mujeres. A partir de este año de 1838, las tres juntas —72, 46 y 17 años— llevarán una vida común regular, que sólo interrumpirá la muerte.

Juana, por su parte, asiste asiduamente a las reuniones de la orden tercera y es fiel a sus compromisos. Es probable que, en compañía de Amélie Fristel (fundadora de la congregación de los Sangrados Corazones, de Paramé, Francia) hubiese participado en los retiros que dirigió en 1837-1839 el padre Jérôme Louïs de la Morinière, superior general de los eudistas.

Continúa preocupándose del mundo de los pobres, que encuentra constantemente en las calles de Saint-Servan: muchas caras conocidas y amadas, y muchas otras a las que querría ayudar... Mucho tiempo después en Saint-Servan recordarán que, cuando Juana encontraba a un an-

ciano pobre que llevaba un cubo de agua, le decía: "¿Va muy lejos con eso?...", y con mucha frecuencia ella misma llevaba el cubo. Se informaba de las necesidades de los indigentes y a veces hacía una petición en su nombre o les llevaba lo que necesitaban.

Ante este problema de la indigencia, el municipio de Saint-Servan se debatía en unas dificultades sin solución... En el consejo municipal, el 4 de febrero de 1836, "la asamblea ha expresado sus más vivas quejas por la terrible carga que este año sufren los habitantes en sus contribuciones directas, cosa que afecta a la clase pobre y le quita el pan de muchos días (...). Saint-Servan compuesto por unas diez mil almas no llega a contar con seiscientas familias más o menos acomodadas". El 16 de febrero de 1839, "la superiora de las hermanas adscritas a la Oficina de beneficencia reclama insistentemente un socorro extraordinario en favor de los pobres ya que su número es considerable y su posición en estos momentos es muy aflictiva".

Juana sabe lo que ocurre, lo siente... Pero, ¿qué puede hacer? De modo especial aflige su corazón la situación de los ancianos abandonados, que no tienen ningún socorro ni esperanza alguna. Problema inmenso, que la supera absolutamente...

Pero, ¿es suficiente sentir el corazón herido?

¿No habría que dejarse herir también en la propia carne? ¿No tendría que compartir aunque parezca una locura, incluso lo necesario, incluso su propia casa? ¿No será esto amar?

Estas son las preguntas que ella debía hacerse cuando soplaban los fríos vientos del mes de diciembre de 1839. Y la respuesta iba a formularse por sí misma a través del rostro desolado y suplicante de una pobre anciana ciega: para ella será como una evidencia irresistible.

*

* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 7

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonio: Eugénie Vosluisant.

Archives des Soeurs des Saints Coeurs, de Paramé. Correspondencia del padre de la Morinière.

Archives municipales de Saint-Servan. Deliberaciones del consejo municipal; correspondencia del alcalde.

Estudios

H.F. Buffet, *En Haute Bretagne,* ya citado.

C. de La Corbinière, op. cit.

A. Leroy, op. cit.

8

Juana a los cuarenta y siete años

En el momento en que va a realizar el acto decisivo que la comprometerá sin posibilidad de retroceder, Juana Jugan ya ha recorrido un largo camino: cuenta tras sí cuarenta y siete años de existencia.

La hemos visto nacer en el trágico ambiente de la revolución y de los dramas del mar; su familia era pobre y cristiana. Siendo adolescente, entró como sirvienta en un castillo y allí refinó sus modales y aprendió ya el humilde servicio de los pobres. Después, abandonó su familia para consagrarse al cuidado de los pobres enfermos en el hospital de Saint-Servan — ciudad donde la miseria hacía estragos. Allí entró en la orden tercera del Corazón de María, cuya espiritualidad sólida y libre la hizo centrarse en lo esencial: la relación viva con Jesucristo. Después de algunos años de un trabajo agotador, la acogió y cuidó la buena señorita Lecoq; período de pausa y de espera; pero los pobres a los que entonces también servía, no han cesado de llamarla. Al quedarse sola, busca su camino; finalmente se deja arrebatar enteramente por esta llamada. Va a unir su suerte para siempre a la de los pobres ancianos.

¿Podemos presentir ya algunos rasgos de lo que será la *espiritualidad* de Juana Jugan?

Ya están bien marcados dos ejes, o mejor dos polos de un mismo campo magnético: Dios y los pobres.

Dios, conocido y amado en Jesús, buscado en la oración, presente en toda la vida como un amor vigilante, atento. Ella le responde por medio de la acción de gracias y la alegría, que penetran ya toda su existencia; y también con la elección renovada a menudo de cumplir la voluntad del Padre, con la renuncia a todo egoísmo y en comunión con Jesús.

Los pobres, miembros de Jesús, especialmente amados por Dios, piden respeto y atención amante, que les escuchen y les sirvan; y ya se percibe en ella el deseo de estar con ellos, de compartir su miseria para amarlos mejor. Juana ya sabe desde hace tiempo que Dios la llama a consagrarse a él; y presiente, cada vez más netamente, que tendrá que vivir esta consagración en el humilde servicio de los pobres. A través de las diversas etapas de su vida, en particular su ida a Saint-Servan y la entrada en la orden tercera, esta certeza ha ido madurando en el fondo de su corazón. Y se manifiesta por fin el día en que, a comienzos del invierno de 1839, Juana Jugan le cede su cama a la anciana ciega Anne Chauvin.

SEGUNDA PARTE

Fecundidad

1839-1852

9

Las primeras ancianas (1839-1841)

Hacia finales de 1839, tal vez con los primeros fríos del invierno, Juana se despide de los amos para los que había trabajado durante largo tiempo, los Leroy: "No les dejo para ir a trabajar a otro sitio. Tengo la intención de consagrarme a una buena obra. Cuando voy al mercado, veo cada día unas pobres ancianas que están en la miseria..." La señora Leroy le habría preguntado entonces con qué contaba para darles de comer: "Pediré limosna, habría respondido, y empezaré por usted, que no me la negará!", y le habría dado inmediatamente trescientos francos.

De hecho, algunos días más tarde, sin duda con el consentimiento de "Fanchon" y de Virginie, Juana lleva a su casa a una anciana, Anne Chauvin (viuda de Haneau), ciega y enferma. Hasta entonces esta anciana estaba asistida por su propia hermana; pero ésta había caído enferma y acababa de ser hospitalizada: Anne se encontraba abandonada. Cuentan que Juana, para hacerle subir la estrecha escalera de su casa, la llevó sobre sus espaldas. Lo que es seguro, es que le da su propia cama y ella se instala en el desván. Y la "adopta como madre".

Poco después se une a Anne Chauvin otra anciana, Isabelle Coeuru. Ésta había servido hasta el fin a sus ancianos señores arruinados, había gastado en ellos sus propias economías, y después había mendigado para que pudiesen vivir. Ya se habían muerto y quedaba ella, agotada y enferma. Juana oye esta hermosa historia de fidelidad y de generosidad: ¡gracias a ella, otras muchas se contarán hasta los confines del mundo! E inmediatamente, con alegría, la acoge. Esta vez es Virginie la que cede su cama y se instala en el desván.

Por la noche, después de haber cuidado a sus protegidas y haber dado las buenas noches a la buena "Fanchon", Juana y Virginie trepaban por su escalera y, después de quitarse los zapatos para no hacer ruido, concluían sus trabajos y sus oraciones: la misma Juana recordaba esto después. Eran tres para trabajar (Virginie era costurera) para mantener a cinco personas, dos de ellas ancianas y enfermas; a veces, por la noche, había que velar después del trabajo para el remiendo de la ropa o el lavado.

Es posible que Juana recurriese ya a las personas amigas que se convertirán en sus grandes bienhechores. La familia Tréhouart de Beaulieu ha conservado el recuerdo de sus visitas. Cuando acogió a su primera *buena mujer* —se decía sin ningún matiz peyorativo— le hicieron un reproche

amistoso; pero ella no se preocupó por ello y acabó por obtener lo que deseaba. Volvió a acudir a ellos después de haber recogido a la segunda: nuevo reproche. Juana permanecía sentada tranquilamente: "Señora Trouhart (así lo pronunciaba ella) no me iré hasta que me haya dado algunas patatas y las cortezas del pan de la pequeña!". Y hacía saltar sobre sus rodillas a la niña de 4 ó 5 años, la hacía reír envolviéndola en su gran manto con capucha (el manto de las campesinas de la época). Y tomó como costumbre pasar cada semana por casa de esta familia acogedora.

Virginie tenía una amiga, casi de su misma edad, Marie Jamet (1820-1893), que no tardó en conocer a toda la familia de la calle del Centro. Ella vivía con sus padres en Lambéty (que actualmente es un barrio de Saint-Servan); su padre era albañil y Marie trabajaba con su madre que tenía una pequeña tienda.

A menudo, por la tarde, iba a la calle del Centro y "pasaba en este lugar tan querido a su corazón los pocos momentos de que podía disponer y los domingos". Poco a poco, Juana se hizo también su amiga. Y las tres —a veces las cuatro, con "Fanchon"— hablaban de Dios, de los pobres, de los interrogantes que les planteaba la vida. Marie y Virginie sabían que Juana pertenecía a la orden tercera del Corazón de María; ellas

eran demasiado jóvenes para entrar en ella, pero tuvieron la idea de darse algunas orientaciones de vida, una especie de reglamento personal que seguirían en común y que las acercaría a Juana. Esta las ayudó, indicándoles lo esencial de la regla de vida de las terciarias, que ella seguía desde hacía tiempo. De modo que la pequeña regla que se dieron las dos amigas se parece mucho a la de la orden tercera.

Vale la pena comparar un momento los dos textos. Sin duda el vocabulario no es el mismo (parece que no estaba permitido prestar el manual de las terciarias: las amigas de Juana por tanto no lo tenían ante sus ojos). Sin embargo, muchos puntos precisos son muy parecidos, y ciertas expresiones típicas son comunes. Así en ambas se prevé que durante la mañana y la tarde haya un tiempo de recogimiento y de silencio; los diferentes ejercicios espirituales son muy parecidos; se insiste en uno y otro lado sobre el sacrificio de la propia voluntad; y hay que "esconderse" o "retirarse espiritualmente" en el corazón de Jesús; la invitación a ayudar a los niños, a los enfermos, a los pobres, es muy semejante... Así pues, no ofrece ninguna duda de que tienen una inspiración común.

Muchas veces, el domingo, Marie y Virginie paseaban juntas. Y a veces se detenían en la playa en el hueco de un acantilado que habían descu-

bierto. Allí hablaban largamente de su vida, de sus proyectos, de su fidelidad a Dios. Y revisaban si habían observado la regla de vida que se habían propuesto.

Hablaron de ello a un joven vicario que había llegado hacía poco a Saint-Servan y al que las dos habían elegido como confesor, el padre Auguste Le Pailleur (1812-1895). El animó su amistad espiritual y aprobó su reglamento.

Ellas le hablaron también de Juana y de las pobres mujeres que había acogido con tanto amor. Con tanto acierto, que él también se interesó por esta iniciativa. Era un hombre emprendedor, ingenioso, hábil, y se interesaba también por los pobres; pensó que había que apoyar lo que podía ser una obra naciente.

Un día —el 15 de octubre de 1840— fue a la casa de Juana; tal vez subió hasta el desván. Allí, presidió una reunión de las tres amigas. Juntos decidieron crear una asociación de caridad cuya regla sería, precisamente, el pequeño reglamento elaborado para Marie y Virginie. En cuanto a Françoise Aubert, como era demasiado anciana, se quedaría fuera, no de la amistad compartida, sino de la asociación y de los compromisos aceptados en común.

Juana probablemente se alegró de la ayuda aportada por este joven sacerdote. No era su confesor, pero aprobaba su empresa que podía til-

darse de locura y estaba siempre dispuesto a ayudarla.

En diciembre, aunque el pequeño alojamiento ya estaba muy lleno, acogió a una sexta persona, una joven obrera de veintisiete años, muy enferma, que deseaba que Juana la cuidase. Creyendo que iba a morir, quería dejar su pequeño caudal a los pobres, a los pobres de Juana. Juana la acogió la cuidó y se curó.

A partir de entonces, Madeleine Bourges (1813-1883) —éste era su nombre— formó parte del grupo de Juana Jugan. Volvió a vivir en la habitación que sus señores le habían dejado en reconocimiento de su buen trabajo (era planchadora), pero volvía tan a menudo como podía a la calle del Centro, para prestarles todos los servicios que estaban a su alcance. Poco a poco, entraría en la asociación y sería uno de sus miembros más activos.

Durante el presente capítulo, hemos asistido a dos acontecimientos decisivos e inseparables. Por una parte, Juana, al darle su cama a Anne Chauvin, ha dado el terrible paso que la hacía pasar de una existencia muy razonable a la desmesura del amor; por otra parte, se ha formado un grupo que ya no se separará, y que es el embrión de la congregación de las Hermanitas de los Pobres.

FUENTES DEL CAPÍTULO 9

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: Marie Jamet (según sor Alexis de Sainte Thérèse), sor Alexis de Sainte Thérèse, sor Sainte Mélitine, sor Alphonse de la Nativité sor Léonce de la Nativité. Otros testimonios: Sra. Godbert, Srta. Kervern. Pequeño reglamento de 1840.

Archives de l'Académie française. Mémorie pour l'attribution du Prix Montyon à Jeanne Jugan.

Archives municipales de Saint-Servan. Registros del estado civil.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

Règlement pour la société des Filles du Très-Sainte Coeur..., ya citado

Estudios

C. de la Corbinière, op. cit.
A. Leroy, op. cit.

10

La "gran planta baja" (1841-1842)

Anne Chauvin e Isabelle Coeuru, las dos acogidas de Juana Jugan, habían recobrado la salud, el bienestar y la sonrisa. Pero, ¡había tantas fuera! A Juana la obsesionaba la preocupación por todas ellas, y hacía que sus compañeras la compartiesen.

¿No podrían acoger a otras? Pero, en primer lugar, ¿de qué vivirían? Con cinco ya era difícil... En realidad, Juana no quería detenerse ante esta objeción: ¡tan gran deseo sentía de ayudar a estas pobres gentes!; era como si el mismo amor de Dios invadiese su corazón. Sí, le parecía con una vaga certeza que esto constituiría la obra de Dios, la obra del amor, y que, si le hacía confianza, todo sería posible... Pero la otra objeción era más grave: la casa estaba llena, y no podían moverse las paredes.

Entonces las asociadas decidieron cambiar de casa, sencillamente, lo que tuvo lugar durante el verano de 1841. Alquilaron una habitación, a poca distancia de la calle del Centro, bajando hacia el puerto Solidor: un antiguo cabaret, una gran sala en la planta baja, bastante húmeda y muy obscura, pero allí se podían instalar muy

bien doce camas. Al fondo, una pequeña habitación podría servir para alojar, muy estrechas, a las tres asociadas, y otra serviría de reserva y lugar para los trabajos más pesados. Podían alquilarla por cien francos al año. El asunto fue concluyente.

El día de San Miguel se hizo el traslado. Las cinco camas de madera, los dos armarios, la mesa, algunas sillas, todo lo transportaron en angarillas. Juana, "Fanchon", Virginie y las dos ancianas se instalaron en la calle de la Fontaine, y el mismo día se unieron a ellas otras cuatro ancianas; un mes más tarde, había doce. M. de Bonteville, cura párroco de Saint-Servan (llegado algunos meses antes) fue a bendecir la casa y a sus habitantes.

Faltaba un local. ¿En dónde se reunirían Juana y sus amigas para orar en paz? No tenían ya el desván de la calle del Centro... Una vecina, la señora Mignot, les prestó una habitación de su casa y esta habitación fue su oratorio.

Se repartieron el trabajo entre sí. Françoise, que ya tenía setenta y cinco años, se encargó de los trabajos de la casa. Virginie les daba su salario y trabajaba también en las faenas de la casa, a veces por la noche, muy tarde. Madeleine continuaba haciendo coladas, o hilaba en casa. Marie, que no había dejado a sus padres, llevaba por su cuenta una pequeña tienda de legumbres y apor-

taba los beneficios que le producía. Juana, presente en todo, se encargaba especialmente de las diligencias del exterior.

El domingo, llevaban a la misa parroquial a las ancianas que podían andar: eran ya un grupo bastante importante y algo lisiado y no gustaba a todo el mundo ver que ocupaban sillas en la iglesia. Al lado de muchas simpatías, tuvieron ya entonces algunas críticas muy acerbas.

A veces recibían visitas. Un día entró una joven acompañada de su hermanita, Irma y Clémentine Le Fer de la Motte. La niña, que más tarde se llamará señora de La Corbinière y a quien debemos el que se hayan conservado preciosos recuerdos sobre Juana, ha contado esta visita. Su hermana y madrina le había dicho: "Ahijada, voy a llevarte a casa *de las Juana Jugan...*" Entraron pues en *"una gran planta baja"*, "en la que las sillas eran escasas; por el contrario, las camas estaban muy cerca las unas de las otras, y yo me acurruqué, nos cuenta, en un escabel entre dos literas cuyos cubrecamas se componían de un número incalculable de trozos. Vi (...) a Juana Jugan; había sonreído levemente y había hecho una pequeña reverencia a las dos recién llegadas, es decir a mi madrina y a mí: esto fue todo, ya que se disponía a salir a pedir limosna, se puso su capa, se ajustó la cofia, y colgó a su brazo la cesta tan conocida por la ciudad (...). Las buenas muje-

res la llamaban hermana Juana: "Hermana Juana, decían, sustitúyanos bien, pida limosna por nosotras, no olvide nuestros encargos, nuestro tabaco y nuestras monedas". Juana se inclinaba hacia ellas y recibía aún algunas confidencias en voz baja; les sonreía. Creo que abrazó a una o dos ancianas, tal vez a las ciegas. Las dejó enseguida, porque hacía las cosas deprisa y sin embargo nunca parecía apresurarse. Yo admiré la limpieza que reinaba en esta gran habitación un poco obscura, y lo bien cuidado que estaba el pobre mobiliario..." Al salir, su hermana le dijo: "¿Has observado lo bien cuidadas que están estas ancianas y el aspecto de contentas que tienen?"

Podemos apreciar este retrato tan vivo de Juana al servicio de sus viejas amigas. Muchos otros testimonios han puesto de relieve su sonriente afecto. Hacía lo imposible para contentar a las ancianas, incluso en sus pequeños caprichos, y a veces esto le costaba mucha paciencia.

Otro día, fueron un cierto señor Bosquet, armador, que había conocido a Juana en el hospital "du Rosais" y un vicario de Saint-Servan, el padre Portier. Iban haciendo una cuestación por el barrio y entraron por casualidad. El señor Bosquet se quedó tan conmovido que les dio todo el dinero que llevaba encima. Y el padre Portier, en la comida de la casa rectoral, contó: "El señor Bosquet y yo hemos encontrado algo extraordi-

nario: dos jóvenes pobres han dado asilo a doce ancianas a las que mantienen y por las que van a pedir a las casas lo que sobra."

Otra visita: la de sus sobrinas, hijas de su hermana Thérèse-Charlotte Emery. Estas adolescentes le preguntaron, con un cierto desprecio, por qué *recogía a todas estas viejas.* Entonces, con un tono de voz helado muy raro en ella y que han recordado siempre, les respondió: "Estas ancianas estaban abandonadas, yo les doy alojamiento".

Hemos dicho que Madeleine Bourges hilaba, sin duda la lana o el cáñamo. Las ancianas que podían hacerlo, también hilaban. Esperaban vender una parte de este hilo de lana o de cáñamo. Esto era corriente en Bretaña. Se hilaba y se tejía mucho. Los buhoneros, al menos hasta 1850, vendían por toda Francia las telas de Bretaña. Para la pobre comunidad ésta era una modesta fuente de ingresos. Además, Juana ya había adivinado que el trabajo es fuente de juventud para las personas de edad: la moderna *ergoterapia* ha vuelto a descubrir este secreto. Ahora la obra de Juana Jugan ya era conocida en Saint-Servan. Y muchas veces le llegaban peticiones: ¿no podría acoger a esta persona?, es muy desgraciada... Tenía que negarse: era imposible poner una cama más. Sólo hacía tres meses que estaban en este obscuro local y ya se iba abriendo paso la idea de

tener una casa más grande y más cómoda. Entonces se hallaba en venta una parte de un antiguo convento, liquidado en otro tiempo como bien nacional: la casa de las hijas de la Cruz, muy cerca de la iglesia. Había que encontrar la considerable suma de veinte mil francos: ¿era posible? Sí, si los pobres lo necesitaban. Juana dio todos sus ahorros, dio a conocer el proyecto y solicitó la generosidad de los habitantes de Saint-Servan y de Saint-Malo. Una de sus amigas, comerciante, la señorita Doynel, aceptó participar en la operación. El padre Le Pailleur vendió su cáliz y su reloj de oro. Finalmente, el 5 de febrero de 1842, la señorita Doynel y el padre Le Pailleur, a quien su párroco acababa de encargarle oficialmente de la obra, actuando conjuntamente en nombre de la asociación, adquirieron el antiguo convento. Esperaban que las cuestaciones de Juana acabarían de pagar la deuda: 120 000 francos había que reunir antes del día de san Miguel... y 8000 durante los siete años siguientes.

Hacia la misma época, Virginie Trédaniel dejó por unos meses *la gran planta baja* y la vida común: habían decidido, con vistas al futuro, que debía instruirse un poco. Las religiosas de Montauban-de-Bretagne habían aceptado tenerla consigo y hacerla trabajar.

Porque pensaban en el porvenir, aunque se entregasen a las duras tareas del presente: se or-

ganizaban e intentaban progresar. El 29 de mayo de 1842 (día del Corpus) la asociación se reunió después de las vísperas, en presencia del padre Le Pailleur. Virginie no estaba con ellas; pero la señorita Doynel, que entonces quería unirse al grupo, participaba en la reunión.

Marie y Madeleine eligieron a Juana como superiora y le prometieron obediencia (Virginie efectuará esta promesa más tarde, el 10 de julio). Las asociadas adoptaron un nombre: se llamarían *Siervas de los pobres.*

En su regla de vida introdujeron algunas prácticas nuevas de obediencia, de pobreza, de modestia. El padre Félix Massot, del convento de San Juan de Dios en Dinan apreciaba mucho a Juana y sus compañeras. Su experiencia de la vida hospitalaria, sus consejos sobre la oración y el amor a la cruz les servían de gran ayuda.

Así Juana y sus compañeras desde ahora están comprometidas irremisiblemente en un servicio de caridad cuya ley es compartir la miseria y la penuria de aquellos a los que quieren ayudar, estar con ellos en su pobreza e intentar salir de ella juntos. Y esto aparece de un modo evidente en su decisión de pedir limosna.

*
* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 10

Fuentes Manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Alexis de Sainte Thérèse. Otros testimonios: la Srta. Bosquet de Linclays, la Sra. Lavoué. A. Leroy, *Détails complémentaires se rapportant à "Histoire et Oeuvre des Petites Soeurs des Pauvres"* Actas notariales.

Archives de l'Académie française. Memoria ya citada.

Archives de l'hôpital du Rosais. Deliberaciones de la comisión administrativa.

Estudios

P. Dauphin, *Vie de M. l'abbé Hay de Bonteville,* Mersch, París, 1888.

J. Delumeau, op. cit.

C. de la Corbinière, op. cit.

A. Leory, op. cit.

11

La colecta

"Hermana Juana, substitúyanos, pida por nosotras..." Así hablaban las buenas ancianas. Y con ello subrayaban la esencia misma de este salir a la colecta: Juana substituye a los pobres, se identifica con ellos; o mejor aún, reconoce, guiada por el Espíritu de Jesús, que son "su propia carne" (Is 58,7). Su miseria es su propia miseria, su colecta es su propia colecta. Fue de este modo como Dios nos amó a todos en Jesús.

Motivos prácticos la han resuelto a pedir ella misma: si hubiese dejado que las *buenas mujeres* continuasen sus peticiones por la ciudad, como hacían antes de que ella las albergase, las habría expuesto a muchas miserias, sobre todo a las que se daban a la bebida. Entonces pidió a cada una de ellas, con respeto, que le diese las direcciones de sus bienhechores y hacía la colecta en su lugar. Les explicaba: "Señor, ya no será la viejecita la que vendrá a partir de ahora, vendré yo. Por favor, siga dándonos su limosna". Habrán observado este, *dándonos...*

Debido al carácter de Juana, no le fue fácil tomar esta decisión; por más que hubiera conocido la mutua ayuda tan digna de las cancalesas,

esto no bastaba para hacerla entrar con corazón alegre en la mendicidad. En su vejez, recordará aún esta victoria sobre sí misma que tuvo que conseguir muchas veces: "Iba con mi cesto a buscar para nuestros pobres... Esto me costaba, pero lo hacía por Dios y por nuestros queridos pobres..."

Le ayudó a ello un hermano de San Juan de Dios, Claude-Marie Gandet (1806-1884). Desde esta época, los hermanos de San Juan de Dios tenían en Dinan una comunidad ferviente y un hospital. Ocuparán un lugar importante en la colecta de Juana Jugan. ¿Fue la visita del hermano Gandet el primer contacto que tuvo con ellos? Él también pedía limosna para el hospital de los hermanos y llamó a la casa de Juana; la encontró presa de una gran perplejidad. Se comprendieron, y él la ayudó a lanzarse deliberadamente por el camino de pedir limosna. Para darle ánimos, le prometió secundarla y anunciar su visita a muchas familias por las que él había de pasar. Incluso se dice que le ofreció su primer cesto de colecta. Ya hemos mencionado y lo encontraremos otras veces, más adelante, a otro hermano que ayudó mucho a Juana en la elaboración de la regla de las hermanitas: Félix Massot. Era un hombre muy espiritual que contribuyó mucho a la restauración de su orden en Francia. Los pobres comienzos de la obra de Juana le recordaban los

comienzos de su orden en Granada. Y es seguro que, desde este año de 1842, se estableció entre ellos una relación confiada y amistosa.

Así pues Juana se puso a pedir limosna. Pedía dinero, pero también donativos en especie: comida —los restos de una comida o *sobras* serán muy apreciados— objetos, vestidos... "Os estaré muy agradecida, si me podéis dar una cucharada de sal o un trocito de mantequilla..." "Necesitaríamos un caldero para *hervir* la ropa..." "Nos sería útil un poco de lana o de estopa (cáñamo)". No temía decir aquello que ella vivía en la fe. Si iba a pedir madera para hacer una cama, a veces precisaba: "Querría un poco de madera para socorrer a un miembro de Jesucristo". Aceptaba todo lo que le daban, y más tarde aconsejará a las novicias: "Nunca tiren nada del producto de la colecta, antes de ver si lo pueden utilizar para algo". Un día, en el pueblo de Froulerie, un jardinero que conocía la aventura a la que se había lanzado, le dijo: "Juana, ¿cómo habrá que llamaros ahora? La humilde sierva de los pobres...— Entonces, venid aquí, humilde sierva de los pobres!", y le dio unas verduras.

No siempre la acogían tan bien. Durante una de sus cuestaciones, había llamado a la casa de un viejo rico y avaro. Supo convencerlo y le dio un buen donativo. Vuelve a ir al día siguiente: esta vez, él se enfada. ella sonríe: "Querido señor, mis

La torre de la Puerta de Brest, en las murallas de Dinan. Juana se instaló en este alojamiento provisional en agosto (cf. p. 148).



Antigua fábrica de hilados situada en la periferia de Rennes, en 1852. La Piletière acogía a las personas ancianas. Juana permaneció aquí cuatro años (cf. pp. 192-193).



Escena de vida hospitalaria en Londres por James Collinson
(cf. explicación en p. 313).

Foto Jean Fortier

Nous, Préfet de Maine & Loire

Vu les renseignements qui nous ont été fournis sur les nombreux services rendus aux pauvres, par la D[lle] Jeanne Jugan et sur le désintéressement dont elle n'a cessé de faire preuve, ainsi que les petites sœurs;

Autorisons cette dame à effectuer dans toute l'étendue du département de Maine & Loire, une ou plusieurs quêtes en faveur de l'œuvre qu'elle a fondée et invitons les autorités civiles et militaires à lui accorder, au besoin, protection pour l'accomplissement de sa mission charitable.

Accordons la même autorisation aux petites sœurs des pauvres qui l'aident dans ses bonnes œuvres.

En Préfecture, à Angers, le 26 juin 18

Le Préfet,

[signature]

pobres tenían hambre ayer, tienen hambre hoy y mañana tendrán también hambre..." Él le dio otra vez y le prometió que continuaría dándole. Así, con su sonrisa, sabía invitar a los ricos a la reflexión y a descubrir sus responsabilidades.

A veces, la trataban de holgazana: "¿Por qué no trabaja...? — Es para mis pobres, señor." Muchas veces la ponían en la puerta; ella decía: "Os doy las gracias... —¡Estáis loca dando las gracias, si os echan!— Lo hago por Dios."

Una de sus frases se ha hecho célebre. Un viejo solterón, irritado, le había dado una bofetada; ella respondió dulcemente: "Gracias, esto es para mí. Ahora, dadme algo para mis pobres, por favor!"

Muchas veces iba a buscar socorros a la Oficina de beneficencia y, en los primeros tiempos, la trataban como a uno de la casa. Pero un día una empleada la trató con dureza y le dijo que ocupara su puesto en la cola entre los mendigos. Ella obedeció. A fin de cuentas era una mendiga y aquél era su sitio.

Procuraba no decir nada de los que la habían recibido mal. Escuchemos los consejos que en su ancianidad dará a las jóvenes: "Habrá gentes que les despedirán de mala gana. Los vecinos les di-

←Los pliegues del pergamino y las huellas de los dedos sobre esta autorización de colecta prueba que Juana Jugan recorrió los caminos de la región de Anjou (cf. p. 183).

rán: 'En la puerta del lado seguramente les han recibido mal.' Nunca hay que mostrar descontento. En estos casos, yo decía: 'Perdone, estas personas han sido muy buenas conmigo...' porque miren ustedes, cuando nos reciben de mala manera, es un bien para nosotras mismas y algo que ofrecer a Dios."

Incluso sus amigos a veces le hacían reproches. La señora de La Mettrie, su antigua patrona, que la quería mucho, le decía: "Mi pobre Juana, cargas sobre tus brazos un montón de ancianos, no podrás darles de comer... Nuestros recursos son limitados, tengo cuatro hijos; vas a dejarnos a todos en la miseria, con tus ancianos..." Ella no le respondía y continuaba.

A veces era duro. Entonces, se daba ánimos. Decía a su compañera: "¡Estamos caminando para Dios!" O bien, un día de fiesta, en Saint-Servan, con la sonrisa que le era tan familiar: "Hoy vamos a hacer una buena cuestación, porque nuestros ancianos han disfrutado de una buena comida. San José debe estar contento al ver que sus protegidos están bien cuidados. Y nos bendecirá!" Parece que su presencia impresionaba a la gente, una especie de encanto que actuaba sobre los demás. Muchas personas, de muy diversa condición, lo recuerdan. "Los primeros tiempos de su fundación, cuenta la nieta de uno de sus bienhechores, continuaba haciendo faenas.

Antes de comenzar su obra, era poco exigente, pero cuando hubo recogido a sus primeras *buenas mujeres,* se volvió insaciable. Al ver algunas figurillas de adorno, le decía a mi abuelo: 'Querido señor, esto os es inútil, seríais igualmente feliz si no lo tuvieseis; si me lo dieseis, yo lo vendería y mis pobres vivirían muchos días con el dinero que obtendría a cambio de ello...' Naturalmente mi abuelo conservaba las figurillas y le daba dinero... Sabía pedir tan bien, con tanta amabilidad, con tanta tenacidad, que realmente no se le podía negar nada..."

Su "tenacidad" era siempre cortés, discreta, capaz de pasar desapercibida. Más tarde, aconsejará: "Cuiden de no hacer la colecta precipitadamente, y no pedir de buenas a primeras lo que desean... como si se lo debieran. Tomen el tiempo de saludar, y si cabe, interésense por las personas y temas de actualidad, con pocas palabras. Es más humilde y menos apresurado. Después exponen dulcemente las necesidades de la casa, sin cansar..." O bien: "Sean muy pequeñas, muy humildes, y no miren a las ventanas si no les abren enseguida."

La señora de la Corbinière ha evocado unos recuerdos que podrían ser personales: Las criadas, después de haberle abierto, ya no se ocupaban de ella. Juana se deslizaba suavemente hacia el pasillo, llamaba discretamente a las puertas, es-

peraba con paciencia, porque temía ser importuna. En los salones, en las recocinas, en los jardines, Juana aparecía del mismo modo, dulce, tranquila, persuasiva. El banquero, inmerso en sus asuntos, al levantar la cabeza veía a Juana, inmóvil, aguardando el momento favorable: —"¿Qué hace usted aquí? —Espero, querido señor. Pido para mis *buenas mujeres.*— ¡Sus *buenas mujeres*!
¿Por qué se ha cargado con ellas? ¿Va a ponerlas sobre mis espaldas? —Las compartiremos un poco hoy, señor, si queréis: Vd. les dará de comer y yo las cuidaré. Dadme con generosidad, y no me veréis hasta dentro de mucho tiempo... Rezaré por vos, señor, y ellas también rezarán por su bienhechor. Les enseñaré a agradecéroslo."

Juana pedía con dignidad, evitando a la vez toda arrogancia y todo servilismo. "Cuando yo era niña, cuenta una testigo de sus visitas, lo que me sorprendía más vivamente era su agradecimiento, su reconocimiento y su rostro siempre igual, tanto si se le daba como si se le negaba. 'Juana, le decía yo, mamá me manda decirte que hoy no hay nada para tí. —Bueno, gracias, señorita, gracias de nuevo, otra vez será. Dé las gracias a su mamá. Sé que a ella le gustaría llenar mi cesto si pudiese...' Y Juana nunca dejaba de hacer una pequeña reverencia antes de marcharse..."

Juana daba las gracias, y era la expresión de

su verdadero agradecimiento de corazón. Además, daba gracias a Dios a la vez que a sus bienhechores; lo bendecía por el menor don recibido, ¡aunque fuese una patata! "Dios me ha bendecido siempre, porque siempre he dado gracias a la Providencia", contaba ella mucho más tarde.

Léon Aubineau, que conoció muy bien a Juana, evoca su celo infatigable como cuestora y los extraordinarios resultados que obtenía. De él es esta bonita expresión: "Tenía un don de palabra, una gracia para pedir... pedía alabando a Dios, por así decirlo."

Vivida de este modo, la cuestación se transfiguraba. Hubiese podido provocar una simple actitud de asistencia, con la que los ricos hubiesen tranquilizado su conciencia; pero Juana hacía de ella una evangelización, que se dirigía a la conciencia e invitaba a un cambio de vida.

No todos comprendían esta pureza evangélica, y muchos habitantes de Saint-Servan la soportaban mal. Estaban dispuestos a escuchar cualquier queja que pudiese formularse contra ella. Cuando se supo la adquisición del convento de la Cruz, se formó un movimiento para oponerse a esta loca aventura: había que confiar esta obra a religiosas experimentadas, o bien a un comité de damas que acababa de formarse para abrir un hogar de niños abandonados: estas damas podrían ayudarla y controlarla a la vez...

¿Cómo podían dejar una empresa de tal importancia únicamente entre las manos de esta sirvienta sin cultura y sin recursos?...

M. de Bonteville, cura párroco de Saint-Servan, tuvo que dar parte de ello a monseñor Brossais St. Marc, nombrado recientemente obispo de Rennes. Y éste mantuvo a Juana en su derecho.

Pero en la opinión pública seguirá habiendo malestar. De repente la Oficina de beneficencia dejó de prestar su ayuda: para el asilo de Juana ya no habría más ropa, ni pan, ni ningún otro socorro.

La privación de ropa fue la más sensible. Precisamente les hacía mucha falta, y no aparecía ninguna solución. Se pusieron a rezar más intensamente. Era el mes de agosto; instalaron en la casa un pequeño altar en honor de la Virgen; un vecino, el señor Brisart, guardia de oficio, muy hábil en estos trabajos, lo preparó. Unos amigos les dieron flores. Se había previsto que en este día Marie, Virginie y Madeleine debían hacer voto de castidad por seis meses (Juana ya lo había hecho hacía tiempo); hicieron este voto como habían previsto y se quitaron sus sortijas y pendientes para adornar con ellos la imagen de la Virgen. Pusieron sobre el altar la poca ropa que les quedaba e hicieron esta súplica: "Madre, ved nuestra miseria, no tenemos ropa para cambiar a vuestros hijos." Durante los días siguientes, personas caritativas pusieron a los pies del altar una gran cantidad de ropa e incluso una pieza de tela entera.

La estancia en *la gran planta baja* iba a terminarse. Los últimos tiempos quedaron señalados por dos acontecimientos alentadores. En primer lugar, el padre Félix Massot, de los hermanos de san Juan de Dios, envió a Juana un acta de unión de oraciones y de gracias entre su orden por una parte y por la otra el padre Le Pailleur y "Juana Jugan, superiora de las jóvenes consagradas a cuidar a los ancianos enfermos en la parroquia de Saint-Servan[1]..." Este reconocimiento de la obra que había emprendido, en el que Juana Jugan percibió sin duda una delicada expresión de amistad y de apoyo fraternal, fue seguido por otro: el 27 de septiembre, dos días antes del traslado, el obispo en persona fue a hacer una visita a la pequeña comunidad. Esta visita oficial ganó para la obra de Juana Jugan el favor de mucha gente de Saint-Servan que dudaba.

Después de esta visita, Juana debió respirar un poco más libremente: la tormenta había pasado. Igual que cuando lo hacía algunos días al

1. Éste es el texto original latino: *Dilectissimo in Christo Domino admodum reverendo Patri Le Pailleur sacerdoti, simul ac Dominae reverendae Matri et Matronae Joannae Jugan superiori puellarum infirmis utriusque sexus senio confectis inservientium in parochia Sancti Servatii...* etc. Una traducción en francés unida a esta acta de unión dice también "a la reverenda madre y dama Juana Jugan, superiora *general...*" etc. Volveremos a tratar de los avatares que sufrió el diploma oficial.

volver de la colecta, cuando volvía muy cargada y con los pies doloridos. Se sentaba un momento al pie de un gran calvario que se elevaba en medio del campo, y recobraba el aliento. Por encima de ella, la cruz del Señor daba sentido a lo que ella vivía. El amor es ante todo comunión con la miseria del mundo.

*

* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 11

Fuentes manuscritas

Archives de Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Anne Auguste, según sor Anne de la Nativité sor Isabelle de Saint Paul, según sor Alexis de Sainte Thérèse, sor Emmanuel Marie, según sor Valentine Joseph, sor Marie Gatienne, según sor Léocadie Marie, sor Anatolie du Saint Sacrement, sor Apollinaire du Saint Sacrement, sor Armel du Saint Sacrement, sor Auguste Alexis, sor Catherine de tous les Saints, sor Céline de l'Ascension, sor Geneviève Monique, sor Louise de l'Immaculée, sor Marguerite de Sainte Marie, sor Pélagie de la Résurrection, sor Sainte Amélie, sor Saint Aurélien, sor Sainte Laurentine, sor Saint Michel.

Otros testimonios: Sra. Delamare según la Sra. Salles, Sra. Gillet según sor Louise de l'Immaculée, Sra. de Beaudrap, Srta. de Kervers, vizconde de La Mettrie, Sra. Magon, Sra. de Molon, Sr. Moncoq, Sra. de Senneville.

Diplôme d'union de prières con la orden hospitalaria de los hermanos de San Juan de Dios. — Certificación de F. Durusselle, vic. gen. de la diócesis de Rennes (1902).

Livre de fondation de la casa de Saint-Servan.

Archives de l'Académie française. Memoria ya citada.

Archives de l'Ordre des Frères de Saint-Jean-de-Dieu. P. Pedro Fourrier Picard, *Souvenirs épars de nos religieux défunts; Notice nécrologique du P. Félix Massot.*

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

L. Aubineau, *Histoire des Petites Soeurs des Pauvres,* en *Les serviteurs de Dieu,* Palmé, París ⁵1880.

Estudios posteriores

Frère Corentin (Cousson), *Jeanne Jugan et les Frères de Saint-Jean-de-Dieu,* en "La Grenade", septiembre de 1939.

P. Dauphin, op. cit.

H. Devillers, op. cit.

A. Helleu, *Une Grande Bretonne, Jeanne Jugan, fondatrice des Petites Soeurs des Pauvres,* Riou-Reuzé, Rennes, 1938.

C. de la Corbinière, op. cit.

A. Leroy, op. cit.

12

La casa de la Cruz
(1842-1845)

"'Es una vergüenza para nuestra civilización pensar que en el siglo XIX, al menos la décima parte de la población va vestida de harapos y muere de hambre..." ¿Cuál es la causa de esta situación? Es que la industria "es una máquina que funciona sin regulador; le importa poco la fuerza motriz que emplea. Triturando entre sus engranajes tanto a los hombres como la materia, despuebla los campos, aglomera la población en unos espacios sin aire, debilita el espíritu y el cuerpo y cuando ya no sabe qué hacer con ellos, echa a la calle a los hombres que para enriquecerla han sacrificado sus fuerzas, su juventud, su existencia..." El autor de este análisis despiadado no es un revolucionario, es el príncipe Louis-Napoléon Bonaparte que, en estos años, medita sobre la situación social antes de asumir sus responsabilidades políticas. El librito donde escribe estas líneas se tituta *Extinction du paupérisme* (1844).

Juana no lo leerá: ella lee el libro de la vida tal como se le ofrece. No conoce claramente las causas del pauperismo; pero ha encontrado un camino para ponerle remedio allí donde ella está: ha unido su suerte a la de los pobres ancianos y,

desde este lugar que ha elegido, se dirige a la comunidad humana que le rodea: ¿Queréis que vivamos? Nuestra vida depende de vosotros. Y para aquellos que quieren escucharla, esta pregunta puede traer consigo todas las demás.

Veámosla en su obra.

En la fiesta de San Miguel de 1842, menos de tres años después de haber acogido a las dos primeras *buenas mujeres,* Juana, sus compañeras y las doce acogidas dejan el antiguo cabaret donde vivían desde hacía un año y, subiendo la calle, van a instalarse por fin en una verdadera casa: una construcción bastante espaciosa alrededor de un patio. El mismo día, se unen a ellas seis nuevas ancianas. Pueden arreglar un verdadero dormitorio y un espacio para la comunidad.

Han fabricado camas con antiguos bancos de la iglesia (sin duda el bondadoso señor Brisart les ha prestado ayuda en estos trabajos de carpintería). Utilizan estos viejos bancos para construir otros muebles... y para calentarse.

El número de acogidas va a aumentar rápidamente. Se necesitan brazos para todo este trabajo. Madeleine Bourges deja su habitación y se va a vivir en la casa de la Cruz. Ella y Virginie Trédaniel dejan de trabajar fuera: dedicarán todo su tiempo al servicio de los pobres (pero esto representa una disminución de los recursos). Poco tiempo después, Marie Jamet se une a ellas: deja

la casa de sus padres y se consagra enteramente al mismo servicio.

En noviembre, el asilo alberga a veintiséis ancianas. Algunas de entre ellas están enfermas. Juana ya no es suficiente para cuidarlas. Entonces el señor Blachier, médico del hospital "du Rosais" desde 1806, y que por tanto conocía muy bien a Juana, acepta prestar sus cuidados, gratuitamente, a las ancianas enfermas. Hasta 1857 les prestará una gran dedicación. Incluso montó una pequeña farmacia para el asilo.

Se planteaba de nuevo el problema de la ropa. Muchas veces, las recién llegadas, llenas de parásitos, debían cambiarse totalmente y se llegó a que las hermanas tuvieran que darles su propia ropa para vestirlas. Un poco más tarde, por falta de mudas y por exigirlo la higiene, tuvieron que hacer la colada durante la noche y mientras se secaba la ropa las pobres ancianas se quedaban en la cama durante el día: esto produjo algún descontento... Entonces Juana y Marie fueron por toda la ciudad haciendo una gran colecta de ropa y reequiparon el asilo.

Durante este invierno 42-43 sucedió un acontecimiento importante: la entrada del primer anciano. Le habían hablado a Juana de este viejo marinero, solo y enfermo en un sótano húmedo; ella va allí y en efecto, lo encuentra en un estado lamentable, vestido con unos harapos, sobre la

paja podrida, con el rostro extenuado. Llevada por la más viva compasión Juana sale, confía lo que ha visto a una persona benefactora y llega poco después con una camisa y vestidos limpios. Lo lava, lo cambia y lo lleva a la casa. Allí él recuperará sus fuerzas. Se llama Rodolphe Laisné (1767-1849). Y poco después otros hombres serán sus compañeros. Como ahora Juana tiene fama de acoger cualquier tipo de miseria, le llevan también niños pequeños abandonados. Incluso parece que ella tomó la iniciativa de recoger algunos, al menos como una ayuda provisional: ella misma ha contado mucho más tarde que un día, durante una colecta, bordeando un seto en medio del campo, había oído llorar a un niño; se detuvo, se lo llevó consigo y luego lo llevó al asilo... Así, durante unos cinco años aproximadamente, en la casa de la Cruz hubo unos diez niños; ya hablaremos de ello más adelante.

Vivían muy pobremente, ahorrando incluso el fuego y la luz. Si había que velar a los enfermos, lo hacían a obscuras, encendiendo la vela sólo cuando era necesario. Una noche habían dado de cenar a los pobres; para las cuatro hermanas sólo quedaba "un pequeño pan de cinco céntimos". Se lo repartieron pero era muy poco: pesaba la fatiga del día. Y he aquí que el mozo de la casa rectoral les trajo los restos de una comida. Se les saltaron las lágrimas... y cenaron.

Tal vez aquí debamos situar esta sabrosa anécdota. "De vez en cuando, le ocurrían a Juana pequeñas aventuras que la alegraban con esta alegría pura de que se disfruta en el servicio del Señor. Ella soñaba con dar un banquete a sus ancianos. Digámoslo sin ambages: quería tener manteca y, por tanto, comprar un cerdo.

"La feria de Paramé debía celebrarse próximamente. Juana Jugan le pidió a la Srta. Anne Citré que la acompañase; ésta aceptó con su habitual amabilidad (...). Nuestras dos amigas examinaban, regateaban tímidamente y no compraban nada. Sin duda no bajaba el precio de ningún animal hasta la modesta cantidad que podía ofrecer Juana. El tiempo transcurría... Nuestras compradoras trataban de ponerse de acuerdo y discutían suavemente a media voz. Anne Citré reprendía a Juana y ésta, contando su pequeño peculio, profería suspiros mientras veía cómo delante de sus ojos se llevaban el animal que ella no había podido pagar. Se disponían ya a marcharse, cuando las llamó una vendedora que desde lejos había observado sus manejos y su temerosa actitud: 'Vengan aquí, señoritas, aquí, tengo lo que necesitan; he vendido ya toda la familia y no me queda más que uno; pero, a fe de dinardesa, he jurado que sólo volveré a casa con las manos limpias; miradlo, es éste' El animal tenía muy mal aspecto, enfermizo, delgado, en una palabra, invendible. 'Sólo pide vivir, continuaba la vendedora. Sus hermanos le comían la pitanza y a él lo devoraban los celos; si lo criáis solo, rellenará otra vez sus huesos.' Anne Citré, ya harta, molida de cansancio, le dijo a Juana: 'Cógelo, te lo doy, esto acabará con tus indecisiones: toma el dinero. Le haremos tragar un cordial cuando lleguemos a la parroquia.' Pagan el animal y emprenden el camino a través de campos y marjales. Tenían que pasar un puente. Por miedo a un accidente o a que se les ahogase, Juana mete al animal dentro del gran saco (el gran *pochon*[1], según expresión suya) que para ello había traído; pero, en medio del puente, empiezan a oír unos gemidos. *'Se queja dentro de la bolsa,* dice la pobre Juana, creo que se está muriendo.' Se detienen, abren el saco; el animal se moría. Con los ojos cerrados, las orejas colgando, enmudecido, vieron al pobre animal en tal mal estado que tuvieron que llevarlo en brazos con las mayores precauciones, como a un bebé enfermo.

"Cuando por fin llegaron a casa, Anne Citré le hizo tomar el cordial anunciado, y fue maravilloso: ya no dio más que satisfacción y dulces esperanzas. Su matanza fue un día de fiesta para el establecimiento: pesaba doscientas libras.

1. El *pochon* es un término que aún se usa en Bretagne y en algunas otras regiones (en Champagne por ejemplo): se trata de una bolsa o saco.

"Las dos amigas, como de costumbre, no habían tenido en cuenta su fatiga y sin embargo habrían podido decir sonriendo, como una de sus compañeras le decía a Maxime du Camp: 'Esto no sería nada, si tuviese unas rodillas de repuesto.'"

Aprendían a confiar en la Providencia. Así, se acercaba un vencimiento de seiscientos francos y en caja sólo tenían treinta. Rezaron. Y exactamente en la fecha requerida, un sacerdote de la vecindad entregó al asilo un cartucho de monedas de oro: había en él cuatrocientos francos.

Juana iba pidiendo, infatigablemente. Y llegó una ayuda inesperada. Cierta señorita Dubois, amiga de la casa, se ofreció a acompañarla en la colecta por los campos vecinos. Era una persona respetable y conocida, que se comprometía mendigando así con Juana. Su presencia sorprendió a todos y se abrieron las bolsas. Recibieron trigo, alforfón, patatas; y además hilo, telas; y contrajeron amistades nuevas. Se hizo más asiduamente la colecta de las sobras de comida. Instauraron la colecta en los mercados, y en el puerto de Saint-Maló la colecta en los barcos. Al comprar la casa de la Cruz, en febrero del año 42, habían contraído la enorme deuda de veinte mil francos; a finales de 1844 Juana lo había pagado todo, con siete años de adelanto.

Para allegar recursos, inventaban siempre

medios nuevos. Por ejemplo en la Navidad de 1842, hicieron un gran nacimiento que ocupaba una habitación entera de la casa. Lo hicieron juntas varias familias amigas, los Gouyon, Guibert, Chatelier, Le Fer... Las jóvenes vistieron a los pastores y magos; los chicos construyeron los palacios de Pilatos y de Herodes. Hubo una gran afluencia de visitantes, y muchas ofrendas: los setecientos u ochocientos francos que así recibieron, sirvieron para pagar el horno de la cocina. Otra vez fue una lotería, organizada también por las familias de sus bienhechores.

Otra invención: compran lana en bruto; la blanquean. Las *buenas mujeres* la cardan, la hilan, la tejen con agujas de punto. Y Madeleine va a vender estos jerseys de pueblo en pueblo, a veces con pequeños objetos comprados al por mayor en Rennes o en Dinan.

Así vivían, al día. Nunca de crédito. Y no era poca sorpresa en la región el ver a los pobres, cada vez más numerosos, bien tratados y felices, sin que el asilo contase con ningún recurso seguro. Sólo el esfuerzo común de toda la ciudad, constantemente estimulada por Juana, podía obtener este resultado.

Hubo también iniciativas colectivas. Así, los obreros de los astilleros Guibert, a partir de febrero del 43, se organizaron entre sí: pagaban *un abono* de cinco céntimos por semana y persona

(eran varios cientos), y esta colaboración duró muchos años.

En diciembre de 1843, la casa de la Cruz acogía a cuarenta pobres, la mayoría procedentes de la mendicidad; en el año 45 habrá más de sesenta. Muchos se transformaban moralmente, y la gente se lo contaban los unos a los otros con asombro. Como esta pobre anciana, que recogía trapos por la calle e inspiraba una especie de horror a toda la ciudad. Después de algunos meses en el asilo no la reconocían. Recuerdan también a aquella anciana pescadera que se había dado a la bebida; había abandonado su tienda poco a poco; mendigaba e iba errante por las playas, digna de lástima... Unos parientes acomodados la habían socorrido: vanos esfuerzos. Las hermanas la recogieron, la rodearon de afecto y se produjo la "conversión". Uno de sus sobrinos, el señor Lapanouse, de Jersey, vino a verla: y comprobó el prodigio. Sorprendido, legó siete mil francos a las hermanas de los pobres: y murió poco después.

Esta suma llegó a punto. En efecto, se habían puesto a agrandar la casa: loca empresa. En caja no tenían más que cincuenta céntimos: colocaron la moneda al pie de una imagen de la Virgen y ¡a trabajar!. Las hermanas trajeron piedras bajo sus mantos; cuando el montón fue bastante grande, sacaron un poco de arena de su jardín. Después

hicieron una suscripción entre el público que fue bien acogida. Tuvieron acarreos gratuitos, materiales a bajo precio, y un poco de dinero, el suficiente para empezar. Algunos albañiles y carpinteros ofrecieron un día de trabajo por semana. Las propias hermanas mezclaron la cal' y la arena... Se fueron levantando las paredes. Los 7000 francos del señor Lapanouse permitieron llegar hasta el armazón. Después, ya no les quedaba nada. Esperaron. En diciembre de 1845, llegaron los 3000 francos del premio Montyon, que pagaron el final de la obra. Pero ésta es otra historia sobre la que hablaremos más adelante.

Mientras tanto, habían arreglado una gran habitación como capilla y les había sido concedida la autorización para tener la Santa Reserva. El 10 de abril de 1845, el obispo visitó la casa de la Cruz y confirmó a diez ancianos.

Dejemos la palabra a otro visitante, que nos ha descrito algunos aspectos de la casa en esta época. Se trata del señor Dupont, al que a menudo se ha llamado "el santo hombre de Tours" (1797-1876), al que volveremos a encontrar en otras páginas de esta historia. Nacido en la Martinica, magistrado, se quedó viudo y llegó a Francia con su única hija. Esta tenía una salud frágil, por lo que la llevó a tomar baños de mar en Saint-Servan (era el comienzo del turismo veraniego en las playas bretonas). Profundamente

creyente, amó enseguida este país de fe. Y encontró a Juana Jugan: quedó subyugado por ella, y nació entre ambos un profundo y mutuo entendimiento. Veamos lo que escribe de Saint-Servan, el 17 de septiembre de 1844: "Un pequeño cuerpo de edificio separado sirve de refugio a los ancianos, que son mucho menos numerosos: en las ciudades marítimas, la mortalidad ataca más a los hombres, ya que están expuestos a los peligros del mar." Describe después "la sala en la que se reúnen las mujeres para deshilachar viejas cuerdas y con ellas hacer estopa para calafatear los barcos. La sala es grande, de forma cuadrada, y hay sillas colocadas a lo largo de sus cuatro paredes. Reina un gran silencio y se advierte en todos los rostros una dulce serenidad... Han sido necesarios grandes esfuerzos para llevar a esta vida regular y laboriosa a cada una de estas pobres criaturas a las que la sociedad rechazaba y cuya conducta muchas veces era mala (...) Y mi admiración aumenta cuando veo este hermoso orden organizado por mediación de cinco o seis jóvenes (...). Aquí está el dedo de Dios."

El dedo de Dios está aquí... Las mismas hermanas han aprendido a reconocerlo durante estos primeros años en la casa de la Cruz. Partieron sin nada y avanzan sin nada: ya que realizan la obra de Dios, Dios proveerá a sus necesidades, a las necesidades de sus pobres. Ésta es la ley de la

confianza, que a partir de ahora será la gran ley de las Hermanitas de los Pobres.

*

* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 12

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Thérèse Augustine, sor Valentine Joseph. A. Leroy, *Détails complémentaires...* ya citado. A. Helleu, *Notes et observations relatives à certains documents faisant partie du dossier de la cause de Jeanne Jugan* (hacia 1940). *Livre de fondation* de la casa de Saint-Servan. Actas notariales.

Archives de l'Académie française. Memoria ya citada.

Archives de l'Oratoire de la Sainte-Face (Tours). Correspondencia del Sr. Dupont.

Archives municipales de Saint-Servan. Correspondencia del alcalde; deliberaciones del consejo municipal; registros del estado civil.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

Louis-Napoléon Bonaparte, *Extinction du paupérisme,* Paguerre, París, 1844.

L. Veuillot, *Les Petites Soeurs des Pàuvres ou le droit à*

l'assistance selon le christianisme, en "L'Univers" 13 de septiembre de 1848.

Estudios posteriores

J. Delumeau, op. cit.
P. D. Janvier, *Vie de M. Dupont d'après ses écrits et autres documents authentiques,* Mame Tours, 1879.
C. de la Corbinière, op. cit.
A. Leroy, op. cit.

13

Hermanas de los Pobres

Acabamos de acompañar a Juana Jugan, Virginie Trédaniel, Marie Jamet y Madeleine Bourges en su servicio a los pobres ancianos, desde septiembre de 1842 a abril de 1845. Durante el mismo período se ha desarrollado en la casa de la Cruz una historia más oculta: la del desarrollo progresivo de una comunidad religiosa. Vamos a presentarla.

Ningún plan preestablecido, ninguna transición brusca. Pero ahora es evidente que las cuatro asociadas tienen el firme proyecto de encaminarse si es posible a una vida religiosa propiamente dicha. Poco a poco, sin prisas, van a adoptar los diferentes elementos, de los más íntimos a los más visibles, que les parece que constituyen la existencia consagrada a Dios en la vida religiosa. En esta búsqueda, las ayudará de una manera discreta y segura el padre Félix Massot, de los hermanos de San Juan de Dios. Este crecimiento casi insensible se parece al de una hojita que nace, hace estallar el botón y lentamente se desarrolla, se inerva y por último se despliega y se abre a la luz.

Las tres más jóvenes ya le han prometido

obediencia a Juana (29 de mayo de 1842) y han hecho voto de castidad por seis meses (15 de agosto de 1842). El 20 de octubre, Marie se convierte en la consejera de Juana: la suplirá durante sus ausencias. Las dos juntas, tendrán una particular importancia en la elaboración progresiva de la regla, cuyos puntos, uno tras otro, serán estudiados a veces por ellas dos, a veces por las cuatro, después sometidos a la prueba de la vida y por último fijados provisionalmente. En esta regla habrá dos aspectos inseparables: los puntos que se refieren más a la existencia personal de las hermanas y los que conciernen más directamente a sus funciones de hospitalidad.

Conservaban aún sus vestidos hechos a la moda del país y los usaban, ya que no tenían los medios necesarios para permitirse el gasto de un cambio total, pero en el reglamento se decía: "sus vestidos serán de color negro o marrón, o bien dominarán estos colores; no tendrán nada rebuscado ni singular." Como todas las mujeres de condición humilde, llevan un gorro, una cofia redonda atada por una cinta bajo la barbilla. Si salen, se envuelven en la gran capa con un gran capuchón redondo que ya le hemos visto a Juana Jugan; éste era el abrigo en uso entre las viudas de Saint-Servan. Sin embargo adoptarán, una tras otra, varias costumbres comunes. Primero se cortan los cabellos; y a partir de entonces, bajo su

cofia llevarán una tira de tela que tapa su frente.

El 21 de noviembre de 1842, Juana y Marie hacen voto de obediencia a título privado, por un año. Parece que en esta ocasión se arregló como oratorio "una pobre y pequeña cuadra": muchos años después, cuando Juana ya será vieja, se acordará de la gran alegría que sintió al realizar esta transformación.

El 8 de diciembre, Virginie y Madeleine hacen a su vez voto de obediencia. Además, este mismo día, Marie, Virginie y Madeleine renuevan por un año su voto de castidad. En adelante, el 8 de diciembre será el día de la renovación de los votos, e invocarán a la Virgen Inmaculada como patrona de la asociación. Para expresar por medio de algún signo el compromiso de los votos, como hacen los hermanos de San Juan de Dios, las hermanas llevarán un cinturón de cuero y un pequeño crucifijo: signos sólo para ellas, ya que no son aparentes. Este mismo 8 de diciembre procedieron a una elección formal: la de la superiora. "Se hizo la elección y fue nombrada Juana", anotará Marie Jamet.

Transcurre un año: "El 8 de diciembre de 1843, continúa Marie, como se había terminado el año para el que había sido nombrada Juana, tuvo lugar una nueva elección... también fue nombrada Juana (...) Cuando prolongaron el tiempo de su cargo de superiora, Juana era conocida en la

ciudad, con la gracia de Dios, y lo era de una manera muy ventajosa para la obra por la que ya había trabajado tanto y por la que continuaría trabajando con celo y constancia. Juana, que era la superiora, continuó con la colecta, Virginie se ocupó de la ropa, Madeleine de la cocina y Marie (es ella quien lo escribe) de la vigilancia del trabajo y una parte de las colectas." Observemos este testimonio, ya que es importante. Con toda evidencia, Marie aprueba la elección de su venerada amiga.

Ahora bien, dos semanas más tarde, va a producirse un suceso desconcertante. Dos días antes de Navidad, el padre Le Pailleur reúne de nuevo a la comunidad y anula la elección que acaba de hacerse. Designa a la que él quiere como superiora: Marie Jamet. Ante esta decisión del sacerdote se inclinan las cuatro asociadas.

Mucho más tarde, el 10 de abril de 1884, por tanto después de la muerte de Juana, el padre Le Pailleur evocará este "primer capítulo (si puedo utilizar este nombre) improvisado en Saint-Servan, por mi única inspiración, con mis pobres cuatro hijas primeras (...). Mi primera hija espiritual (...) fue elegida superiora general por unanimidad puesto que, aunque sólo teníamos una casa (...) presintiendo lo que iba a hacerse, yo quería ya una superiora general..."

Podemos conjeturar los móviles de esta extraña decisión: la tímida Marie, de 23 años, llena de veneración por su padre espiritual, será un instrumento dócil en sus manos. Juana en cambio tiene 51 años, o sea veinte más que él; tiene tras sí una larga experiencia; vive en Saint-Servan desde hace veintiséis años; muchos de los habitantes de Saint-Servan le profesan ya una profunda admiración; él, después de cinco años, también es ya muy apreciado y tal vez desearía serlo más aún: los acontecimientos que siguieron nos lo sugieren. Sin duda está convencido de que estas cuatro jóvenes poco cultivadas no estarán a la altura de su tarea, porque presiente el futuro desarrollo de la obra; le necesitarán a él. Pero le resultaría difícil imponerse a Juana; con ella no tendría las manos totalmente libres...

Siempre es él el que la aparta con un gesto. Muchos años más tarde, ella le dirá con una especie de jovialidad que probablemente oculta un largo sufrimiento: "Me habéis robado mi obra, pero os la cedo de todo corazón." Era preciso que ella conociese también esta pobreza, mucho más radical que la que había elegido libremente: dejarle a otro, que presiente que tal vez no es totalmente desinteresado, la responsabilidad entera de la obra y la apariencia de su paternidad. Ninguna confidencia de esta época nos permite medir su lucha interior. Podemos suponer que se preguntó ante Dios: ¿Tengo el derecho de dejar en

otras manos esta obra aún tan frágil? En su actitud todo nos lleva a creer que superó sus inquietudes y confió a Dios el porvenir de una obra que él había suscitado y que su Providencia sabría cuidar.

En la ciudad no se supo este cambio interior de la humilde comunidad. Cuando, un año más tarde, el alcalde, los consejeros municipales, el mismo cura párroco, dirigirán una memoria a la Academia francesa, designarán a Juana como superiora de la comunidad y organizadora de la obra. "Las personas que la secundan, dirán, imitan su ejemplo..." Y desde luego el padre Le Pailleur es quien escribirá de su propia mano esta memoria que puede proporcionar a la casa un importante subsidio. Y en Saint-Servan y después en muchas otras ciudades, continuarán llamando a las hermanas *las pequeñas Juana Jugan.* El transcurso de los hechos nos demostrará que Juana, durante diez años aún, diez años decisivos, será la única autoridad reconocida en el desarrollo de su obra.

Pero, volvamos a la casa de la Cruz, a comienzos del año 1844. Empezaban a preocuparse, no venían más asociadas. Algunas lo habían intentado, pero las asustaba la extrema pobreza. "¡No, Dios mío, no es posible, no me pediréis esto!". La que así suplicaba más tarde se hizo Hermanita de los Pobres. Otra le rezaba a

san José con el deseo de ser religiosa: "...¡pero no en las Hermanitas!" Y también llegó a serlo, pero después.

Marie tenía una hermana un poco más joven que ella, Eulalie (1824-1893). Durante mucho tiempo Eulalie sintió una especie de repulsión ante la elección de su hermana; le decía: "Con tu cesto, me das vergüenza... ¡Mendiga!". Pero, hacia finales del año 43, fue a substituir por algunos días a una de las hermanas que debía guardar cama, y quedó sorprendida al descubrir, desde dentro, lo que vivía la pequeña comunidad, sus oraciones, su generosidad; y decidió unirse a ellas. La recibieron en enero de 1844. Otras dos jóvenes lo intentaron pero no perseveraron. La comunidad continuaba desarrollando la forma religiosa de su vida. Así, el 4 de febrero, cuando este año comenzaba la preparación de la Pascua, las siervas de los pobres cambiaron de nombre y se convirtieron en las *hermanas de los pobres,* sin duda para expresar mejor la fraternidad evangélica revelada por Jesús, y la intención de compartirlo todo, al mismo nivel, con sus hermanos y hermanas. Y también cada una de ellas tomó un nombre de religión. Juana fue la hermana María de la Cruz; Marie fue la hermana Marie-Augustine de la Compassion; Virginie, la hermana Marie-Thérèse de Jésus, y Madeleine, la hermana Marie-Joseph. Eulalie, un poco más tarde, se lla-

mará con el nombre de hermana Marie de la Conception[1].

Tres días después, las cuatro hermanas pronunciaron los votos privados de pobreza y de *hospitalidad* por un año. En este cuarto voto, se advertirá la influencia de los hermanos de San Juan de Dios, que también lo vivían. Y el 8 de diciembre de 1844, renovaron por un año los cuatro votos.

Durante el otoño de 1845, Juana fue a hacer una colecta a Dinan. Siempre llevaba en su corazón, en su oración confiada, el deseo de nuevas hermanas cuando Dios quisiera. Probablemente durante esta estancia en Dinan entró en contacto con una joven llamada Françoise Trévily (1824-1901). Hija de un pescador de Erquy, Françoise decidió hacerse hermana de los pobres. A finales de 1845, Juana fue a buscarla a Erquy y cuentan que para cruzar los riachuelos que dividían la playa, intrépida y fuerte, la cogió a hombros... Con el nombre de hermana Anne-Marie, fue la sexta *hermana de los pobres*.

*
* *

1. Para facilitar la comprensión del relato, apenas emplearemos estos nombres de religión; además sólo se irán imponiendo progresivamente.

FUENTES DEL CAPÍTULO 13

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Notas de las primeras hermanitas de los pobres: Marie Jamet. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Alexis de Sainte Thérèse, según sor Marie-Hortense, sor Herminie de Sainte Madeleine, sor Ignace de Saint Joseph, sor Marie Berchmans, sor Marie de Sainte Blandine, sor Saint Aurélien, sor Thérèse Augustine.

Livre de fondation de la casa de Saint-Servan. Circulares del padre Le Pailleur. *Note sur le travail de l'abbé Leroy,* ya citado. A. Leroy, *Détails complémentaires...,* ya citado.

Bibliothèque municipale de Dinan. De l'Hommeau, *Histoire du vieux Dinan,* t. III, 1913 (manuscrito).

Archives de l'Académie française. Memoria ya citada.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

L. Aubineau, op. cit.

L. Odorici, *Recherches sur Dinan et ses environs,* Huart, Dinan, 1857.

Règlement pour la société des Filles du Très-Saint Coeur... ya citado.

Estudios posteriores

A. Leroy, op. cit.

14

El premio Montyon
(1845)

Cada año la Academia francesa concedía unos premios a la virtud, fundados por el señor de Montyon, para "recompensar a un francés pobre que haya realizado la acción más virtuosa".

A los amigos de Juana se les ocurrió la idea de que ella podría solicitar este premio, cuyo importe sería muy útil. El 21 de diciembre de 1844, la *Memoria* en que se pedía estaba preparada, firmada por el cura párroco y catorce consejeros municipales, legalizada por el alcalde y por el sub-prefecto de Saint-Malo. Juana se había defendido, es cierto. Había suplicado "con lágrimas que no se hiciese mención de ella (...), pero al fin dio su consentimiento en interés de sus pobres". La *Memoria* misma nos da este detalle. Fijémonos bien: a Juana lo que la enoja es que la pongan en primer término, no el que recurran a la Academia.

Este texto, redactado y firmado por hombres bien informados y desinteresados, es un documento de gran valor y lo hemos utilizado en varias ocasiones en los capítulos anteriores. Los autores exponen primero la situación de las personas ancianas en Saint-Servan: "...aunque contaba

con una población bastante considerable, y una población de marineros que, muchas veces, diezmados por los peligros del mar, dejan a sus ancianos padres sin recursos, Saint-Servan no tenía ningún hospicio ni lugar alguno para recoger a los ancianos indigentes de uno y otro sexo, de modo que muchos desgraciados ancianos estaban expuestos a toda clase de miserias. Su triste situación enterneció el corazón de Juana y emprende la tarea de ayudarles."

Después el texto cuenta con detalle cómo acogió a las primeras ancianas y cómo Juana muy pronto tendrá doce, después veinte, después treinta y hasta sesenta y cinco ancianos a su cargo. "¡Cuántas veces, yendo a buscarlos ella misma a su triste morada, los ha determinado a que la siguiesen o, si no podían andar, cargándoselos como una carga preciosa, se los ha llevado con alegría a su casa..."

Aquí la *Memoria* alude a los niños que Juana acogió durante algún tiempo:

"Ha recogido a una niña de 5 años. Thérèse Poinso, huérfana y lisiada, a la que nadie quería; otra vez, a una muchacha de 14 años, Jeanne Louette, a la que sus padres desnaturalizados habían abandonado al dejar la ciudad; ha recogido a esta desgraciada cuando la llevaban a una casa de prostitución (...)"

El camino de Juana era el amparo de los an-

cianos pobres, pero es evidente que a los ojos de sus conciudadanos, ella era la imagen misma del amparo y recurrían a ella en cualquier miseria que no sabían cómo remediar. La *Memoria* continúa:

"Ella va constantemente, haga el tiempo que haga, con un cesto en el brazo y lo trae siempre lleno (...)

"Para abogar (por la causa de los pobres) es realmente elocuente; muchas veces se la ha visto verter lágrimas al exponer sus necesidades; de modo que es difícil resistirse a ella y casi siempre ha conseguido ablandar los corazones más duros (...).

"Ha identificado verdaderamente su suerte con la de los pobres; va vestida como ellos de lo que le dan, y se alimenta de sobras como ellos, cuidando siempre de reservar la mejor parte para los que están enfermos o más débiles; y las personas que la secundan imitan su ejemplo...

"Por último, en esta casa reina el orden. El trabajo está organizado (...) Tratan a los pobres con dulzura y los cuidan con gran pulcritud."

Tendremos que volver a hablar de este precioso testimonio. Lo que aquí nos interesa es que aquellos a quienes iba dirigido lo acogieron bien. No transcurre un año cuando el alcalde de Saint-Servan era informado de que la Academia francesa concedía un primer premio, de un valor de tres mil francos, a la señorita Juana Jugan. Como

ya hemos visto, esta suma llegó muy a punto para pagar el tejado y el arreglo del nuevo edificio añadido a la casa.

Los periódicos refirieron cómo, el 11 de diciembre de 1845, en la sesión anual de la Academia, André Dupin había pronunciado el acostumbrado discurso; bajo la cúpula, ante un ilustre auditorio en el que podía reconocerse a de Chateaubriand, de Lamartine, Hugo, Thiers, Guizot, Sainte-Beuve, Dupin el mayor, aquel volteriano, hizo el elogio de la humilde Juana Jugan. En los días siguientes, "Le Journal des débats", "Le Correspondant", "L'Illustration" y muchos periódicos regionales de Bretaña, dieron esta información o reprodujeron el discurso de Dupin.

Seguramente Juana lo hubiese ignorado completamente, si no le hubiesen enviado algunos ejemplares del texto que a ella se refería. Entonces se dio cuenta de que podría utilizar el folleto de la Academia, como ella decía, para recomendar su obra a las autoridades civiles en las ciudades a donde fuese a hacer colecta.

No dejemos de mencionar que también, como un eco del premio Montyon, recibió el inesperado homenaje de una logia masónica: una medalla de oro otorgada a esta "joven admirable", decía la dedicatoria. Juana la aceptó, la hizo fundir y este oro se convirtió en la copa de un cáliz para la capilla.

Impresiona mucho observar con qué segura intuición Juana considera perfectamente normal que las instancias más profanas de este mundo, que están muy lejos del círculo de Iglesia que le es familiar, reconozcan su solidaridad con los pobres y se asocien a ella.

Con el mismo espíritu vamos a ver cómo aborda con naturalidad a los responsables civiles o militares en las ciudades a las que se dirigirá. Después de Rennes, será Dinan, después Tours, Angers, Chartres, Brest y muchas otras más.

En efecto, el 19 de enero, marcha a Rennes. Sin miedo, o dominándolo, va a pedir para los pobres de Saint-Servan, demasiado numerosos para que sus propios conciudadanos sean suficientes para sostenerlos. Por otra parte, los de Saint-Servan han deseado que Juana vaya a Rennes: orgullosos de la fama de su cuestora, que se ha convertido ya en una gloria del país, quieren utilizarla en favor de su hospicio. Así pues, marcha provista de una recomendación del alcalde de Saint-Servan y del discurso de la Academia. Sin duda la precedía una cierta fama nacida del mismo discurso. Y así, dejando el puerto y la navegación costera, navega hacia alta mar, como su padre, su hermano y tantos otros marineros de Cancale. Su mar son los caminos y las carreteras con sus incomodidades y sus peligros. También lo es la gran ciudad, que aún no conoce.

FUENTES DEL CAPÍTULO 14

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. A. Helleu, *Notes et observations..* ya citado.

Livre de fondation de la casa de Saint-Servan.

Archives de l'Académie française, Memoria ya citada.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

A. Dupin, *Discurso* pronunciado el 11 diciembre 1845. "Le Journal des débats", 12 de diciembre de 1845. "Le Journal de Rennes", 13 de diciembre de 1845. "Le Correspondant", 15 de diciembre de 1845. "La Vigie de l'Ouest", 16 de diciembre de 1845. "L'Auxiliaire Breton", 16 de diciembre de 1845. "Le Progrès, Courrier de Bretagne", 17 de diciembre de 1845. "Le Messager Breton", 18 de diciembre de 1845; 25 de diciembre de 1845. "L'Impartial de Bretagne", 19 de diciembre de 1845. Revista "L'Illustration", 20 de diciembre de 1845. "Le Publicateur des Côtes-du-Nord", 27 de diciembre de 1845. "Le Musée des familles", 27 de diciembre de 1845. Y. Tennaec (=A. Chevremont) *La destinée du Pauvre,* Marteville, Rennes, 1846; *Clairières,* Marteville, Rennes, 1848 y Paul Servan, París, 1873.

Estudios posteriores

A. Leroy, op. cit.

15

Rennes: la colecta
(1846)

En Rennes, Juana no parece desorientada. Se aloja en casa de una señorita Morel, comerciante, que había ayudado al asilo de Saint-Servan en sus comienzos. Tan pronto como llegó, fue a ver al obispo y después a un tal señor Chevremont, secretario general de la prefectura, que sabe le es favorable; éste la introduce ante el prefecto. El prefecto le concede una autorización escrita para hacer la colecta en este departamento.

Después, sin vacilar, se pone en contacto con los periódicos, que ya habían hablado de ella un mes antes: ayudada por sus bienhechores, hace que publiquen el anuncio de su colecta. "L'Auxiliaire Breton" lo publica el 22 de enero, "Le Journal de Rennes", el 24. Veamos un fragmento del artículo publicado por "L'Auxiliaire Breton" "...¡Pobre Juana! ¡Es el ejemplo de la caridad sobre la tierra! Ayer, nos contaba una de sus grandes dichas. Hace poco se había llevado a su casa a tres nuevos enfermos: uno sólo poseía un tabuco infecto, otro no sabía lo que era una cama desde hacía veinte años. Para albergar a los recién llegados, Juana y sus compañeras desalojaron sus camas." "¿Y usted, Juana, dónde

duerme? —¡En la paja! —¿No es muy duro?— No nos damos cuenta, ya que somos tan felices de saber que nuestros tres pobres están contentos y tienen una buena cama".

En estos artículos, propone que las personas que quieran enviarle un donativo den su dirección a la oficina del periódico. De este modo, no estarán solamente en relación individual con Juana, sino que entrarán en relación unas con otras, y la red de solidaridad que ya se había empezado a formar en Rennes se ensanchará y aumentará más. Juana tiene una especie de sentido innato de la comunidad humana. Por donde ella pasa contribuye a que surja o progrese.

Inmediatamente, da cuenta de sus actividades a su superiora, Marie Jamet. Esta carta ha desaparecido, como todos sus demás escritos, pero tenemos la respuesta de la joven superiora[1]. Así conocemos que, desde los primeros momentos de su estancia en Rennes, la mirada de Juana se ha dirigido a los pobres. Los ha visto mendigar por las calles, le han hablado de ellos. Ha adivinado toda esta miseria, toda esta espera, y su carta describe este "cuadro". Y ya va formando el proyecto, y lo formula, de que podrían abrir una casa en Rennes... Marie Jamet la invita a la prudencia.

---

1. Véase esta carta al final del capítulo.

A falta del *cuadro* de Juana, veamos otro, sin duda más pálido, redactado cinco años más tarde por un tal Théodore Letestu, *secretario jefe de la alcaldía,* que se preocupaba mucho de los pobres, y que tuvo un papel importante en el establecimiento en Rennes de las hermanitas de los pobres: "No hay nadie entre nosotros cuyo corazón no quede herido por el doloroso y a la vez vergonzoso espectáculo que la mendicidad ofrece ante nuestras miradas. Nadie que, al ver a estos mendigos, niños o viejos, enfermos o sanos, que recorren nuestras calles y nuestras plazas públicas, pidiendo limosna, no haya sentido muchas veces el deseo de que cese este estado de cosas..."

Ya se habían intentado algunos esfuerzos. Primero, había en el "hospicio general" de Rennes una sección "viejos y enfermos" (que tuviesen que guardar cama) que contaba con unas quinientas camas, todas ocupadas, pero en las mediocres condiciones que eran las propias de los hospitales de esta época. Había también algunas iniciativas privadas, algunas "cocinas económicas" para los pobres, algunos servicios organizados por los párrocos, una Oficina de beneficencia (oficial desde 1821), que distribuía socorros y medicinas. Muchas veces, en particular en 1842, se habían unido algunas personas de buena voluntad para intentar abrir las casas necesarias; pero esto no había tenido éxito antes de la llegada de Juana.

En realidad, proporcionalmente, había menos mendigos que en Saint-Servan: en 1840, para una población de unos 30000 habitantes, se habían contado 302 (sin contar un centenar de intrusos, que no tenían domicilio en Rennes); en 1852, después de que se abriese el asilo, quedarán 233.

Pero además había mucha miseria en los barrios obreros de la ciudad: las familias sufrían a causa del paro, no tenían modo de defenderse de las enfermedades, vivían con muy poco, al día, casi sin ninguna seguridad (a pesar de que en 1830 se había creado una Caja de Ahorro y de Previsión, que era una institución de beneficiencia desinteresada y que fue muy activa). En enero de 1847, un año después de la llegada de Juana, estallará una revolución en los barrios, una explosión de cólera ante la decisión de los panaderos de no distribuir este año "roscas de reyes": saqueo de barcos cargados de grano, ataque a una panadería, altercados con la policía... Monseñor Brossais Saint-Marc, a quien el panadero le había enviado las roscas, se las devolvió diciendo: "Cuando tantos desgraciados carecen de pan, no quiero que en mi casa coman pasteles." El municipio se preocupaba de estos pobres. Cada año reservaba un cierto crédito para financiar "obras de caridad", "acto de beneficencia hacia la clase laboriosa e indigente".

Y Juana Jugan proseguía su colecta en esta ciudad en donde no faltaba la buena voluntad, pero que se encontraba desarmada ante la amplitud de la miseria.

No era siempre fácil. Veámosla, por ejemplo, en las oficinas de una administración (menos impersonales, es cierto, que las de hoy): la empleada —¿o la esposa del funcionario?— intenta disuadirla: Es una locura, le dice. "Es cierto, mi querida señora, es una locura, parece imposible, pero, si Dios está con nosotros, se hará. —¡Pero los empleados superiores se niegan rotundamente, mi pobre Juana! —¿No podría hablarles? ¡Ayúdeme, se lo ruego! —Dentro de una hora, el Sr. C. estará aquí: si tiene valor... —¡Oh, querida señora, el valor no me falta... Déjeme esperar! —¡Hágalo, Juana, como quiera!"

Entonces ella desaparece, saca de su bolsillo un viejo libro de oraciones cubierto de tela usada, y se aísla con Dios. Cuando aparece el personaje importante, se dirige directamente a él; le presenta unas razones tan sencillas, le habla con tanta confianza y dulzura, y también con tanto respeto, que obtiene lo que los pobres esperan. *Si Dios está con nosotros, se hará...*

Un día, durante su colecta, un hombre rico y duro la maltrató; fuera de sí, incluso la empujó y la hizo caer por las escaleras, de peldaño en peldaño, y desde el descansillo del segundo piso al

del primero. Impresionado por esta caída: "Os he hecho daño, hermana? —Un poco, señor. —Pero, ¿estáis herida? —¡Oh! no será nada, mi buen señor. —Pero, ¿podéis andar, no tenéis nada roto? —Puedo andar, señor, puedo bajar. —¡No, hermana, volved a subir, volved aquí, tomad!" Y le dio cien francos. Juana era recibida en la mesa de "damas pudientes": la señora Barbedor, abacera, la señora de La Grasserie (que, diez años más tarde, hará hacer su retrato), la señora de Montigny (se hará hermanita). También está el señor Vatar, pariente del obispo, y el señor Tual, médico.

Cuando fue a ver al obispo, la recibió bien. Monseñor Brossais Saint-Marc le dio su propio donativo y añadió maliciosamente: "...¡Vais a perjudicar a los pobres de Rennes!" Juana le respondió, seria: "No pido otra cosa que no llevarme nada a Saint-Servan, y ocuparme de los pobres de Rennes". De hecho, el abundante producto de su colecta servirá sin duda para los pobres de Saint-Servan: sus conciudadanos no hubiesen permitido que fuese de otro modo. Pero Juana iba a ponerse inmediatamente al servicio de los que la esperaban en Rennes. Lejos de despojar a Rennes para vestir a Saint-Servan, aportó una riqueza a Rennes: hizo nacer allí una organización de la caridad, estimuló la responsabilidad colectiva respecto de los más desheredados.

CARTA DE MARIE JAMET

Saint-Servan, 26 de enero de 1846

Querida hija:

Al leer su carta, ¡cuántas veces he bendecido a la divina Providencia! ¡Qué bueno es Dios, que permite que una pobre mujer como usted sea tan bien acogida! He visto con agrado el modo tan generoso como le ha recibido una buena señorita que ha querido darle hospitalidad. Le ruego que le transmita el testimonio de nuestro agradecimiento y dígale que pedimos a Dios que la bendiga. Sin embargo, hija mía, procure no ser importuna, y si molesta, aunque sea un poco, no abuse de la bondad de esta excelente persona.

He visto con la misma alegría la favorable acogida del Sr. prefecto, la bendición de Monseñor, los servicios que nos presta el Sr. Chevremont, lo bien recibida que es usted en todas partes, hasta el punto que damas pudientes le conceden el honor de admitirle en su mesa. Sin embargo, hija mía, le recomiendo que se muestre agradecida y que en toda circunstancia se mantenga con gran honestidad y reserva. Le recomiendo también que cuide de no albergar ningún pequeño sentimiento de amor propio. Esté convencida de que si obran así con usted, no es por usted, sino que es porque Dios lo permite para el mayor bien de sus pobres; considérese siempre lo que verdaderamente es, es decir, pobre, débil, miserable e incapaz de ningún bien por usted sola.

Hija mía, alabo también sus buenos sentimientos hacia los pobres de Rennes. Por el cuadro que me describe, parece que están completamente abandonados. Tengo el

corazón desgarrado igual que usted. Sin duda serían muy felices, como dice, si tuviesen una casa como la nuestra. Hija mía, tiene unos deseos excelentes, pero la cosa no es fácil. Si solamente se necesitasen unas hijas abnegadas, podríamos ofrecerlas, pero debe saber que una cosa de este género no puede establecerse sino es con el consentimiento del Sr. prefecto y probablemente del Sr. alcalde y con el concurso de muchas otras personas y esto no es fácil. Sólo le es fácil y posible a Dios. Hija mía, le recomiendo de nuevo la humildad, la reserva, la discreción y la prudencia. Rogamos a Dios y a su santa Madre para que le concedan sus gracias. Continúe haciendo una buena colecta, pero no sea demasiado insistente. Sus compañeras están bien. El buen padre está bien y ruega por usted. No lo olvide en sus oraciones. En cuanto a mí, estoy mejor y he reanudado mis ocupaciones ordinarias. Le ruego que nos mande, siempre por la amable señorita Morel, una carta que podamos recibir el domingo próximo o el sábado, y en la que nos dé otros pequeños detalles, si los hay. El Sr. Diot, vicario de Saint-Servan, que pasará por Rennes la próxima semana, le llevará la respuesta. Le haremos saber, si es posible, el día y la hora, a fin de que pueda verle. Le pido una vez más que transmita a la Srta. Morel el testimonio de todo nuestro agradecimiento.

La abrazo tiernamente, hija mía, y estoy en Nuestro Señor, a los pies de María.

Su Madre, Marie Jamet.

Aparece manifiestamente la influencia del padre Le Pailleur en esta carta de tono condescendiente, difícil de atribuir a Marie Jamet respecto a Juana.

*

* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 15

Fuentes manuscritas

Archives de Petites Soeurs des Pauvres. Cartas de las primeras hermanitas de los pobres: Marie Jamet. *Livre de fondation* de la casa de Rennes, Carta del padre Lelièvre, 25 de junio de 1874. A. Leroy, *Détails complémentaires...*, ya citado.

Archives municipales de Rennes. Cuentas de gestión de los hospicios civiles de Rennes, Q. 14/2.

Archives de l'Oratoire de la Sainte-Face (Tours). Correspondencia del Sr. Dupont.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

Extrait du rapport du maire sur le budget supplémentaire de 1842, etc., impreso, 1843, Arch. mun. de Rennes, C/2 12.

T. Letestu, *Mémoire sur l'extinction de la mendicité dans la ville de Rennes, etc.*, impreso, 1854, Arch. mun. de Rennes, C/7 7. "L'Auxiliaire Breton", 22 de enero; 3 y 31 de marzo; 11 de abril de 1846. "Le Journal de Rennes", 26 de enero de 1846. "Le Messager Breton", 16 de abril de 1846. "Le Dinannais", 8 de marzo y 19 de abril de 1846. "Le Publicateur des Côtes-du-Nord", 14 de marzo de 1846, "L'Impartial, journal de Bretagne", 6 de marzo de 1846.

Estudios posteriores

H. Joüin, *Rennes il y a cent ans*, series I, II, III, Imprimerie bretonne, Rennes, 1933.

C. de la Corbinière, op. cit.
A. Leroy, op. cit.
J. Meyer, *Histoire de Rennes*, Privat, París, 1972.
J. Vidalenc, op. cit.

16

Rennes: la fundación
(1846)

Juana había llegado a Rennes el 19 de enero, con el objeto de hacer colectas para Saint-Servan. El 26 de enero, la respuesta de Marie Jamet nos da a entender que Juana ya le había expuesto la necesidad de una fundación en esta ciudad. El 14 de febrero —siempre por mediación de Marie Jamet— sabemos que Juana se ha ocupado a la vez de la colecta para Saint-Servan y de preparar una fundación. La ha recibido con benevolencia monseñor Brossais Saint-Marc y ya ha obtenido las autorizaciones del prefecto y del alcalde.

El 28 de febrero, Marie Jamet se une a ella para comenzar la nueva casa. Juana ya había alquilado una habitación grande, con otra habitación pequeña al lado: se instalaron allí con una pobre mujer, enferma y ciega, como en Saint-Servan. Muy pronto hubo diez ancianas, que se encontraban muy a gusto con la señorita Marie y la señorita Juana, como ellas las llamaban.

Habían encontrado un amigo y una ingeniosa ayuda en la persona del señor Varangot, director del telégrafo óptico en Rennes; este medio de comunicación, establecido en 1832, como hemos visto, sólo podía utilizarse con el tiempo des-

pejado, ¡y es probable que casi no se utilizase! Por ello el director tenía mucho tiempo libre que ocupaba, por afición, en hacer muebles. Había conocido a las hermanas en Saint-Servan, y fue a visitarles; al ver que estaban mal equipadas, les fabricó una cama. Un poco más tarde, volvió: y se acostaban de nuevo en el suelo, porque habían dado su cama a una anciana. Les hizo otra y les exigió que la utilizasen ellas.

El 3 de marzo, "L'Auxiliaire Breton" publica una nueva información de parte de Juana. En ella da cuenta del resultado de sus colectas después de un mes. Mil ochocientos francos[1] y cantidad de vestidos y de muebles. Esto servirá para el asilo de Rennes. Este artículo fue reproducido el día 14 por "Le Publicateur des Côtes-du-Nord", en Saint-Brieuc, y por las hojas de Dinan; también allí se interesaban por Juana.

Pero su alojamiento era demasiado pequeño. Las dos hermanas buscaron una casa. Buscaban y rezaban. Como la búsqueda era infructuosa, se confiaron insistentemente a san José (que cada vez tendrá un lugar mayor en las oraciones de las hermanitas de los pobres). El día 19 de Marzo, fiesta de san José, Marie Jamet rezaba en la iglesia de Todos los Santos[2]; tal vez le recordaba al

1. No olvidemos multiplicar esta cantidad por quince o veinte para tener una equivalencia en francos de 1978.

2. En su obra, *L'Église de Toussaints* (imprimerie Simon, Ren-

padre nutricio de Jesús el establo de Belén y la casa de Nazareth... Se le acerca una persona: "¿Tenéis ya una casa? —Todavía no.— Tengo lo que necesitáis..." Van a verla: la casa, situada en el suburbio de la Madeleine, junto a la misma parroquia, podía albergar cuarenta o cincuenta pobres, y un pabellón serviría de capilla. Con el consentimiento de Saint-Servan, firman el contrato el 25 de marzo. Se instalan allí el mismo día; algunos soldados ayudan en el traslado y en el transporte de las ancianas.

Llegan otras. Y "L'Auxiliaire Breton" del 31 dice que Juana "gracias a las colectas infatigables a las que se ha entregado, ha reunido el mobiliario suficiente para recibir ya a dieciséis pobres". El 11 de abril, el mismo periódico reproduce una autorización muy bondadosa que le concede el alcalde a Juana para sus colectas en Rennes: "El hospicio, leemos en ella, está en vías de prosperidad, Juana Jugan continúa con el mismo celo su misión de caridad (...) Se dedica a ella con una abnegación completa y esfuerzos infatigables (...),

nes, 1973), F. Bergot, conservador del museo de Bellas Artes en Rennes, conservador de las Antigüedades y Objetos de arte de Ille-et-Vilaine, escribe: "...en ningún momento de nuestro estudio, hemos considerado este edificio como privado de alma y aún menos como separable de las almas que vivieron en este lugar unas experiencias espirituales que son el secreto de cada una de ellas. Evoquemos a una sola, la más humilde, una de las más caritativas sin duda, la "sierva de gran corazón" que se llamaba Juana Jugan, rezando entre sus pobres, al fondo de una nave lateral de su iglesia parroquial."

no contando con otros recursos (...) que su confianza en la Providencia." Dos periódicos de Dinan, el 16 y el 19 de abril, reprodujeron este texto.

Hacia esta época, recibieron a dos mendigas a quienes la gente ya desde hacía mucho tiempo se había acostumbrado a ver arrodilladas en las escaleras de una iglesia; "las almas buenas las llamaban la Fe y la Esperanza, y los más listos las dos *chopinettes*"[3]. Ellas se habían resistido mucho tiempo, pero finalmente entraron en el hospicio. En poco tiempo se transformaron. Hubo también la muy célebre Jeanne Dada, cuya conducta conocía todo Rennes. ¡Llegó a la casa de las hermanas y se convirtió en otra mujer!

Para alimentar y cuidar a tanta gente se necesitaban brazos. Juana hacía la colecta, y la joven *superiora general* no podía atender a todo. En abril, llegaron de Saint-Servan cuatro jóvenes hermanas; entre ellas estaba Françoise Trévily, a la que Juana inició inmediatamente en la colecta. Se presentó como postulante una joven de Rennes: era Jeanne-Marie Buis, criada de la señorita Morel, en cuya casa Juana se había alojado al llegar a Rennes; Juana la había conquistado y venía a ponerse al servicio de los pobres. El 9 de mayo, la pequeña Eulalie Jamet es nombrada superiora

3. Diminutivo de *chopine*, que familiarmente significa botella o vaso de vino.

de la nueva comunidad. Su hermana, liberada, regresa a Saint-Servan, llevándose con ella a dos postulantes de Rennes; y en Saint-Servan encontrará otras.

La vida era dura en el nuevo asilo. Para hacer algunas economías cocían el pan en casa; a veces, para hacer un favor a sus benefactores, iban a cuidar enfermos, pasando la noche en su casa, entre dos días de colecta... Y las colectas eran agotadoras: no tenían ningún asno, tenían que llevarlo todo a cuestas. La joven Françoise Trévily es quien nos cuenta estos detalles; y añade que "a veces, cuando dejaba en el suelo sus barreños, ya ni siquiera notaba si aún tenía hombros..." "Estamos tan cansadas, escribe Eulalie a su vez, que no tenemos ánimos para rezar a Dios..."

La gente se acostumbraba a ver pasar a las hermanitas con sus pobres vestidos. Eulalie que anteriormente le reprochaba a su hermana su vestido miserable, ahora se ríe de sí misma; y nos contará: "Estaba un poco gruesa y con mis dos cestos, tanto en Rennes como en Saint-Servan ocupaba toda la calle; añadamos a esto unos refajos de tela gruesa, y los zapatos llenos de remiendos, la gente se reía... Se ofrece todo esto a Dios por la conversión de un anciano, ¡y el corazón se alegra!"

De hecho, la pequeña comunidad debía estar alegre; a menudo palpaban con sus propias ma-

nos los dones maravillosos de Dios, en respuesta a su confianza. Un día, cuenta Eulalie, "preparábamos la colada. No teníamos leña. Me dirijo a la leñera y sólo encuentro algunos troncos muy grandes y nadie que pudiese partirlos. Nos dirigimos a Dios, porque era absolutamente necesario que laváramos la ropa. Poco tiempo después llega una carreta de leña. El hombre que la traía nos dice que su amo había ido al taller y le había dicho: 'Lleva una carretada de leña a casa de las hermanitas', y que cuando él se disponía a cargarla, el amo había vuelto sobre sus pasos y le había dicho: 'Las hermanas son tan pobres que no podrán tener cortador; llévasela cortada'..."

"Una noche, continúa el relato, la hermana de la cocina vino a preguntarme si tenía que llamar para la cena, porque no tenía nada que darle a las hermanas. '¿Los pobres han comido suficientemente?, pregunté. —Sí, Madre. —Está bien, dije, me ha avisado demasiado tarde, ya es la hora de la cena, pero a pesar de todo ¡hay que tocar para cumplir la regla!' Se dirigen todas al refectorio. Después de la bendición de la mesa, empieza la lectura (notemos de paso estas formas de vida regular, ya instauradas), llaman a la puerta. Era un criado que llegaba cargado, trayendo una cena ya preparada, nada faltaba. La hermana llega temblando de impresión, al ver a la divina Providencia tan pronta a socorrernos."

Estas florecillas ilustran muy bien el clima de fe locamente confiada en el que vivían las hermanas. Eran las hermanas de Juana Jugan, y las hermanas de los pobres. ¿Estaba Juana presente en los hechos que acabamos de contar? Tal vez, ya que en esta época se encontraba en la casa de Rennes. O tal vez estaba haciendo una colecta, porque muchas veces la enviaban fuera de Rennes. Por ejemplo, en mayo, Eulalie le escribía a su hermana y superiora: "La hermana Juana ha ido a hacer una colecta a Vitré y a Fougères; en todas partes la han recibido bien. En Fougères ha recogido 325 francos, en Vitré 238 (...) He recibido una carta de Vitré: se ofrecen dos jóvenes, una de 37 años y la otra de 28, son ya bastante mayores..." (No olvidemos que la superiora de Rennes tiene 22 años, y la superiora general 26.) Legítimamente puede relacionarse el paso de Juana por Vitré y la petición de las dos candidatas: sucedió así muchas veces. Sin palabras ella iba diciendo: "¡Ven, sígueme!" A comienzos de julio, Marie, desde Saint-Servan, escribe a su hermana: "Envía a Juana a las parroquias cercanas a Rennes." Y añade —detalle muy gracioso—. "¡Que no se deje hacer una pintura!" ¿Había oído el rumor de algún proyecto de sus admiradores?

Tal vez en esta época es cuando Juana fue hasta Redon. Llamó a la puerta del colegio de los

eudistas (ella que también era un poco eudista). Un padre ha explicado: "Fui a verla al locutorio y me electrizó (...) Sin ningún cumplido, la llevé al estudio de nuestros pensionistas mayores, reunidos allí aproximadamente en número de cien (...) y Juana Jugan expuso buena y simplemente el objeto de su misión. Maravillados y profundamente conmovidos todos estos alumnos vaciaron completamente sus bolsillos y sus pupitres..." Tanto los alumnos como los profesores recordarán durante mucho tiempo esta visita.

Durante esta primavera de Rennes, el señor Dupont, el de Tours, escribe al padre Le Pailleur: "Todo lo que usted me dice me produce una gran alegría, pero hace que surja un gran deseo de ver que nuestros pobres de aquí hallen también unas madres, pan, un camastro, cuidados y oraciones. Todo esto les falta totalmente. Dígaselo a Juana, muy bajito, con cuidado, para que su corazón no se parta." ¡Qué bien la había comprendido! Juana irá a Tours, pero aún no ha llegado el día.

Por el momento, en Rennes, unas nubes van a ensombrecer el horizonte. Y el padre Le Pailleur no es ajeno a ello. En efecto, con su espíritu siempre inventivo, había formado el proyecto de fundar con dos de sus colegas de Saint-Servan una especie de comunidad misionera para evangelizar las regiones menos cristianas de Francia. Y el señor Dupont, precisamente, que había here-

dado una propiedad en Seine-et-Marne, la había puesto a su disposición. Faltaba obtener la autorización de monseñor Brossais Saint-Marc, y no llegaba. Parece que los tres jóvenes sacerdotes, para presionar a su obispo y contra su voluntad, partieron a Bougligny sin autorización escrita. Allí debían permanecer tres años.

El obispo estaba muy disgustado y este disgusto recayó sobre las hermanitas. Se enteró de que ellas no habían pedido autorización para establecerse en Rennes: ¡era una fundación clandestina! Y se quejó al padre Gandon, vicario de la parroquia de Todos los Santos, a quien Juana había elegido como confesor al llegar a Rennes y que las apoyaba. Es verdad que no había habido petición oficial, pero todo se había hecho a la vista del obispo y sabiéndolo perfectamente, porque conocía mucho a las hermanas. El padre Berthelot, párroco de Todos los Santos, que apreciaba mucho el trabajo de las hermanas, fue a ver al obispo: ¡la tormenta fue muy fuerte! Las hermanas, mantenía monseñor Brossais Saint-Marc, debían cerrar su asilo y volver a Saint-Servan; si no las privaría de los sacramentos. El padre Gandon les aconsejó que actuasen por sí mismas. Parece que Juana y Eulalie fueron a ver al obispo, sencillas y humildes. "Monseñor, dijo Juana, somos unas mujeres tan débiles, tan poco importantes, que no habíamos pensado que necesitásemos una autorización vuestra para trabajar en bien de los pobres. Pero ya que hemos disgustado tanto a vuestra Ilustrísima, nos marcharemos y devolveremos a la calle a nuestros pobres ancianos, que serán muy desgraciados... —Sí, muy bien, ¿para que en vuestro barrio, me echen la culpa, y digan que yo os he hecho marchar? ¡No! ¡Os quedaréis! —Pero, monseñor, somos religiosas..., ¿podemos quedarnos aquí sin ir a confesarnos ni acercarnos a la Santa Mesa? —¿No tenéis al padre Gandon, que es el causante de todo esto? ¡Decidle que os confiese!"

"Somos religiosas", han dicho. En realidad, aún no lo eran del todo, porque no habían recibido ninguna aprobación oficial como comunidad. Pero deseaban serlo de verdad, y se preparaban para ello. El 1 de mayo de este año de 1846, probablemente con la ayuda del padre Félix Massot, de San Juan de Dios, habían preparado un reglamento más elaborado. Vale la pena que nos detengamos un poco en estudiar este documento. Vemos en él varias fuentes de inspiración.

Es evidente que, a través de Juana el espíritu de San Juan Eudes permanece como el soplo que anima al pequeño grupo. Discreta, pero de una manera cierta, se encuentra la influencia de la orden tercera del Corazón de María: la recitación frecuente del *Monstra te esse matrem*, y sobre todo el ejercicio de mediodía —letanías del santo nom-

bre de Jesús y examen particular— proceden de ella.

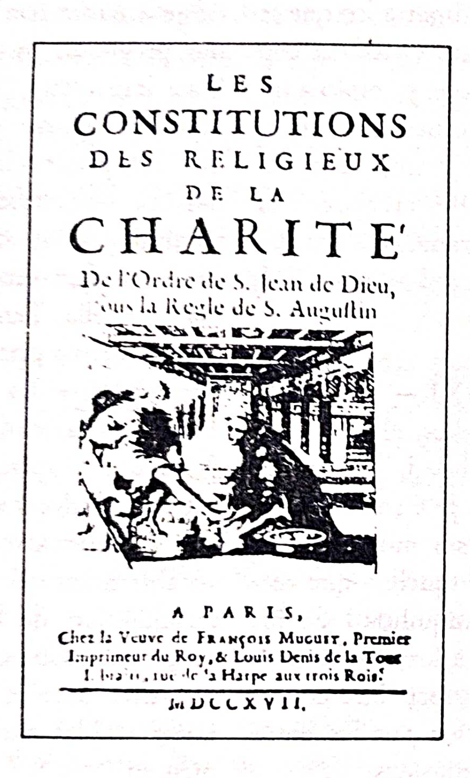
La aportación de los hermanos de San Juan de Dios se precisará. Como ellos, las hermanas, de entre las grandes tradiciones de la Iglesia, deciden referirse a la regla de san Agustín. En especial, adoptan ciertos puntos característicos de sus constituciones; muchos pasajes referentes a las costumbres hospitalarias están simplemente copiados: sólo han modernizado la traducción de 1717 que utilizaban áun los hermanos de Francia. Citemos algunos paralelismos relevantes:

CONSTITUCIONES DE LOS HERMANOS DE SAN JUAN DE DIOS (1717)	REGLA DE LAS HERMANAS DE LOS POBRES (1846)
Cap. VIII.— (...) Al salir de la oración de la mañana, irán a las enfermerías, donde visitarán a los pobres enfermos, e intentarán consolarlos y alegrarlos, les harán la cama, y realizarán otros actos de caridad según las necesidades que haya.	Cap. VII.— (...) Desde la mañana, las hermanas de los pobres irán a las habitaciones de los pobres ancianos débiles o enfermos, e intentarán consolarlos y alegrarlos... Les harán la cama y harán en su beneficio los demás actos de caridad según sus necesidades.
Cap. XVI.— Se debe confiar el cuidado de abrir y cerrar la puerta del con-	Cap. XXIII.— Este empleo (de portera) es muy importante... se confiará a

vento a un religioso que sea de edad madura y de buen ejemplo (...) que no moleste a nadie con demasiadas preguntas, y que no enoje con palabras indiscretas; que sepa calmar a los que se escandalizan, y edificar con la palabra o el ejemplo a todos los que permanecezcan o tengan tratos con él. Mantendrá siempre la puerta cerrada.	una hermana de edad madura y de una gran regularidad, que sea buena y dulce con los pobres ancianos, que no discuta con ellos (...) que no moleste ni enoje a nadie con demasiadas preguntas, o con palabras indiscretas, sino que sepa controlarse y responder con prudencia, en una palabra, que edifique con la palabra y el ejemplo a las personas que tengan relación con ella. Tendrá siempre la puerta cerrada.
Cap. XXXI.— (El subprior) ayudará al prior con toda fidelidad, procurará siempre la paz entre él y el convento sin mostrarse favorable a aquellos que turban la tranquilidad de los demás, ni a los desobedientes; y siempre intercederá ante el prior por las cosas lícitas y honestas.	Cap. XVI.— La consejera ayudará a la madre con fidelidad... procurará la paz entre la madre y las hermanas, sin mostrarse nunca favorable a las que turban la tranquilidad de las demás ni a las desobedientes. Intercederá ante la madre en favor de las que se arrepienten.
Cap. XXXIV.— (El primer enfermero)... Que tenga un gran cuidado (...) que las enfermerías estén limpias y perfumadas (...), que los enfermos estén limpios, cambiándoles frecuen-	Cap. XX.— (La hermana enfermera) tendrá cuidado de que las enfermerías estén limpias y perfumadas (...) y de que los enfermos estén limpios, cambiándoles a menudo de camisas y de

temente de camisas y de sábanas (...). Tendrá a su disposición confituras y refrescos, y los distribuirá cada día a los pobres enfermos.

sábanas (...). Tendrá a su disposición confituras, pociones y otros refrescos... y ella los distribuirá a cada uno según sus necesidades.


LES
CONSTITUTIONS
DES RELIGIEUX
DE LA
CHARITE'
De l'Ordre de S. Jean de Dieu,
sous la Regle de S. Augustin
A PARIS,
Chez la Veuve de François Muguet, Premier
Imprimeur du Roy, & Louis Denis de la Tour
Libraire, rue de la Harpe aux trois Rois.
MDCCXVII.

A veces el parecido es menos literal, pero el espíritu es el mismo. ¿Participó Juana personalmente en este trabajo? Lo ignoramos, pero una fórmula que no tiene su equivalente en los hermanos de San Juan de Dios, podría muy bien llevar su marca: "La oración, que es necesaria a todos,

(es) aún más necesaria a las hijas de esta pobre familia que sólo se apoya en Dios..." (Cap. I).

En todo caso, podemos imaginar que ella se alegró de este reglamento: habrá visto en él un avance en la búsqueda del designio de Dios y lo habrá guardado en su oración suplicante y maravillada. ¡Dios había hecho tanto ya a través de su propia pobreza, durante estos siete años transcurridos! Poco importaba que ella tuviese en él un papel aparente, o que desapareciese totalmente a los ojos terrestres... Sabía que una obra de la gracia estaba realizándose.

En este texto de 1846 se manifiesta también la presencia del padre Le Pailleur: "El superior general —está escrito— disfrutará de los mismos derechos de que disfrute la superiora general, y además ésta le será en todo sumisa y obediente."

De esta época se ha conservado una carta bastante sorprendente de él al señor Chevremont, el secretario general de la prefectura que había recibido tan bien a Juana en enero. Escrita después de los primeros éxitos de la colecta, esta carta revela a la vez el papel que el P. Le Pailleur se atribuía a sí mismo en la obra de las hermanitas, y el modo como consideraba a Juana, como si dudase entre la admiración y una especie de conmiseración desdeñosa.: "No sé como expresarle mi agradecimiento, señor, por todo lo que usted ha hecho por nuestra pobre Juana. Es casi un prodi-

gio. Aunque conozco la abnegación de Juana, y su amor hacia aquel que sufre y gime, estaba lejos de esperar un éxito tan completo. Después de Dios, que es el que dispone los corazones, lo atribuyo al buen protector que ha tenido la suerte de encontrar..." Esta carta no disminuirá en nada la profunda estima que el señor Chevremont tenía a Juana Jugan. Tendremos pruebas de ello en una pequeña colección de poemas titulada *El destino del pobre, estrofas dedicadas a Juana Jugan* y precedidas de una carta al señor de Chateaubriand, que apareció en Rennes en junio de 1846 bajo el seudónimo de Yves Tennaëc (edición limitada en Marteville). La introducción es una presentación de Juana tal como se mostraba en Rennes. Ejerce una seducción "todos quieren verla"; en todas partes es bien recibida. El autor evoca "su figura triste y dulce, sus mejillas pálidas a causa de las noches pasadas en vela, su mirada tan tranquila de ordinario y en algunos momentos tan radiante..." Presenta después su obra, sus cuarenta ancianas devueltas a la vida "bajo los cuidados maternales de Juana y de tres de sus compañeras que habían acudido a su llamada para ponerse de nuevo a su lado... Esto es lo que he visto." Es evidente que reconoce elocuentemente a la vez su modo de ser y su función real en la comunidad naciente. En cuanto a las estrofas, desgraciadamente su valor poético no iguala el fervor que el

señor Chevremont le profesa a Juana[4] pero Juana tenía en él un verdadero amigo.

Tenía también muchos otros amigos en Rennes. Algunos años más tarde, en el mismo momento en que Juana, en esta misma ciudad, se iba a ver condenada a un retiro definitivo, el señor Letestu (a quien ya hemos encontrado) rendirá homenaje ante el consejo municipal a la asociación de las hermanitas de los pobres, "personificada en nuestra ciudad bajo el nombre de una mujer sencilla, Juana Jugan, la primera entre sus compañeras que vino junto a nosotros para ejercer su humilde y piadoso ministerio..."

En todo caso, para Juana y sus hermanas, los primeros meses pasados en Rennes habían sido una gran aventura de fe. Marie Jamet, en una carta del 17 de julio, manifiesta su admiración por la obra de Dios: "Desde que ha comenzado la casa de Rennes, cuántas gracias nos ha concedido!"

4. Este librito fue luego un capítulo de un libro aparecido en 1848 y titulado *Clairières* (Marteville, Rennes). Este volumen será reeditado en 1873 (Paul Servan, París) y en él la introducción sobre Juana Jugan está aumentada con dos párrafos que subrayan su papel de fundadora: "... Más de doscientas casas, fundadas en Francia y en el resto de Europa, atestiguan la fecundidad de su primer pensamiento y del rápido desarrollo de su empresa."

FUENTES DEL CAPÍTULO 16

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Cartas y fragmentos de las primeras hermanitas de los pobres: Marie Jamet, Eulalie Jamet. Testimonios de hermanitas de los pobres: Françoise Trévily y Eulalie Jamet, según A. Leroy. Carta de la Sra. Varangot. *Livre de fondation* de la casa de Rennes; *Reglamento* del 1 de mayo de 1846. Fotocopia de una reseña sobre el Sr. Chevremont. A. Leroy, *Détails complémentaires...* ya citado.

Archives de l'Oratoire de la Sainte-Face (Tours). Correspondencia del Sr. Dupont.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

Artículos de periódicos: las referencias están al final del capítulo precedente.

L. Aubineau, op. cit.

T. Letestu, *Rapport sur l'extinction de la mendicité,* ya citado.

Y. Tennaëc (= A. Chevremont), *La destinée du pauvre,* ya citada.

Les constitutions des religieux de la Charité de l'Ordre de Saint-Jean-de-Dieu sous la Règle de Saint-Agustin, París 1717.

Règlement des Soeurs des Pauvres (1846).

Règlement pour la société des Filles du Très-Saint Coeur... ya citado.

Estudios posteriores

C. de la Corbinière, op. cit.

A. Leroy, op. cit.

P. Tiriaux, *Notice biographique sur M. l'abbé Gandon,* por uno de sus vicarios, Simon Rennes, 1896.

17

Dinan

(1846)

Mientras Juana hacía la colecta en Rennes o en sus alrededores, en Saint-Servan habían decidido establecer una tercera casa. Una comerciante de Dinan, la señorita Follen, que había ayudado a la fundación de Saint-Servan, deseaba que se abriese una casa igual en su ciudad.

Desde el mes de junio de 1846 Marie había ido allí a pedir. El resultado no era despreciable, pero muchas personas se abstenían; querían a Juana Jugan, a ella le darían. "He estado en casa de muchos burgueses, dice Marie, me han dicho que darán. Una dama me ha prometido cien francos y me ha dado veinticinco. Los demás reclaman a Juana y dicen que se lo darán a ella." El mismo padre Claude-Marie Gandet, que entonces era el prior de los hermanos de San Juan de Dios en Dinan, intervino para que mandasen a Juana para la fundación.

Los periódicos locales ya habían hablado de ella con motivo del premio Montyon, y después se habían hecho eco de su actividad en la ciudad de Rennes. El 25 de julio, "Le Messager Breton" escribe: "Dicen que un virtuoso sacerdote va a crear una casa de asilo para ancianos. Esta

casa, siguiendo el modelo de las fundadas por Juana Jugan, podrá contener unas cien camas." A los ojos de la opinión pública, Juana Jugan sigue siendo la fundadora, a ella entregan su confianza.

Pero ella iba a tener que introducirse con diplomacia en una red de caridad ya existente, y de la que parece que los de Dinan estaban orgullosos con razón. El nuevo asilo debía ocupar su lugar entre varios "establecimientos de caridad muy bien organizados": hospicio civil para los ancianos y enfermos, sala de asilo para la infancia pobre, obra de las Damas de la Sabiduría, oficinas de caridad, todo subvencionado por la ciudad. Poco después de la llegada de Juana, un hombre de bien, "jefe de batallón, retirado", escribirá en "Le Dinannais", con una firmeza completamente militar: "Juana Jugan acaba de ser autorizada para formar un nuevo asilo para la vejez indigente. Sin examinar aquí si este nuevo establecimiento era necesario en Dinan, creo que es racional unirlo a la red de beneficencia local, a fin de que actúe de acuerdo con los otros, siempre bajo la inspección de la Oficina central de beneficencia" A buen entendedor, pocas palabras. Añadamos que este señor, con muchas otras personalidades de Dinan, formaba parte de una "sociedad para la extinción de la mendicidad", con la que Juana tenía que contar, a la vez para añadir su esfuerzo al concierto de las buenas voluntades loca-

les y para salvaguardar la independencia necesaria para la acción evangélica que quería hacer.

Así pues, llegó a Dinan, el 4 de agosto, con Marie Jamet. La ciudad provisionalmente puso a su disposición una vieja torre de las murallas, en la puerta de Brest. Local insalubre e incómodo, que había servido de cárcel. Provistas de las autorizaciones oficiales, postulan con éxito: mil francos en pocos días.

Juana, siempre ingeniosa, organiza un nuevo método para facilitar la colecta. Abre una libreta de abonos, en la que la gente se inscribe con una suma determinada por mes. Así, monseñor de Lesquen, el antiguo obispo de Rennes retirado en Dinan, se suscribe con diez francos.

Al cabo de tres semanas, ya tenían allí seis ancianas; poco a poco la antigua prisión se llena.

El 22 de agosto, el pobre asilo de Dinan recibió la visita de un turista inglés, que deseaba también él ayudar a los ancianos, y que después publicó un artículo en el que explicaba su visita. "Era necesario, nos dice, subir una escalera difícil y con muchas vueltas para llegar al apartamento que ocupaban; el techo era bajo, las paredes desnudas y toscas, las ventanas pequeñas y con rejas, de modo que parecía que estuviesen en una caverna o en una cárcel; pero alegraba un poco este triste aspecto el resplandor del fuego y el aspecto de satisfacción de los habitantes de este lugar (...)

"Juana nos recibió con una expresión bondadosa (...) Estaba vestida sencilla pero pulcramente con un vestido negro, con un gorro y un pañuelo blancos; es el traje adoptado por la comunidad. Parecía tener cerca de cincuenta años, su estatura es media, su piel morena y parece gastada por los años o las fatigas, pero su expresión es serena y llena de bondad; no se observa en ella ni el más pequeño síntoma de pretensión o de amor propio (...)."

Se desarrolla entonces una verdadera entrevista entre este turista —que es también un hombre de bien, ocupado precisamente en preparar la fundación de un hospicio de viejos— y nuestra Juana Jugan. Con sencillez ella va respondiendo a sus preguntas.

"No sabía, dice, de dónde le llegarían las provisiones para el día siguiente, pero perseveraba, con la firme persuasión de que Dios nunca abandonaría a los pobres, y obraba según este principio cierto: que todo lo que se hace por ellos, se hace por Nuestro Señor Jesucristo.

"Le preguntaba yo cómo podía distinguir a aquellos que merecían verdaderamente ser socorridos; ella me respondió que recibía a los que se dirigían a ella y que parecían los más desprovistos de todo; que empezaba por los ancianos y los enfermos porque eran los más necesitados, y que se informaba de su carácter, de sus recursos, etc.

"Para no dejar en la ociosidad a los que todavía podían ocuparse en algo, les hacía deshilachar y cardar trozos de tela viejos y después hilar la lana que sacaban de ellos; así conseguían ganar seis *liards*[1] por día... También hacían otras cosas, según sus posibilidades y recibían la tercera parte de las pequeñas ganancias obtenidas."

Juana detalla entonces lo que puede esperar de los diversos proveedores: los artículos que aún están buenos pero que son menos fáciles de vender.

"Yo le he dicho, continúa el inglés, que después de haber recorrido Francia, debería venir a Inglaterra para enseñarnos a cuidar a nuestros pobres; ella me ha respondido que, Dios mediante, iría si la invitábamos. "Hay en esta mujer algo tan tranquilo y tan santo que al verla me creí en presencia de un ser superior, y sus palabras llegaban de tal manera a mi corazón que, no sé por qué, mis ojos se llenaron de lágrimas. "Así es Juana Jugan, la amiga de los pobres de Bretaña, y sólo el verla sería suficiente para compensar los horrores de un día y una noche pasados en un mar alborotado."

Igual que lo había sido el señor Chevremont, nuestro turista y reportero ha quedado subyugado por la profunda serenidad de Juana.

1. Antigua moneda de cobre equivalente a la cuarta parte de un *sou*, que a su vez era la vigésima parte de un franco.

Esto impresiona aún más porque ella está en constante actividad, siempre andando, con el espíritu tan despierto como sus miembros. Se decide a buscar una casa, porque desde los primeros días es evidente que no se podrán quedar en esta vieja torre. Compra por veinticuatro mil francos un antiguo convento deteriorado, de donde habían echado a los capuchinos en 1791. Pero lo ocupa un granjero: y el arrendamiento sólo se terminará tres años más tarde. Mientras espera, hay que alquilar una casa, en la calle Saint-Marc.

Este local no estaba amueblado: al principio se acostaban en jergones de paja. Los donativos llegaron poco a poco. Un médico les dio doce armazones de cama, una vaca y trigo negro. Un día les traen una *buena mujer;* ya no tenían ninguna manta disponible. Una de las hermanas iba a sacar la suya para dársela, cuando les traen un fardo: contenía nueve mantas blancas, que salían de la fábrica. Al comenzar el invierno una persona caritativa les dio carbón para la estufa. También las diversas casas se ayudaban entre sí: la comunidad de Rennes, que contaba con mayores recursos, les envió tres docenas de medias para las *buenas mujeres.*

También tenían que compartir el personal: dos hermanas jóvenes llegaron de Saint-Servan y Virginie Trédaniel dejó Rennes y fue nombrada superiora de la comunidad de Dinan.

Juana hacía la colecta. Durante mucho tiempo se ha conservado el recuerdo de su visita al colegio "des Cordeliers" en la localidad de Dinan, en donde, como en Redon, se dirigió directamente a los alumnos mayores. Tenían aseguradas las *sobras* de la comida del hospital de los hermanos de San Juan de Dios, que contaba 224 enfermos.

Pero, para realizar la colecta, tuvo que hacer frente a una situación nueva: el municipio quería organizar una Oficina de beneficencia y asegurarle unos recursos. Durante algún tiempo, Juana suspendió las colectas en la ciudad, y por tanto tuvo que postular por el campo, o en otras localidades.

Sabemos que en esta época fue a tender su mano a los espectadores de las regatas de Cancale (12 de septiembre de 1846) (¿Lo aprovechó para visitar a su familia?...); y también fue a las carreras de caballos de Saint-Malo, a las regatas de Saint-Suliac... Incluso propone ir a Inglaterra. En todo caso, estuvo en Jersey durante unos quince días, para postular: era preciso que los pobres viviesen, nada la detenía.

Después la vemos dejar Dinan e ir a Rennes donde pasará algunas semanas. Por el camino iba mendigando, recogiendo cosas pequeñas: "estopa, lana, medias viejas..." Encontramos sus huellas en Saint-Méen, Montauban, Montfort,

Bédée[2]. Vuelve a Dinan hacia finales de noviembre y se vuelve a marchar casi enseguida para Saint Brieuc. El alcalde, a cuya casa va primero, conservó después con veneración el sillón en el que se sentó Juana. El 10 de enero, en "el Publicateur des Côtes-du-Nord" podía leerse: "Juana Jugan, esta mujer tan abnegada en el servicio de los pobres, que ha hecho milagros de caridad y de la que los periódicos de Bretaña han hablado tan a menudo el año pasado, está ahora entre nosotros. Hace una colecta para su obra; se presenta en casa de las personas caritativas y sólo dice: "Soy *Juana Jugan*". Sólo este nombre basta para que se abran todas las bolsas." Esta colecta produjo mil quinientos francos. ¿Es en esta época cuando visitó el gran seminario de Saint-Brieuc? Un alumno de entonces, que más tarde fue jesuíta, recuerda esta visita. La oímos hablar, nos dice, "con un acento de fe que nos penetró hasta el fondo".

Esta estancia en Saint-Brieuc será también ocasión de un encuentro útil: el señor du Clésieux, que acababa de abrir en Saint-Ilan una especie de orfelinato para muchachos (obra que más tarde debía unirse a la congregación de los padres del Espíritu Santo), estaba en relación con el señor Dupont. Juana le pide que acoja a los ni-

2. Contado por sor Marie de la Conception (Eulalie Jamet) en una carta del 13 de noviembre de 1846.

ños que aún albergaba la casa de Saint-Servan y a los que ella recoja eventualmente en las calles de Rennes o en otros lugares. El señor du Clésieux acepta y se lo escribe al señor Dupont, quien a su vez escribe al padre Le Pailleur: "Juana es muy feliz por haber conseguido esto y, a los ojos de la fe, tiene verdaderamente motivos para alegrarse" (22 de enero).

Juana estaba contenta de haberlo conseguido, porque este acuerdo permitía poner fin a una situación un poco difícil, que ya hacía cinco años que duraba: la presencia de estos niños al lado de los ancianos en la casa de Saint-Servan. Ella los había acogido porque ninguna miseria la dejaba indiferente, y también sin duda porque el padre Le Pailleur de buen grado habría ampliado los objetivos de la obra. Pero ella sabía, cada vez con mayor claridad, que su misión era ayudar a los ancianos pobres.

*
* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 17

Fuentes manuscritas

Archives des Petites soeurs des Pauvres. Cartas y fragmentos de las primeras hermanitas de los pobres: Marie Jamet, Eulalie Jamet, Virginie Trédaniel.

Testimonios: sor Anne Auguste según sor Anne de la Nativité, sor Anne Marie según el padre Leroy, Srta. Anderson según sor Agnès Onèsime, Srta. Bétrel según sor Donatienne de Marie, Sra. Gillet según sor Louise de l'Immaculée. P. Lucas, eudista, según sor Marguerite de la Visitation. P. Monjarret, S.I., según sor Marie Yvonne de Sainte Agnès y sor Aldegonde de la Providence. *Livre de fondation* de la casa de Dinan. A. Leroy, *Détails complémentaires...*, ya citado. Actas notariales.

Bibliothèque municipale de Dinan. De L'Hommeau, *Histoire du vieux Dinan,* ya citado.

Archives de l'Oratoire de la Sainte Face (Tours). Correspondencia del Sr. Dupont.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

Se hallará la traducción del artículo del turista inglés en A.-L. Masson, *Les premières Petites Soeurs des Pauvres,* Vitte, Lyon, 1899, y en A. Leroy, *Histoire des Petites Soeurs des Pauvres,* ya citado. Véase en p. 294, *Fuentes impresas contemporáneas de la vida de Juana Jugan,* n.º 1.

J. Lesage, *Mémoires. Coup d'oeil rétrospectif sur la ville de Dinan depuis l'établissement de sa municipalité jusqu'à nos jours,* Bazouge, Dinan, 1871.

Artículos de periódicos: "Le Dinannais, 16 de agosto, 6 de septiembre, 1 de noviembre y 27 de diciembre de 1846; 3 de enero de 1847; "L'Impartial de Bretagne", 11 de septiembre de 1846; 15 de enero de 1847; "Le Messager breton", 25 de junio, 6 de agosto, 3 de septiembre, 29 de octubre, 17 y 31 de diciembre de 1846; "Le Publicateur des Côtes-du-Nord", 22 de

agosto, 5 y 12 de septiembre de 1846; 9 de enero de 1847. "Étrennes dinannaises" primer año (1848), Huart, Dinan.

Estudios posteriores

C. de la Corbinière, op. cit.
A. Leroy, op. cit.

18

Por los caminos (1847-1848)

Durante dos años (1847-1848), Juana va de ciudad en ciudad siempre pidiendo, siempre dispuesta a responder a las llamadas de sus hermanas. Totalmente disponible y desinteresada.

Muchas veces viaja a pie, y la carretera es uno de los lugares de su existencia, de su reflexión, de su oración. Y de su sufrimiento también, porque las carreteras de Francia no eran fáciles. Veamos como en 1830 un economista describe las mejores de ellas: "Grandes avenidas generalmente rectas (...) adoquinadas o empedradas en el centro, pero siguiendo una línea tan estrecha que dos coches apenas pueden cruzarse. Esta línea, que es la mejor parte de la carretera, con frecuencia carece de solidez y de igualdad; si está empedrada, está llena de baches; si está adoquinada, es dura y los carruajes traquetean; además tiene el defecto de estar demasiado elevada por encima de las partes laterales, y muchas veces los carruajes deben entrar y salir con muchas precauciones para no volcar; las partes laterales son peores todavía: ordinariamente están hechas de arcilla y cruzadas por el agua de la lluvia que va del centro de la carretera a las cunetas, y según las estacio-

nes no son más que un montón de polvo o de barro." Es verdad que, desde comienzos del reinado de Louis-Philippe, se habían reconstruido muchas carreteras; ¡pero aún no estábamos en la era del asfalto! Y Juana a veces tenía que recorrer caminos más fangosos todavía... En ellos se encontraba con otros peatones y no todos eran inofensivos: caminantes, mendigos, soldados, buhoneros, sin hablar de los bandidos. No había aceras en las ciudades ni en los puentes: los accidentes eran cosa frecuente. Había que apartarse cuando pasaba una pesada diligencia, o los grandes coches de cuatro ruedas del servicio de transportes; o bien cuando el coche del correo adelantaba a las tranquilas tartanas del país. Se encontraba también a muchos viajeros a caballo y animales de carga, en fila, transportando bultos. Después de uno de estos viajes por los caminos, se llegaba siempre cubierto de polvo o de barro...

Juana caminaba así, "con las alforjas en bandolera y el cesto en la mano", para mendigar en nombre de los pobres ancianos; a veces era para ayudar a una de las casas fundadas recientemente, que se tambaleaba.

Ya que muchas veces salvará del desastre a esta obra que ya no es la suya, porque es en ella en quien la gente tiene confianza, y porque ella es la que ve lo que hay que hacer. Llega, toma las medidas necesarias, obtiene los fondos que hacían

falta, anima a los unos y a los otros y después desaparece; otros la necesitan. No tiene "donde descansar la cabeza"; parece no pertenecer a ninguna comunidad local determinada. Nada quiere para ella, todo para los pobres ancianos: con ellos lo comparte todo. Para que los ancianos tengan un techo y estén cuidados y amados, acepta estar ella sin hogar ni lugar seguro.

Desde Rennes, Eulalie había escrito a su hermana, el 27 de marzo de 1847: "La gente ya no quiere darnos más, las colectas no producen nada; desde el 1.º de enero, hemos gastado más de lo que hemos recibido... Querida Madre, todo el mundo reclama a Juana. No sé si darán más pronto, porque los espíritus están exaltados a causa de monseñor... (Recordemos la actitud severa de monseñor Brossais Saint-Marc después de la marcha del padre Le Pailleur para Bougligny). Françoise (Trévily), sigue bien en Rennes la quieren mucho. La madre Virginie (Trédaniel, que era superiora de Dinan) me ha dicho que si Juana viniese a Rennes, pediría a Françoise (para Dinan). Creo que esto produciría mal efecto, pero lo acepto, y estoy dispuesta a cederla cuando queráis..."

No sabemos en realidad si Juana fue a Rennes: durante este año 47 perdemos sus huellas. Pero en el *libro de fundación* de Saint-Servan puede leerse: "Las colectas no iban mal; sor Ma-

ría de la Cruz se dividía entre las diferentes casas según las necesidades, e iba a donde era necesaria su presencia."

Tal vez hacia esta época fue a Vannes. Pidiendo llegó a casa de la familia de Chappotin. En ella había tres niñas. Hélène, que tenía siete u ocho años quería dar todo lo de su hucha: "Sólo cinco francos", dijo su madre. "¿Cuál de vosotras tres será religiosa?", pregunta Juana. "Yo no, dice Hélène, no quiero dejar a mamá." Juana continúa: "Las que dicen: *Querría tener vocación* y no se entregan, no son para Dios. Pero la que dice: *No quiero,* siente ya la gracia..." Era una profecía: Hélène de Chappotin fundó la congregación de las Franciscanas Misioneras de María. Muchas veces durante sus colectas, Juana anunció de este modo unas existencias consagradas al Evangelio. Un poco más tarde, mientras recorría el territorio de Chartres, llegó junto a una familia; la madre estaba preocupada por su hijo, que era muy difícil; ¿Podría ser sacerdote, como decía que quería serlo? "Consolaos, señora, vuestro hijo será sacerdote, pero con muchas dificultades". Y en efecto, lo fue.

Durante una de sus estancias en Saint-Servan, Juana fue a pasar un día a las dársenas del puerto de Saint-Malo. Allí encontró al conde Gouyon de Beaufort, en cuya casa había trabajado en otro tiempo. Era armador y sus barcos

navegaban para una compañía marítima. Era un hombre muy violento, pero Juana decía que en sus accesos de cólera era cuando obtenía más de él; en realidad, ella era la única persona que tenía ascendiente sobre este fogoso y colérico carácter. Ahora bien, este día el señor de Gouyon vigilaba el desembarco de las mercancías de uno de sus barcos. Allí había oro en lingotes, repartidos en pequeños sacos que contenían cada uno el valor de diez mil francos. Durante el trasbordo uno de los sacos cayó al agua. Violenta cólera del armador... y precisamente en este momento pasaba Juana. Ella lo vio y se acercó para saber lo que le ponía tan fuera de sí. Lo calmó y le prometió rezar para que pudiese encontrar el dinero perdido; y continuó su camino. Consiguieron rescatar el saco y Juana pasó por allí poco después; su antiguo patrón tenía el saco completamente mojado entre las manos. "Ya os había dicho, querido señor Gouyon, que Dios os haría recobrar vuestro dinero." ...Y movido solamente por su buen corazón, el armador echó el saco de oro a los brazos de Juana diciéndole: "Toma, coge este saco; será para tus viejecitos!".

El señor de Gouyon fue un amigo fiel de la casa de Saint-Servan. A menudo enviaba donativos para los ancianos. Así, un día, una cierta cantidad de tocino salado que tenía que embarcar en sus barcos estaba un poco estropeado; no quiso

llevarlo y envió al asilo 1220 libras de tocino. Esta provisión inesperada era una fortuna y las hermanas supieron sacarle buen partido.

A finales del año 1847, se reunió el primer "capítulo" de las hermanas de los pobres; estaba constituido por las superioras de las cuatro casas de Saint-Servan, Rennes, Dinan y Tours; Juana no fue invitada. Probablemente el padre Le Pailleur presidió esta asamblea; en efecto, hacia esta fecha, volvió de Bougligny para dar unos retiros: y como no obtuvo poderes de monseñor Brossais Saint-Marc, que seguía enfadado, dio sus retiros en Dinan.

En esta época, la *pequeña obra,* como la llamaban, contaba con nueve hermanas de los pobres, nueve novicias y algunas postulantes. La formación de las recién llegadas era somera; se realizaba casi enteramente "en el lugar de trabajo", bajo la responsabilidad de Marie Jamet y de la jovencísima sor Pauline (Joséphine Denieul, nacida en 1830); los curas de la parroquia les ayudaban un poco. Les daban unos elementos básicos sobre la oración, la regla, la vida común, durante algunos meses; después enviaban a las jóvenes a las casas. De vez en cuando, uno de los tres sacerdotes de Bougligny iba a animar un retiro y a presidir una ceremonia de toma de hábito o de profesión...

En febrero de 1848, cuando se produjo la

revolución que dio origen a la segunda república, Juana se encontraba en Rennes. En Bretaña no hubo ningún trastorno. El cambio de régimen fue allí una sorpresa completa. Juana no interrumpió sus colectas; se han encontrado unas estampas que daba a sus bienhechores, precisamente durante estos días, y que llevan su nombre y la fecha.

En abril, la llamaron con urgencia a Dinan. Lo sabemos por esta carta que desde Saint-Servan dirige Virginie Trédaniel a Marie que se encuentra lejos, en Tours: "...He recibido una carta de Dinan, las hermanas están bien pero las colectas van mal, no recogen ni un céntimo, y Claire (la responsable, había entrado hacía algunos meses, ¡tenía 22 años!) me dice que ya no tiene dinero en casa; pide que vaya la hermana Juana. Me dice que sus principales benefactores ya no le tienen confianza; creen que la casa se va a hundir si Juana no va allí... Escribo hoy mismo a Rennes para que Juana vaya a dar una vuelta por Dinan."

Siempre disponible, Juana responde a la llamada. Reconquista fácilmente la confianza de los amigos de los pobres y el resultado de su colecta permite pagar las deudas y adquirir algunas provisiones; especialmente, ha reparado la estrecha red de amistad sin la que la casa no podía vivir. Los de Dinan durante mucho tiempo necesitarán

asegurarse de que Juana sigue siendo la que garantiza la obra; hasta 1855 continuarán dándole el título de "directora del asilo de los ancianos". Lo mismo ocurre en el obispado de Saint-Brieuc; el cura párroco de Dinan pide la autorización para celebrar la misa en el asilo, a finales de 1849, "en nombre de la señora superiora de las religiosas de Juana Jugan"; y la autorización queda registrada con el título: *Oratorio de las damas Juana Jugan en Dinan.*

A finales de junio de 1848, París conoció días sangrientos. La ciudad estaba dividida, los barrios populares del Este contra las residencias burguesas del Oeste: escenas de guerra civil. Aterrada, la Asamblea había votado unas leyes que ponían trabas a la prensa popular y a la libertad de asociación. En un artículo en el que comentaba estos hechos, Lamennais gritó con ironía dolorosa: "¡Silencio a los pobres!" Y Juana Jugan, en la misma época, sin desfallecer les prestaba su voz: infatigable en sus colectas, a la vez discreta y audaz, no cesaba de llamar a la conciencia de sus conciudadanos en nombre de los pobres.

El 3 de febrero de 1849, vuelve a pedir a Saint-Brieuc, y el obispo la anima calurosamente. Pero sólo se queda allí algunos días: la casa de Tours tenía dificultades y la llamaba urgentemente en su ayuda.

FUENTES DEL CAPÍTULO 18

Fuentes Manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Cartas y fragmentos de las primeras hermanitas de los pobres: Marie Jamet, Eulalie Jamet, Virginie Trédaniel. Testimonios: padre J.B. Briand, condesa de la Haye Saint-Hilaire, padre J. Genty según sor Antoinette de Saint Berchmans, sor Noël de Saint Alfred y sor Françoise de l'Annonciation. *Livres de fondation* de las casas de Dinan, Rennes, Saint-Servan. Estampas con el nombre de Juana Jugan. A. Leroy, *Détails complémentaires...,* ya citado.

Archives de l'évêché de Saint-Brieuc. Registro de las copias.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

Diario "Le peuple constituant", 11 de julio de 1848.

Étrennes dinannaises, consacrées aux intérêts administratifs, industriels et historiques de l'arrondissement de Dinan", año 1849 (p. 77); 1852, (p. 11); 1853, 1854, 1855.

Estudios posteriores

M. Agulhon, *1848, ou l'apprentissage de la République,* Seuil, París, 1973.

J. Delumeau, op. cit.

G. Goyau, *Une fondatrice missionaire, Mère Marie de la Passion, et les Franciscaines missionnaires de Marie,* Spes, París, 1935.

R. Heron de Villefosse, *Histoire des grandes routes de France,* Librairie académique Perrin, París 1975.
A. Leroy, op. cit.
J. Vidalenc, op. cit.

19

Tours (1849)

La fundación de Tours se había hecho sin Juana Jugan dos años antes. Veamos algunas de sus circunstancias.

Desde hacía tiempo, el señor Dupont había manifestado el deseo de ver a las hermanitas en Tours, y sus invitaciones cada vez se hacían más insistentes. Una persona de Tours, la señorita Chicoisneau de La Valette, emparentada con gente de Saint-Servan, estaba dispuesta a ayudar a las hermanas.

Finalmente, el 30 de diciembre de 1846, el señor Dupont escribe: "Las hermanitas de los pobres, estas nobles émulas de Juana Jugan, ya han llegado (...). Esta obra de las buenas mujeres está destinada a extenderse por todas partes." En efecto, Marie Jamet, una novicia y una postulante habían ido a alojarse en su casa.

Alquilan una casa en la parroquia de la Riche. El señor Dupont les regala tres camas, una en su nombre, una en nombre de su madre y la tercera en nombre de su hija. Durante varios días la casa permanece vacía. La noche de la Epifanía, las tres hermanas cenaban en casa del señor Dupont; estaban tristes porque no tenían ancianos.

Al comenzar la cena, llaman a la puerta: una anciana las espera en la casa de la Riche. Ellas corren hacia allí y la acogen con solicitud. (Parece que la cena fue tras ellas...) A finales de mes, ya había allí quince ancianas.

Desde el día 9 habían comenzado la colecta. Una hermana, acompañada de la señorita La Valette mendigaba para los pobres. El día 10, el "Journal d'Indre-et-Loire" anunciaba esta colecta en la primera página. Presentaba a las hermanas que, según decía, "forman una asociación conocida con el nombre de Asociación Juana Jugan"; publicaba también el discurso de Dupin en la Academia: Dupin, después de más de un año, continuaba abriéndoles las puertas!

El arzobispo, monseñor Morlot, al principio se había mostrado reservado. Después se interesó por el trabajo de las hermanas, y un poco más tarde las animó a adquirir una gran casa que estaba libre, la antigua casa madre de las hermanas de la Presentación. Y dejaba entender que *vería sin disgusto* que instalasen allí la casa madre y el noviciado (tal vez había oído rumores de las dificultades que habían surgido en Rennes después de la marcha del padre Le Pailleur a Bougligny). Efectivamente, gracias a una suma de veinte mil francos donada por el señor Dupont de la dote de su hija, que acababa de morir, adquieren esta casa en la que entrarán en febrero del 48.

A finales de este año, se instalan allí la casa madre y el noviciado. La casa de Saint-Servan era ya pequeña para albergar a las quince postulantes y novicias que se preparaban entonces para ser hemanitas. El crecimiento de la congregación había empezado e iba a ampliarse muy rápidamente: un año más tarde habrá en Tours cuarenta novicias y postulantes (agosto del 49)[1].

Algunas semanas antes de la llegada de las novicias, la casa de Tours había recibido la visita de un personaje cuya voz iba a hacer resonar el nombre de Juana Jugan: Louis Veuillot.

Director de "L'Univers" desde 1843, Veuillot se había convertido a la fe cristiana diez años antes, y había puesto su gran talento al servicio del Evangelio con pasión e intransigencia. Había en Tours uno de los redactores de "L'Univers" León Aubineau, presidente de la Conferencia de San Vicente de Paúl, que conocía muy bien a las hermanas, y sin duda fue él quien trajo a Veuillot. Éste recogió las palabras de la superiora, Marie Jamet; y lo que publicará en "L'Univers" repite estas palabras que ha oído de la misma Marie. (Veremos que, más tarde, el padre Le Pailleur le dará una versión de los hechos muy diferente...)

De regreso a París, Veuillot asistió, a principios de septiembre del 48, a la discusión que

1. El noviciado que tenía a comienzos del año 1849 catorce o quince personas, tenía más del doble a finales del verano.

hubo en la Asamblea Nacional sobre el derecho a la asistencia inscrito en el preámbulo de la nueva constitución: "La república debe (...), por una asistencia fraterna, asegurar la existencia de los ciudadanos necesitados, ya sea procurándoles trabajo en la medida de sus recursos, ya sea dándoles, cuando no tengan familia, los socorros necesarios a los que no pueden trabajar". Al salir de esta sesión, Veuillot, que tenía poca confianza en el progreso de la sociedad humana, y poca simpatía por las ideas republicanas o socialistas, escribió un vibrante artículo sobre Juana Jugan y su obra. En él explicaba a los parlamentarios que iba a hablarles "de un personaje que sabe más socialismo que todos ustedes"... (No es evidente que esta perspectiva polémica fuese la más fiel al espíritu y a las intenciones de Juana Jugan).

Veamos a continuación algunas de sus frases: "Ella amaba a los pobres porque amaba a Dios. Un día le pidió a su confesor que le enseñase a amar a Dios aún más. Él le dijo, "Juana, hasta ahora has dado a los pobres; ahora, compártelo todo con ellos" (...) Juana aquella misma noche tenía una compañera, o mejor una dueña (...).

"He visto vestidos limpios, rostros alegres y con muy buena salud. Entre las jóvenes hermanas y estos ancianos existe un afecto y respeto mutuo que alegra el corazón...

"Las religiosas siguen en todo el mismo régimen que sus pobres, y entre ellos no hay más diferencia sino que ellas sirven y los pobres son servidos... Todo llega a punto para las necesidades del momento. En la cena no queda nada, y nada falta en el desayuno. La caridad les ha dado la casa. Cuando llega un pensionista, ella les manda la cama y los vestidos."

Al comienzo de su texto, Veuillot había escrito: "He tenido el honor de ver a la superiora general; no es Juana Jugan. Esta ilustre mujer está en la casa de Saint-Servan y es sólo la segunda en la familia que ha creado."

En realidad, como hemos visto, no estaba con mucha frecuencia en Saint-Servan. En 1846 estuvo en Rennes y después en Dinan, y en 1847 y 48 fue de ciudad en ciudad. Pero en febrero de 1849, llamada por sus hermanas, llega a Tours. Era para obtener unas autorizaciones oficiales.

El señor Dupont está entusiasmado: "Desde hace dos días, tenemos el honor de poseer a Juana Jugan, la madre de todas las hermanitas (...) ¡Qué admirable confianza en Dios! ¡Qué amor a su santo nombre! Nos va a hacer mucho bien en Tours. Las gentes de la calle creen que esta *pobre mendiga de pan,* como ella se llama, les pide limosna; pero, si sus ojos se abriesen, comprenderían que son ellos los que la reciben inmensamente al oírla hablar con tanto amor y tanta sencillez de la providencia de Dios."

Esta carta no es sólo vibrante. Sino que presenta de un modo profundo y verdadero uno de los ejes esenciales de la vida de Juana Jugan; y nos hace ver su fuerza apostólica: Juana sabe hablar "tan amorosa y sencillamente de la providencia de Dios" porque vive de ella, unida con aquel que quiso que la Buena Nueva se anunciase a los pobres. No busca "hacer apostolado": testimonia sin cálculo, porque en ella habita la caridad de Dios y la practica. Su testimonio lo amplifican algunas voces como las de Veuillot, o incluso la de Dupin el mayor, y después, como veremos, la de Dickens, que le proporcionan una gran popularidad.

Al llegar a Tours, Juana encontró a un joven, Hector de Outremont, miembro muy activo de la Conferencia de San Vicente de Paúl, ella le contó los comienzos de su obra y el señor Outremont lo anotó todo. Su escrito después se quedó en casa de las hermanitas de los pobres, pero desgraciadamente fue destruido. La que lo destruyó, manifestó su pesar por ello. Más tarde Outremont será sacerdote y obispo de Le Mans, y un amigo eficaz de las hermanitas. La joven sor Pauline, desde Tours, escribe al padre Le Pailleur (19 de febrero de 1849). Le cuenta las visitas que ha hecho a los bienhechores y al obispo, en compañía de *mi hermana Juana.* (Vemos que en esta época el nombre de *sor María de la Cruz* no se había im-

puesto, ni en el interior de la congregación, ni para las jóvenes hermanas que habían entrado mucho después de los comienzos de la obra.) Después han visto al cura de la parroquia que les ha aconsejado volver a casa del obispo para pedirle una carta de recomendación para los curas párrocos. Han ido a pedírsela. "Monseñor le ha dicho que no se atrevía a comprometerse demasiado. Ella se ha puesto de rodillas, lo ha dejado completamente libre, a su gran caridad. Él se ha conmovido y le ha dicho que espere algunos días y lo hará (...) Desearíamos que el señor de Outremont *estuviese* en Tours, para hacerle publicar algunas palabras en el periódico sobre mi hermana Juana. Ella me ha dicho que esto sería muy útil, que había entrado en muchas tiendas y que tenían el corazón duro como piedras (...).

"Hemos ido a ver a la señora prefecta, que nos ha recibido bondadosamente, y la misma noche nos ha enviado una autorización para todo el departamento, de parte de su marido al que no habíamos podido ver (...).

"Estoy muy contenta de la hermana Juana, es muy buena, le gusta estar en Tours, pero tiene pena al pensar que aún no puede ir a pedir (...).

"Creo que la hermana Catherine es la que más conviene para la colecta. A mi hermana Juana le gusta..."

Esta carta nos permite ver a lo vivo cómo se

comportaba Juana en su congregación, diez años después de sus comienzos, y cómo la veía una joven hermana. De hecho, Juana dejará consolidada la casa de Tours y muy bien arraigada en la población.

La fama jubilosa suscitada por este dinamismo evangélico se iba ampliando cada vez más. El señor de Outremont ha dado a conocer a sus cofrades de San Vicente de Paúl de París lo que se hacía en Tours. Éstos le han pedido una fundación. Marie Jamet ha ido a Saint-Servan a prepararse para ello, a comienzos de 1849. Vuelve a Tours, el 9 de marzo, con la hermana Marie Louise, y parten para París el 28. El 1 de agosto fundan la primera casa de París. Y reciben una carta de Besançon: una cierta señorita Junot, por el artículo de Veuillot, ha conocido *la obra de Juana Jugan* y pide que vayan allí. En noviembre, sor Pauline parte de Tours para Besançon y allí hace publicar el premio Montyon de Juana; ella organizará la fundación de Besançon. El mismo año, se abre una casa en Nantes, a petición de los cofrades de San Vicente de Paúl. En Nantes es donde empieza a generalizarse el nombre de *hermanitas de los pobres*[2]: la sabiduría popular había encontrado el calificativo que expresaba mejor la intención de Juana Jugan: excluyendo todo dominio, hacerse muy pequeño para amar mejor.

2. En realidad encontramos la expresión Hermanitas de los Pobres, en una carta del Padre Le Pailleur a partir del 10 de septiembre de 1847: "Varias jóvenes de buena posición sufren persecución por parte de sus familias (...) y es porque quieren hacerse Hermanitas de los Pobres..." Pero solamente en 1849 este nombre se popularizó y después se hizo oficial.

*

* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 19

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Cartas y fragmentos de las primeras hermanitas de los pobres: Marie Jamet, sor Pauline. Nota de sor Alexis de Sainte Thérèse. Testimonio de sor Apollinaire du Saint-Sacrement. A. Helleu, *Note et observations...*, ya citado. A. Leroy, *Détails complémentaires...*, ya citado. *Livre de fondation* de la casa de Tours.

Archives de l'Oratoire de la Sainte-Face (Tours). Correspondencia del Sr. Dupont.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

Constitution de la République française, 1848. "Journal d'Indre-et-Loire", 10 de enero de 1847; 27 de septiembre de 1848. "L'Univers", 13 de septiembre de 1848.

Estudios posteriores

P.D. Janvier, *Vie de M. Dupont...*, ya citado.
A. Leroy, op. cit.

20

Angers

(1849-1851)

Juana iba haciendo la colecta: éste es nuestro estribillo.

En 1849, recorrió la comarca de Touraine, la de Beauce, la de Anjou. Hacia esta época Léon Aubineau la presenta así: "Va por todas partes. Tal vez la veréis entrar en vuestra casa, exponer sencilla y dignamente el objeto de su petición, las necesidades de sus pobres y hablar de las misericordias del Señor con ellos."

Pedía en la acción de gracias, con el corazón lleno de la miseria de los pobres y a la vez maravillada de tanto amor dado por Dios.

Ningún período de su vida activa es más alegre y cantarín que estas semanas de la colecta en Angers y de la fundación que siguió. Llega allí a principios de diciembre de 1849, esperada ya por varias familias, más o menos relacionadas con la Conferencia de San Vicente de Paúl. En particular, la adoptarán el señor y la señora de Quatrebarbes y la señorita Zénobie de Caqueray.

Entregada al servicio de Dios y de los pobres, la señorita Zénobie de Caqueray la presenta a los miembros del clero. A cambio, sólo le pide un regalo: el cesto que lleva en la colecta (¿Es to-

davía el que el hermano Claude-Marie Gandet le dio en 1841?... ¡debió usar varios más después!). La señorita Caqueray le da un cesto nuevo. Ella misma describe este objeto venerable que no se ha encontrado: "... de un tamaño mediano, cerrado por una tapa fijada cerca del asa y que se abría en semicírculo levantando sus dos extremos, primitivamente había debido ser de mimbre blanco, pero en la época en que yo lo vi el paso del tiempo le había imprimido un color de trigo maduro."

Los Quatrebarbes fueron también unos amigos inestimables. El conde estaba completamente dedicado a los pobres, humildemente. Se cuenta que su mujer le dijo un día riendo: "Querido, si no me tuvieses a mí, acabarías por no tener otro asilo que el hospital!— No habría que compadecerme, respondió, porque allí estaría en compañía de las hermanas y de los pobres, mis grandes amigos... Y Además, añadió con aquella sonrisa que, según dicen, era irresistible, tu vendrías a verme alguna vez." Estaba hecho para entenderse con Juana. La llevó con él en su calesa o en su cupé por todos los castillos de Anjou, para que la conociesen y pudiese volver. Ella se hallaba tan a gusto y se mostraba tan sencillamente ella misma en este ambiente, como entre sus pobres o en los despachos de los funcionarios.

Así visitó en el castillo de Bourg-d'Iré a la

anciana señora de Falloux cuyo hijo acababa de ocupar, durante un año, el cargo de ministro de instrucción pública; éste permanecerá fiel a Juana. Veinticinco años más tarde (1874) evocará con ella, ya también muy anciana, esta primera visita en Anjou, a la que muy pronto siguió la muerte de su madre[1].

Juana pedía en Angers por las fundaciones ya hechas. Pero desde el principio (como en Rennes) tuvo la intención de abrir una casa en esta ciudad que se le había mostrado tan acogedora. Encontraba por las calles a aquellos mendigos tan numerosos desde comienzos del siglo. Sabía que la Oficina de beneficencia no podía hacer frente a todas las necesidades. El desarrollo industrial, que acentuó el pauperismo en Angers, iba a aumentar especialmente en los años siguientes — quince años más tarde, de unos 50000 habitantes aproximadamente, 8000 estarán inscritos en la Oficina de beneficencia; pero ya en aquellos momentos había que socorrer muchas miserias, particularmente la de los ancianos pobres. Como en Rennes, para los que tenían que guardar cama, había el hospicio civil (y las hermanas de Sainte-Marie de Angers intentaban atenuar las miserias

1. La señora de Falloux murió el 6 de diciembre de 1850. El padre Lelièvre, al contar en 1874 la visita del señor de Falloux a La Tour, anota que vio a Juana, "admiró sus 82 años, su hermosa prestancia, su bastón blanco..." Pero todavía no hemos llegado ahí.

comunes en los hospitales de la época); existía también una "prevención de mendicidad", nacida en 1831 por el concurso de unas buenas voluntades generosas y que luego se convirtió en municipal, que con humanidad y deseo de educar, acogía a un centenar de mendigos más o menos delincuentes de todas las edades.

Otros ancianos, por hablar sólo de ellos, podían encontrar en varias organizaciones promovidas por una caridad inventiva, un cierto número de ayudas: unas damas se habían agrupado en una "cofradía de la Natividad" para visitar a los pobres; otras habían formado una "asociación de damas de la Providencia" para toda actividad de beneficencia; la Conferencia de San Vicente de Paúl, creada en 1838, era joven y activa; había abierto un ropero... Todo esto existía, actuaba, y tal vez en Angers la caridad se sentía con más defensa ante la miseria que en otros lugares. Sin embargo, Juana lo veía, muchos pobres ancianos esperaban ser acogidos y amados en una casa creada para ellos.

Habló de ello a sus amigos angevinos, a quienes encontró muy dispuestos a cooperar. El 11 de diciembre, un vicario general de Rennes, el señor Maupoint, iba a visitar a las hermanitas de esta ciudad; no las conocía aún, pero había recibido una petición de Angers: ¿aceptaría dar a los pobres ancianos una casa y una capilla que poseía

allí? Pareció satisfecho de su visita a las hermanas de Rennes, y éste fue el comienzo de una larga amistad; en cuanto a su capilla y a su casa de Angers, efectivamente iban a ser el primer alojamiento de las hermanitas y sus ancianos en esta ciudad.

Esta fundación se hará en abril de 1850. Durante los meses de invierno Juana probablemente volvió a Tours con el producto de su colecta, y después debió ir a pedir a otras ciudades.

Así pues, el miércoles 3 de abril, Marie Jamet, sor Pauline y sor Félicité de Sainte Marie, dejan Tours en compañía de Juana para abrir el asilo de Angers. Monseñor Angebault, el obispo, las recibe con los brazos abiertos y les da las llaves de la capilla del señor Maupoint; dice a Marie: "Ve, hija, abre la puerta a tantos pobres que te reclaman y haz el bien." Como en otras partes, llegaban con las manos vacías: entre las cuatro, tenían solamente seis francos en el bolsillo para empezar su obra.

Juana solicita las autorizaciones para hacer la colecta, y se las dan a su nombre. Los periódicos también la presentan a ella. En Angers como en Saint-Servan, llamarán a menudo a las hermanas *las Juana Jugan*. En el "Journal de Maine-et-Loire" del 12 de abril, podía leerse: "Hace tres meses, Juana Jugan hacía una colecta aquí (...) La buena acogida que recibió la conmovió. Y al mar-

charse dijo: "He contraído una deuda con los angevinos; pronto vendré a pagarla".

"La buena bretona, fiel a su palabra, está hoy en nuestra ciudad (...) Ésta es la carta con la que se ha dado a conocer a nuestro municipio[2] (...).

"*El discurso del señor Dupin para el premio Montyon revela nuestro origen; después de este estímulo, Dios nos ha bendecido. Somos ochenta hermanas; alojamos, alimentamos y cuidamos a quinientos o seiscientos ancianos achacosos en siete casas, sucesivamente establecidas en Saint-Servan, Dinan, en Rennes, Nantes, Tours, París y Besançon. En todas estas localidades nos han bastado la adopción de los obispos, la protección de los municipios y la caridad pública. Nuestros estatutos son el fruto de la experiencia y se inspiran en las necesidades de los pobres; un reglamento muy sencillo y que consiste en coordinar nuestros diferentes ejercicios, es nuestro medio de unión y de acción.*"

Dos días más tarde, Marie volvía a Tours, "ya consolada". Iba acompañada de dos postulantes angevinas que, sin duda, se habían decidido después del primer viaje de Juana en diciembre.

Así pues las hermanas se instalan en la antigua capilla y comienzan los trabajos de instala-

2. El estilo y los errores cronológicos de la enumeración de las fundaciones hacen pensar que esta carta colectiva no fue redactada por las hermanitas de los pobres.

ción. El 29 acogen a los primeros ancianos. La colecta daba muy buenos resultados, especialmente en especie.

Sin embargo les faltó la mantequilla y Juana vio que los ancianos comían el pan seco. "Éste es el país de la mantequilla, dijo. ¿Cómo no se la pedís a san José?" Encendió una lamparilla ante una imagen de san José, hizo traer los tarros vacíos, y colocó un letrero: "Buen san José, ¡enviadnos mantequilla para nuestros ancianos!" Los visitantes se asombraban o se reían de esta ingenuidad; uno de ellos expresó una cierta desconfianza ante los tarros vacíos. Pero algunos días más tarde un donante anónimo les hizo mandar una cantidad muy importante de mantequilla y llenaron todos los tarros.

Juana quería un ambiente de alegría. Gracias a la red de amistades que tenía en Angers, un día fue a ver, tímidamente, al coronel que mandaba una unidad que se hallaba de guarnición en la ciudad, y le pidió que enviase, por la tarde de un día de fiesta, a algunos músicos de su regimiento para que se alegrasen sus pobres ancianos. "Hermana, os enviaré toda la banda para daros gusto y alegrar a vuestros queridos ancianos." Esta música militar de Angers parece como si acompañase con su alegría al amor que se da y que despierta el amor. Un médico, el doctor Renier, se ofreció para cuidar gratuitamente a los ancianos. Era

miembro de la Conferencia de San Vicente de Paúl, como muchos de sus más fieles benefactores.

Uno de los miembros de esta cadena de ayuda mutua hizo mucho más que dar parte de sus bienes: se ofreció a sí mismo. Era un joven sacerdote, Paul Gontard. Primero había sido abogado, pero se había orientado hacia el servicio del Evangelio y había recibido las órdenes en 1848. Regaló una cama para los ancianos. Al ir a la casa del barrio de la Doutre, se quedó conmovido por la pobreza de las hermanas, por su alegre humildad. Y durante este luminoso verano de 1850, un buen día, hizo su maleta, partió para París y llegó a la casa de la calle Saint-Jacques en donde estaba la superiora general: se entregó, con todo lo que tenía, al servicio de la congregación; y allí permanecería hasta su muerte (1873). Más tarde, como veremos, lo siguieron otros sacerdotes[3].

Hacia esta época, Juana había dejado Angers para ir a pedir a otras ciudades del departamento. Iba provista de una autorización del prefecto que garantizaba a la *dama Juana Jugan* la protección de las autoridades civiles y militares en todo el departamento. En Angers, la colecta quedaba

3. El padre Ernest Lelièvre, del que hablaremos más adelante, estuvo entre estos auxiliares, sacerdotes y laicos. Su asociación nunca se extendió mucho y fue disuelta en 1896, en que el desarrollo de la congregación no exigía ya su colaboración.

asegurada por una novicia a la que Juana había formado.

En esta ciudad Juana dejaba un recuerdo duradero. Unos treinta años más tarde, uno de los que la habían acogido, Léon Cosnier, se cruzó un día con un grupo de muchachos y chicas que armaban escándalo cantando a gritos canciones licenciosas; de repente, se oyó tocar al ángelus; una de las jóvenes dijo a los demás: "Es la campanita de Juana Jugan; nos está oyendo..." Se hizo la calma, y se separaron.

En noviembre de 1850, el asilo sufrió una dura prueba: la joven superiora, sor Félicité de Sainte-Marie, de 23 años, murió de fiebre tifoidea; era el primer luto que se producía en la familia de las hermanitas de los pobres. La hermana Félicité fue reemplazada por la novicia que hacía la colecta.

La instalación en la capilla del padre Maupoint era muy precaria: sólo podía ser una solución provisional. Les faltaba aire. El alojamiento de las hermanas estaba separado de la sala de los ancianos por un tabique de papel. Cuando moría una anciana, llevaban su cuerpo al lado donde dormían las hermanas, que la velaban toda la noche. El 24 de diciembre de 1850, la comunidad adquirió una posesión situada en una altura cercana a la ciudad, la Mélinais, y se instaló allí poco después.

Pero Juana ya había dejado la región de Anjou. Seguía haciendo su colecta.

Hacia esta época —invierno del 50-51— una carta de Marie Jamet a la superiora de Dinan da estas indicaciones: "Diga a sor María de la Cruz que no vaya a pedir por el lado de Le Mans, ni en el departamento de Mayenne, porque vamos a comenzar una fundación en Laval..." Y un poco más tarde: "Puede ir a Brest... Estamos contentas con las tres jóvenes que ha visto en Lorient..." Dinan, Lorient, Brest: algunos jalones en el camino de Juana. Y por donde quiera que pasa, va llamando: una gran parte de las primeras hermanitas se presentan para seguir el mismo camino que Juana, el camino de la pobreza compartida. De este modo Juana es también *la madre de todas las hermanitas.*

Se detiene un poco en Dinan. Se ha conservado una estampa de ella que debe ser de la época de esta visita. En marzo de 1851, un tal señor Germainville llega de París a Dinan, para fundar allí una Conferencia de San Vicente de Paúl. Va a ver a las hermanitas. Doce años más tarde, cuando pidió a Juana Jugan para una nueva fundación en París en favor de los militares ancianos, evocará el recuerdo de este encuentro con "la gran Jugan... Me parece volverla a ver con vuestras otras hermanas, sentadas sobre sus talones, cantando cánticos..."

Pero, sigámosla a Brest. Ella pensaba y con razón que en esta ciudad estarían abandonados muchos ancianos pobres. Empezó por ir a ver a una persona muy activa, viuda de un oficial de marina, la señora Thirat de Chailly; ésta había organizado en Brest una Conferencia de San Vicente de Paúl femenina.

El encuentro no fue esperanzador: en las condiciones actuales todo parecía contrario a un proyecto semejante, y las dificultades eran insuperables... Juana escuchó y comprendió. Se quedó pensando y después dijo: "Muy bien, querida señora, ¡lo intentaremos!"

Se puso a pedir. La acompañaba una amiga, la señorita Chouteau. Llegan a una casa en donde esta amiga teme que las reciban mal; valdrá más pasar de largo. Pero Juana, cogiendo el cordón de la campanilla, le responde: "Llamemos con Dios, y Dios nos bendecirá." La limosna fue generosa.

Llamemos con Dios. Esta fórmula nos dice el secreto de Juana. Su obra no es suya: es la obra de Dios. Su valor no es suyo: es la fuerza de Cristo. Audacia y libertad, confianza y acción de gracias son el clima de su existencia. Y el secreto de su alegría.

*

* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 20

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Cartas y fragmentos de las primeras hermanitas de los pobres: Marie Jamet, Eulalie Jamet.

Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Jeanne de l'Immaculée, sor Marie Thérèse de Saint Pierre, sor Marie de Saint Laurent, sor Saint Albert, sor Marie de Sainte Luce.

Otros testimonios: padre Chauvin, Srta. Gicquel des Touches.

Carta del Sr. Germainville. Autorización del prefecto de Maine-et-Loire. Actas notariales. Estampas (Fourmy, Quatrebarbes, Ursulinas de Jesús de Bellefontaine). Cartas del padre Lelievre (8 de agosto de 1873, 1874). *Livre de fondation* de la casa de Angers. A. Leroy, *Détails complémentaires...*, ya citado.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

L. Aubineau, op. cit.

L. Cosnier, *Le dépôt de mendicité d'Angers. A MM. les conseillers généraux de Maine-et-Loire* Imprenta P. Lachèse, Belleuvre y Dolbeau, Angers, 1867.

"Journal de Maine-et-Loire", 12 de abril y 18 de diciembre de 1850.

Estudios posteriores

L. Cosnier, *La charité à Angers,* 2 vols, Lachèse, Angers, 1889-1890.

A. Leroy, op. cit.

21

Crecimiento

(1850-1852)

Durante el verano de 1851 tuvieron lugar dos retiros en Rennes, en la casa de la Madeleine. Es probable que Juana participase en una de estas reuniones. Las hermanas de Angers han anotado el recuerdo: "Habiendo sido convocadas en Rennes, la mitad de nosotras fue allí para el primer retiro y la otra mitad para el segundo. Nos encontramos allí con nuestras hermanitas de las casas de Bretaña; pasamos ocho días en el silencio y recogimiento, ocupadas en repasar ante Dios nuestras obligaciones y emprender con un ánimo nuevo los sacrificios de nuestra vida hospitalaria. Pero la casa de Rennes era tan insuficiente que teníamos que dormir en un desván que una dama de la vecindad había puesto a nuestra disposición. Teníamos ocasión de practicar la pobreza siguiendo el ejemplo del divino Salvador, y nos alegrábamos de ello. Era el mes de julio. En este desván éramos treinta, sobre un poco de paja, y nos tapábamos con una manta o con nuestros propios vestidos. A veces oíamos pasar a las ratas mientras que debajo de nosotras piafaban los caballos en su pesebre. En cuanto a la comida, la buena Madre de Rennes hacía todo lo posible

para que a nadie le faltase nada, pero tenía cien pobres a quienes alimentar y su bolsa nunca estaba bien provista."

Este relato permite imaginar el clima que reinaba en la *pequeña familia* en esta época. Ya no es la *pequeña obra* del principio: ahora hay ya unas diez casas, y pronto habrá más de cien hermanas, casi todas muy jóvenes. Son muy pobres, dependen de la colecta cotidiana. Sin embargo, hay que organizarse, adquirir una existencia oficial en la Iglesia, convertirse en una *verdadera congregación.*

En Rennes, durante las dificultades de los años anteriores, monseñor Brossais Saint-Marc les había precisado muy bien a las hermanas que no eran religiosas en el sentido propio de la palabra; les había dicho a los sacerdotes de la diócesis que las considerasen como unas *jóvenes buenas,* no como *religiosas.* Sin embargo, ellas tenían sus cuatro votos... En la duda consultaron a los sacerdotes de Bougligny, quienes les precisaron que estos votos, sin una aprobación oficial, eran solamente unos *votos privados,* no *votos de religión.*

Habían adoptado ya un vestido más uniforme. La capa utilizada para salir formaba parte de él. Al principio, en Rennes, llevaban el capuchón hacia atrás sobre los hombros; en Tours, lo llevaban habitualmente sobre la cabeza, "al modo de las mujeres del pueblo; y esta costumbre fue adoptada en la pequeña familia."

En febrero de 1850, Eulalie escribe desde Rennes: "El padre Maupoint (vicario general de la diócesis) acaba de salir de aquí (...). No puede estar más enfadado de que el noviciado esté en Tours, dice que debería tenerlo en Rennes: 'Si yo hubiese estado antes en la diócesis, no hubiese dejado que se fuese de aquí'..." Él y otros sacerdotes intervienen cerca del obispo: y éste va cambiando poco a poco hacia una actitud más favorable.

Durante el año 1850, la congregación ha continuado extendiéndose. Después de Angers, se efectúan las fundaciones de Bordeaux, Rouen, Nancy. En 1851 el noviciado es trastalado de Tours a París.

El mismo año se hace la primera fundación en Inglaterra, en los alrededores de Londres. Ayuda a esta fundación un artículo de Charles Dickens en su semanario "Household words" (14 de febrero de 1852): en él cuenta una visita al asilo de París que le ha producido una fuerte impresión. Da primero un breve resumen de los orígenes, completamente de acuerdo con la realidad; después describe la casa de la calle de Saint-Jacques: "...Un anciano tiene los pies sobre un calientapiés, y dice con voz débil que ahora está muy cómodo y confortable porque siempre está caliente. El recuerdo del frío pasado en los años anteriores y del frío de las calles está grabado en

su memoria, pero ahora está muy confortable, muy confortable..."

El crecimiento continuaba rápido. En diciembre de 1851, serán ya trescientas hermanas y quince casas albergarán a mil quinientos ancianos. Dieciocho meses más tarde, habrá quinientas hermanas... Juana Jugan, en sus oraciones, debía estar deslumbrada por esta fecundidad, por una generosidad tan grande de Dios.

Pero era urgente preparar un texto de constituciones para obtener la aprobación oficial de la asociación. Se lo piden al padre Massot y él se pone a la obra. En abril de 1851, invita al padre Le Pailleur a casa de los hermanos de San Juan de Dios de Lille y allí, solos, trabajan durante tres semanas.

Su proyecto reproduce el texto de 1846 aligerándolo; pone delante un conjunto de capítulos sobre la formación, la práctica de los votos y las estructuras de gobierno. El estilo se libera del texto un poco arcaico de las constituciones de la orden hospitalaria, pero ésta introduce definitivamente su gran aliento de caridad en las constituciones futuras que —siguiendo su ejemplo— adoptan el voto de hospitalidad[1]. Ésta fue la regla de 1852. Una vez más, el padre Félix Massot, aten-

1. Véanse los textos comparados de las dos reglas al final del capítulo.

diendo a lo que habían vivido Juana Jugan y sus hermanas, les aportaba una ayuda decisiva. Podemos estar seguros de que esta ayuda, y la misma imitación de las constituciones de los hermanos, respondían a un deseo profundo de Juana, que había confiado tanto desde el principio en el padre Gandet y después en el mismo padre Massot.

Con la conformidad de las hermanas, este proyecto fue sometido al obispo de Rennes. Y según parece, éste hizo que lo estudiase el padre Maupoint, su vicario general.

Mientras tanto, han buscado dónde establecer la casa madre y el noviciado. En la periferia de Rennes estaba a la venta una propiedad llamada La Piletière; era una fábrica de hilados que se estaba arruinando; la adquirieron. Y sucedió que entre los copropietarios figuraba la madre de monseñor Brossais Saint-Marc. Éste, como suponía el padre Le Pailleur, estuvó muy contento con la operación. Y ello tuvo como resultado no sólo procurar una casa más espaciosa a las hermanas, sino también favorecer la reconciliación entre el padre Le Pailleur, que había vuelto definitivamente de Bougligny, y su obispo.

La Piletière era espaciosa: creían que podría albergar a más gente que el asilo de Rennes, incluso ampliado. De hecho, sabemos por una carta de Marie Jamet que "el padre Maupoint ha hablado del noviciado a monseñor y le ha dicho que

era un robo que le habían hecho a Rennes, pero que iban a devolverlo, que estarían bien en La Piletière (...) Monseñor ha respondido muchas veces: "Está bien, está muy bien." El mismo día, monseñor Brossais Saint-Marc escribió al cardenal Fornari de Roma una carta que debía abrir el camino para una futura aprobación pontificia. El 25 de febrero de 1852, Marie anunciaba que "monseñor acogía con alegría el noviciado, sólo quería los derechos de obispo, admitía la regla y un superior general". En los días siguientes, las novicias y postulantes se reúnen en La Piletière. La superiora general también fijará allí su residencia.

Por último, el 29 de mayo, monseñor Brossais Saint-Marc firmó el decreto de aprobación de los estatutos. A partir de entonces la familia de las hermanitas de los pobres era una verdadera congregación religiosa dentro de la Iglesia. Para señalar bien su aprobación, el obispo fue dos días después a La Piletière: allí presidió la toma de hábito de veinticuatro postulantes y la profesión de diecisiete novicias; en su discurso evocó la intervención de la Providencia en la historia de las hermanitas de los pobres y después el día en que las fue a visitar "en una pequeña bodega", en Saint-Servan.

El padre Le Pailleur, que a partir de ahora se instala en la casa madre, podía estar satisfecho: la

aprobación episcopal hacía de él, oficialmente, el superior general de las hermanitas de los pobres.

Entonces, sin esperar más, tomó una decisión: llamó a la casa madre a la humilde e infatigable cuestora, Juana Jugan. Ya no haría más colectas, ya no tendría más relaciones seguidas con los benefactores; viviría oculta tras los muros de La Piletière.

Juana obedece. Va a vivir en la casa madre. Ya no la dejaría nunca: Permanecería en ella hasta su muerte, acaecida veintisiete años más tarde.

Su tarea visible había terminado.

A continuación damos los textos comparados de las dos reglas:

CONSTITUCIÓN DE LOS HERMANOS DE SAN JUAN DE DIOS (1717)

(...Nuestro cuarto voto os comprometerá (...) a fatigas sin descanso, y a emplear todas vuestras fuerzas, e incluso vuestra vida al servicio de los pobres enfermos a quienes estaréis obligados a recibir, asistir y tratar, tanto de día como de noche, con amor, prontitud, alegría y con el mismo honor y respeto que tendríais a Jesucristo mismo, porque es a él a quien recibimos y tratamos en la persona de los pobres, a los que decía en otro tiempo: Aquel que os recibe, me recibe, y lo que habéis hecho al más pequeño de los míos, lo considero hecho a mí mismo.

REGLA DE LAS HERMANITAS DE LOS POBRES (1852)

Por el voto de la hospitalidad, las hermanitas (...) emplearán sus fuerzas y dedicarán su vida, sin temor a las fatigas ni las penas, al servicio de los pobres ancianos y enfermos, a quienes estarán obligadas a recibir y a alimentar según sus medios, y a asistir y cuidar tanto de día como de noche, esforzándose en hacerlo con amor y prontitud, con el mismo honor y respeto que tendrían por el mismo Jesucristo, porque es a él en efecto a quien reciben y tratan en la persona de los pobres, de quienes ha dicho durante su vida mortal: Aquel que os recibe me recibe; y también: lo que habéis hecho al más pequeño de los míos, lo considero hecho a mí mismo.

FUENTES DEL CAPÍTULO 21

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Cartas de las primeras hermanitas de los pobres: Marie Jamet, Eulalie Jamet, Virginie Trédaniel. *Livres de fondation* de las casas de Angers, de Rennes. Actas notariales. A. Leroy, *Détails complémentaires...,* ya citado.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

L. Aubineau, op. cit. C. Dickens, *The Little Sisters,* en "Household words, a weekly Journal conducted by Charles Dickens", 14 de febrero de 1852. "Journal de

Rennes", 8 de junio de 1852. *Constitutions des Petites Soeurs des Pauvres,* 1852. *Constitutions des Frères de Saint-Jean-de-Dieu,* ya citada.

Estudios posteriores

A. Leroy, op. cit.

22

Una asombrosa mixtificación

Hemos visto cómo en 1843 el padre Le Pailleur anulaba la reelección de Juana Jugan e imponía como superiora a su hija espiritual Marie Jamet. Acabamos de ver cómo en 1852 llama definitivamente a la casa madre a la fundadora que apenas tiene sesenta años, en plena actividad, pero cuyo gran prestigio podía hacerle sombra.

Ahora vamos a ver cómo la suplanta como fundador de la congregación. Ya en los años precedentes había insinuado a los que conocía, como el señor Dupont, que había tenido con sus hijas espirituales un papel preponderante en los comienzos: el señor Dupont, introducido por él cerca de Juana Jugan, progresivamente había ido descubriendo la verdad. Hemos visto que hacía un intento análogo con el señor Chevremont, secretario general de la prefectura de Rennes: también en este caso la verdad se restableció por sí misma y el señor Chevremont, en la reedición de su libro en 1870, insistirá sobre el papel que desempeña Juana.

Pero unos documentos escritos presentarán, y poco a poco irán acreditando, esta leyenda. El primero es el texto de Léon Aubineau publicado

en "L'Univers" en diciembre del año 51 y enero del 52. En esta primera *Historia de las hermanitas de los pobres,* Juana es presentada sólo como cuestora; el padre Le Pailleur tiene todas las iniciativas. Sin embargo muchos pasajes ponen de relieve la influencia de Juana sobre sus compañeras. Los artículos se convirtieron en un pequeño volumen, reeditado unas quince veces entre 1851 y 1884: y en estas reediciones los pasajes que subrayaban el ascendiente de Juana se han suprimido. En 1859 su nombre casi desaparece; la buhardilla de la calle del Centro se ha convertido en la de "Fanchon".

Después de 1877, el papel del sacerdote aumenta; a partir de entonces él solo posee el título de *fundador.* Muchos detalles son de novela. El mismo Léon Aubineau fue el autor del prólogo al libro de la señora de la Corbinière, en 1882. En este prólogo, evoca su propia obra; y cuenta: "Cuando terminé mi pequeño trabajo, no tuve el atrevimiento de publicarlo sin el asentimiento del fundador. Los santos imponen respeto y nunca me hubiese atrevido a contrariar al *buen padre.* Además, ¿no tiene jurisdicción y gracia de estado en todo lo que concierne a la pequeña familia?" El buen padre, en efecto, se declaró deseoso de "no herir la modestia" de las que fueron objeto e instrumento de tantas maravillas... E hizo una revisión del texto que se le sometió a examen. Más

tarde, también retocó el de la señora de La Corbinière. Ésta, que lo veneraba, deja no obstante asomar muchas veces su asombro de que las cosas no sean como ella creía.

Hemos visto que Louis Veuillot, después de su visita a Tours y su conversación con Marie Jamet, ofrece en "L'Univers" una feliz presentación de los comienzos. Pero, poco después, encontró al padre Le Pailleur. Por tanto, en 1850, en *Les libres penseurs* (segunda edición) cambia profundamente el texto de su artículo en el sentido de la leyenda que le da al mencionado padre el primer papel.

Esta leyenda creada deliberadamente aparece también en los textos oficiales. La primera vez, en la carta escrita por el obispo de Rennes a la Santa Sede, para presentar la congregación y pedir la aprobación pontificia. La fecha del comienzo de la obra se ha convertido en el 15 de octubre de 1840 (en realidad Juana entonces ya había recogido a dos mujeres pobres desde hacía casi un año). Se presenta al padre como fundador. A Juana sólo se la nombra entre "cuatro jóvenes de humilde condición". Se ha encontrado el borrador de esta carta en los archivos del obispado de Rennes: tiene dos correcciones que modifican sensiblemente el texto; probablemente han sido introducidas por una mano cómplice, después de que el obispo aprobase el texto. Se ha tachado el

adverbio *praesertim* (= en particular, especialmente) que subrayaba el papel de Juana; y se ha añadido la palabra *fundatoris* al lado del nombre de Le Pailleur.

También se hicieron otras falsificaciones: por ejemplo, en el diploma de unión otorgado por los hermanos de San Juan de Dios se cambió el nombre de Juana Jugan por el de Marie Jamet. Cuando Juana murió en 1879, se escribió sobre su tumba, al lado de su nombre: tercera hermanita de los pobres.

En 1886 se puso una placa en la *casa de la buhardilla,* en Saint-Servan: "Aquí el padre Le Pailleur, fundador de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres, comenzó su obra hospitalaria, recogiendo a una pobre ciega a la que hizo traer el 15 de octubre de 1840 por sus dos primeras hijas espirituales, Marie Jamet y Virginie Trédaniel, a la buhardilla de esta casa donde vivía Juana Jugan. El fundador no tardó en asociarles a Juana Jugan, que fue la tecera hermanita de los pobres y que realizó con admirable abnegación la tarea de la colecta."

El mixtificador había sido tan hábil que poco a poco se impuso esta leyenda no en los medios que habían conocido bien a Juana en los comienzos (desgraciadamente los primeros testigos desaparecieron poco a poco), sino en el interior de la congregación en la que, a partir de 1852, reemplazó a la historia verdadera en la formación de las novicias, no sin ocasionar algunos asombros, ya que muchas de ellas habían oído en sus familias otra versión de los hechos.

Ante este comportamiento nos sentimos confundidos. Sólo puede explicarse por un fallo profundo, aunque sutil, en el psiquismo de Auguste Le Pailleur. Esta deformación sistemática de la verdad probablemente no es incompatible con una sinceridad subjetiva.

Al pasar los años, esta exaltación de sí mismo se hizo cada vez mayor. Una hermanita escribió: "Parece que en la congregación se le haya adulado demasiado, y esto le ha trastornado la cabeza. Su viaje a España fue una ovación continua, y a su regreso estaba tan pagado de sí mismo que no se le reconocía... Yo misma he sido testigo de todo esto."

Otra nota: "las señales de respeto que se nos obligaba a darle eran muy exageradas; llegábamos hasta a besarle los pies pidiéndole su bendición cuando lo encontrábamos durante sus paseos."

La buena señora de La Corbinière incluso, a pesar de su admiración por el padre Le Pailleur, repite algunas frases de seglares que estaban asombrados ante esta actitud: "¡Cuántas reverencias! ¡Cuántos prosternamientos!"

El ejercía una autoridad absoluta y centrali-

zadora. Todo tenía que pasar por sus manos, admisiones, fundaciones, etc. A él tenía que dirigirse todo el mundo para cualquier cosa de que se tratara.

El asombro y la indignación de algunas acabaron por percibirse en las esferas superiores. Algunos años después de la muerte de Juana, se abrió una encuesta apostólica. En 1890, Auguste Le Pailleur, ya de 78 años de edad, y después de haber ejercido su autoridad durante más de cuarenta años, fue llamado a Roma; y allí terminó sus días en un convento.

Marie Jamet conoció este final, ya que ella murió en 1893. Probablemente esto la consoló. Su buena fe no puede ponerse en duda: a menudo debía sentirse desgarrada entre lo que creía la obediencia y el respeto a la verdad. Una religosa había oído de ella la siguiente confesión: "No soy yo la primera hermanita ni la fundadora de la obra. Juana Jugan es la primera y la fundadora de las hermanitas de los pobres."

El padre Leroy, que fue capellán de la casa madre, ha contado: "Yo preparé a Marie Jamet para morir, y éstas son sus palabras: "Yo, no soy la primera, pero me habían dicho que obrase así."

El mismo padre Leroy, se dedicó a hacer una encuesta histórica sobre los orígenes, con gran exigencia crítica, para sacar a la luz la verdad. Un gran número de hechos y de testimonios revelan

el verdadero desarrollo de los primeros años. Entre ellos destaca la *Memoria* enviada a la Academia para el premio Montyon: está redactada por testigos directos, y los expertos han establecido que fue escrita por la mano de Auguste Le Pailleur: éste se daba de antemano, de su propio puño y letra, un mentís formal.

El comportamiento del padre Le Pailleur tiene algo de extraño, y denota un desequilibrio psíquico. Quiso concentrar en su propia persona, aunque fuese a costa de una deformación de la verdad, todo el poder y la notoriedad.

En todo caso, admiremos una vez más cómo Dios confía su obra a las manos frágiles y pecadoras de los hombres, y respeta hasta las consecuencias de nuestras miserias, lo que no le impide hacer triunfar finalmente su gracia cuando un corazón pobre está allí para recibirla y hacerla fructificar.

En este sentido, el largo retiro de Juana Jugan, esta humilde y amorosa oración que duró veintisiete años, es tal vez, no lo sabemos, el período más fecundo de su vida.

* *
*

FUENTES DEL CAPÍTULO 22

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Alexis de Sainte Thérèse, sor Esther de Saint Pacifique, sor Louise de l'Immaculée, sor Marie Hortense, sor Onésime de la Nativité. Nota de sor Marie de la Croix (J. James), religiosa de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, de Paramé. Diploma de unión de oraciones otorgado por los hermanos de San Juan de Dios. A. Helleu, *Notes et observations...*, ya citado.

Archives de l'archevêché de Rennes. Carta de monseñor Brossais Saint-Marc a la Santa Sede, 12 de septiembre de 1852.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

L. Aubineau, op. cit. Véanse anexos I y II.
L. Veuillot, art. cit. Véanse anexos I y II.

Estudios posteriores

C. de la Corbinière, op. cit.
A. Leroy, op. cit.

23

Balance de doce años

Han pasado muchas cosas durante estos doce años desde 1840 a 1852. Juana ha desplegado en ellos las riquezas secretas que el Espíritu de Jesús había preparado en ella y que ella misma no conocía.

La hemos visto, primero, dar un paso decisivo al darle su cama a la anciana Anne Chauvin: presa del Espíritu de amor, en adelante iba a vivir según el modo del amor, arrastrando con ella a algunas jóvenes generosas.

Después, en un acto de confianza, para dar consistencia a la obra emprendida, suelta amarras y se instala, con un número mayor de protegidas, en la *gran planta baja.*

Allí da un nuevo paso adelante en el sentido de la identificación con los pobres: empieza a mendigar en su lugar, en su nombre. Camino evangélico purísimo.

Cuando ella extiende su mano al pedir, interroga a la conciencia de la gente, y manifiesta el amor que Dios ha dado al mundo. Se instalan entonces en la casa de la Cruz, más espaciosa, con el concurso más amplio y más organizado de toda una ciudad: es como si muchos de sus conciuda-

danos se pusieran en camino con ella por la ruta de la caridad.

Paralelamente, la asociación de las Siervas de los Pobres comienza a tomar forma, pero en el momento en que todo parece ir adelante, le *roban su obra:* al dejar a otro la responsabilidad, conoce una nueva forma de desposesión, más radical.

La humilde sierva recibe un premio de la Academia francesa: más que una ayuda financiera, es la ocasión de hacer conocer a un gran público el esfuerzo emprendido. Juana no se encierra en un círculo religioso: entra a pie llano en relación con las organizaciones de este mundo al que Dios ama por entero.

En otros lugares también hay ancianos abandonados: ella acoge en su corazón a los de Rennes, y les da una casa. No posee ningún recurso: es una pura aventura de fe. Sabe que el amor del Padre está actuando y avanza con él.

Después de Rennes, Dinan, en donde se revela su ingeniosidad en la organización de la mutua ayuda. El visitante inglés admira su confianza intrépida.

Pasa después de una ciudad a otra, pidiendo incansablemente con el don que posee de ablandar los corazones y de arrastrar a los demás en el impulso de compartir lo que tienen. Totalmente desinteresada, salva muchas veces esta obra que no es ya la suya.

Después, en Tours, la vemos en un acto de misión: habla *tan sencilla y amorsamente de la Providencia* que es ella quien da la limosna: la limosna del Evangelio.

Angers nos ha dejado la impresión de una epopeya feliz, en la que la música militar acompaña a la certidumbre que tiene de cooperar con la ternura de Dios.

Sin embargo, en muy pocos años, *la pequeña obra* del comienzo se ha desarrollado, y su crecimiento se acelera. Las postulantes afluyen, a menudo llamadas por la misma Juana. Sin participar en los Consejos, ve cómo su humilde servicio de caridad toma cuerpo en una verdadera *congregación.*

Pero va a verse despojada nuevamente, al darse cuenta de que poco a poco va creándose una leyenda: mientras que la mantienen en la sombra de la casa madre, otro se hace llamar en adelante el *fundador* de las hermanitas de los pobres.

Durante este período central de su existencia vemos cómo se precisan los principales rasgos de su *espiritualidad,* es decir, de su modo propio y típico de vivir el Evangelio de Jesús.

La primera evidencia es que ella camina en presencia de Dios; vive toda su actividad con una viva conciencia de ser habitada, amada, conducida por Dios. *Sonnons en Dieu,* dice. Ella se en-

trega a Dios, lo espera todo de él: habla de su PROVIDENCIA por propia experiencia. Esta palabra, a menudo degradada por el uso, evoca para muchos la imagen de un Dios útil, esclavizado por los devotos; nada de esto es para Juana: presa del Amor viviendo del Amor, conoce su poder y su ternura; y se abre a él por la fe.

Esta fe en el Amor se expresa en una oración continua, humilde, audaz: no cesa de pedir, de INTERCEDER por los pobres, por los benefactores, por la obra que Dios le encarga cumplir. San José, atento a María y a Jesús, es para ella el signo de la atención amorosa de Dios para los ancianos pobres. Para ella, el mal de la injusticia y de la pobreza no es un problema sobre el que hay que interrogarse; es más bien tarea a la que hay que entregarse de todo corazón cooperando con el amor que Dios da al mundo.

La oración la introduce en el movimiento del amor, y lo pone en práctica. Ahora bien, el amor es ante todo compartir: sentir dolor por la miseria de los demás, encontrarse a su lado, vivir con ellos, sufrir con ellos, mendigar con ellos. Ella se hace naturalizar pobre: es el lugar del amor. Y este camino de compartirlo todo libera el poder del amor que cambia el mundo; y ella contribuye, con su actividad asombrosamente fecunda, a cambiar el mundo. Es el misterio de la MISERICORDIA. Juana entra en este misterio RE-

NUNCIANDO A SÍ MISMA, a toda posesión egoísta de sí misma o de su obra: el Espíritu de Dios, a través de las miserias humanas, la ha despojado completamente, para que viva cada vez más radicalmente el misterio de muerte y resurrección inscrito en ella por el bautismo: no yo, sino tú, Señor; no mi obra, sino la tuya; no mi felicidad inmediata, sino la alegría de los pobres, que son tú mismo.

Ésta es su POBREZA: no tiene que preguntarse según qué normas hay que vivir la pobreza evangélica: el movimiento mismo del amor la despoja, y de una doble manera: compartirlo todo con los pobres a los que sirve, y renunciar a toda posesión de su obra, de su éxito, de sus pobres. Ella no se preocupa de su propio pan; lo sabe: a quien vive según el Evangelio, esto le será dado por añadidura. Ante Dios y ante sus hermanos, el Espíritu crea en ella un corazón pobre.

Puesto que ella realiza la obra de Dios, no tiene que preocuparse de haber previsto metódicamente su seguridad, va resueltamente hacia adelante, de situaciones precarias a arriesgadas aventuras. *Dinámica de lo provisional:* empieza sin nada, se instala en un cuchitril incómodo, al cabo de varios meses encuentra una casa mejor, vuelve a trasladarse; llamada por los pobres que la esperan, entrega su confianza a tres mujeres muy jóvenes, que muy pronto se cargan de responsabilida-

des. Ella avanza en la PRECARIEDAD DE LA ESPERANZA, segura de Dios. Es el paso apresurado de la Pascua.

Ella dirige hacia los hombres y hacia el mundo una MIRADA AMPLIA Y CONFIADA: sabe que Dios actúa en este mundo pecador. Ve en él primero a los pobres, los más cercanos a Dios, miembros de Jesucristo de un modo eminente; pero ve también todas las posibilidades de ayuda mutua y de solidaridad dispuestas a manifestarse.

Atenta a la obra de Dios, VIVE EN LA ACCIÓN DE GRACIAS. Se maravilla ante la mutua ayuda de los pobres, como Isabelle Coeuru o el buen Brisart; gracias a ella su nombre se conservará para siempre. Da las gracias por la generosidad de los benefactores, por humildes que sean; *pide alabando a Dios.* Se asombra de ser tan amada y de ver que tanto amor, pasando por ella, se da a los pobres y transforma el mundo. ¿Será su larga meditación sobre el corazón de Cristo, desde los primeros años en la orden tercera, la que ha despertado en ella esta fe tan ciega y activa en el Amor?

* *
*

TERCERA PARTE

Recogimiento
1852-1879

24

La Piletière

(1852-1856)

En La Piletière, Juana Jugan va a adentrarse en la *pequeñez*, esta palabra que tanto le gustaba.

La que buscaba pan, la gran andariega de las carreteras de Francia, de ahora en adelante permanece inmóvil. Su nueva existencia, completamente sedentaria, se desarrollará primero en esta gran casa organizada recientemente a la entrada de Rennes. Está por una parte un asilo, con más de cien ancianos (en 1855 serán trescientos) y por otra la casa madre y el noviciado, cada vez más numeroso. En febrero de 1853 había en la casa noventa religiosas y sesenta y cuatro postulantes. Este año debía hacerse la primera fundación en Bélgica.

Sor María de la Cruz —en adelante ya no tendrá otro nombre, al menos en el interior de la congregación— está encargada de dirigir el trabajo manual de las postulantes. Una de ellas evoca la *bondad,* la *dulzura* que desplegaba con sus jóvenes hermanas: siempre había amado a las jóvenes y se había hecho amar de ellas. Sin duda, en la extraña decisión que la encerraba en la casa madre, fue una alegría para ella estar dentro de este medio joven y ferviente de las futuras herma-

nitas. "Nunca le oí decir la menor palabra que pudiera hacer suponer que ella había sido la primera superiora general. Hablaba con tanto respeto, con tanta deferencia de nuestras primeras *buenas madres* (= las superioras). Era tan pequeña, tan respetuosa en sus relaciones con ellas..."

Tal vez, en los primeros tiempos, sintiese el bienestar de un cierto reposo físico. Durante doce años había desplegado un inmenso esfuerzo. Pero parece que estaba afectada (como ya lo había estado anteriormente en casa de la señorita Lecoq) de *palpitaciones,* probablemente sin ninguna gravedad, que la molestaban a menudo. Un poco más tarde, habló de ello al padre Ernest Lelièvre[1]: "Tengo una enfermedad de corazón, no viviré mucho tiempo, estoy preparada... Estad tranquila, le respondió, no estáis a punto de morir, no os inquietéis..." En realidad, tenía aún ante sí veinticinco años de vida. Esta confidencia es preciosa: nos permite ver a Juana con una fragilidad que la acerca a nosotros.

Pero si el padre Lelièvre no nos lo hubiese contado años más tarde, no sabríamos nada de todo esto: fuerte en su debilidad, Juana guardaba para sí esta clase de preocupaciones, y nunca ha-

1. La antigua ortografía de este apellido: *Le Liepvre,* volvió a ser adoptada por la familia en 1888, un año antes de la muerte del padre Ernest Lelièvre, que no usó esta posibilidad.

blaba a las hermanas de su salud; ni lo hará tampoco cuando, mucho más tarde, sentirá las enfermedades de la vejez: discreta y alegre, nunca se lamentará de sus propias penas.

El padre Ernest Lelièvre (1826-1889), a quien acabamos de nombrar, se puso, como Paul Gontard, al servicio de las hermanitas (1855). Nacido de una familia de industriales del norte de Francia, doctor en derecho y en teología, aporta, además de su corazón y de su inteligencia, muchas relaciones y una fortuna: lo dará todo sin contar, y desempeñará un papel considerable en la expansión de la obra, primero en Francia y después en Inglaterra, Escocia, Bélgica, Malta, España, Irlanda, Estados Unidos, África del Norte, Italia. Morirá agotado a los 63 años. Siempre tuvo veneración por sor María de la Cruz; antes de cada uno de sus viajes, iba a confiarse a sus oraciones, y la tenía al corriente de sus esfuerzos.

Juana debía ver morir a muchas más jóvenes que ella. Así, le dijo adiós, en la misma Piletière, a Virginie Trédaniel (12 de agosto de 1853) a quien ella había acogido, muy joven, a petición de su tutor, sin saber entonces que se convertiría en una de las columnas de la *pequeña familia.*

Quizás el ver morir a esta hermana de 32 años, o al recordar las luchas y desasimientos que había vivido desde 1839, fue lo que le indujo a

decir a las postulantes: "Hemos sido injertadas en la cruz."

No había acabado aún de experimentarlo. En diciembre de 1853, fue nombrada miembro del consejo general, por decisión de las superioras. No era ni asistente, ni consejera, sino solamente una de las dos hermanas que podían ser llamadas al consejo. En realidad, durante veinticinco años (conservará este título hasta 1878) se anota una sola vez su presencia, en 1865; ya volveremos a hablar de ello.

Otra humillación: después de la aprobación de la congregación por el obispo de Rennes, no se la admitió inmediatamente para pronunciar los votos perpetuos que debían hacerle entrar de una manera más oficial en el estado religioso: sólo Marie y Virginie (la superiora y su ayudante) hicieron su profesión el 8 de diciembre de 1852. Juana fue llamada a hacerla dos años más tarde, en compañía de Madeleine Bourges y de otras varias. El 8 de diciembre de 1854 —el mismo día de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción— a los 62 años de edad, Juana Jugan expresó ante la Iglesia la donación irrevocable que ella ya vivía desde quince años antes, para no mencionar los veinte años que perteneció a la orden tercera.

Ella vivía estas penas en comunión con la cruz de Cristo. Sabía que sólo hay salvación en la

Pascua, muerte y resurrección. Y es muy probable que percibiese claramente el lazo vital que había entre esta muerte vivida en su corazón, a lo largo de los años, y la vida que brotaba en su familia religiosa.

El 12 de septiembre de 1852, el obispo de Rennes había pedido a la Santa Sede la aprobación de la congregación, cuyas constituciones acababa de aprobar él mismo. Se abrió una encuesta, bajo la dirección del cardenal della Genga: los obispos en cuyas diócesis hubiese una casa de las hermanitas de los pobres, tuvieron que expresar su opinión. El cardenal, desde el principio, ya había fruncido el ceño al ver el papel que se le atribuía al *superior general...* Finalmente, el 9 de julio de 1854, el papa Pío IX aprueba la congregación de las Hermanitas de los Pobres. Las constituciones siguen *ad experimentum*; habría que ponerlas a punto. El artículo que se refiere al *superior general* se deja de lado: será reexaminado. Mientras tanto el padre Le Pailleur permanecerá en su cargo como *promotor* del Instituto *ad beneplacitum Sanctae Sedis.* En enero del año 1855 el artículo referente al superior general fue suprimido definitivamente por Roma, pero las hermanitas no serán informadas de ello hasta el 1 de septiembre de 1867.

Desde el 2 de diciembre de 1852, Francia ya no era una república. El príncipe-presidente se

había convertido en emperador. La aprobación imperial podía ser útil al Instituto: así pues se pidió en 1855. Para completar el expediente, el prefecto de Ille-et-Vilaine pidió conocer "el estado del activo y del pasivo" de la casa madre. La respuesta no le satisfizo: "Para prevenir todas las dificultades, me veo obligado a remitirle el estado del activo y del pasivo de la comunidad de las hermanitas, rogándole que note que el activo no comporta ningún recurso que deba servir para la manutención y gastos de las hermanas, así como a los gastos de mantenimiento de los edificios, etc. El Consejo de Estado sin duda querrá saber si la comunidad posee rentas suficientes para hacer frente a todos los gastos obligatorios." El sutil prefecto había señalado una laguna importante y grave: ¡no había rentas! No tenían más seguridad que la oración... Debemos reconocer que se pedía al Consejo de Estado una opinión sobre un asunto que no era de su incumbencia: un asunto divino ni más ni menos.

La secretaria general de la congregación respondió a esta petición: "El activo de las hermanitas no presenta ninguna renta que deba servir para la manutención y gastos de las hermanas. No puede presentarla, porque no hay ninguna. Las hermanas, en cada establecimiento en el que son más o menos según el número de ancianos, se alimentan, igual que estos últimos, de las colectas

y las sobras de las comidas que les dan. En cuanto a sus vestidos, también proceden de la liberalidad (...) El noviciado ofrece algunas excepciones a lo que precede (...) Todas las personas admitidas contribuyen a sus gastos aportando una dote más o menos importante según la posición de su familia" (Por estas fechas había 36 casas y alrededor de 4000 ancianos).

Finalmente, por una intervención personal de la emperatriz Eugenia cerca del ministro del Interior, se concedió la aprobación: el decreto de Napoleón III lleva la fecha de 9 de enero de 1856.

¿Conoció Juana este decreto? No es evidente. Vivía entre las postulantes y no la tenían al corriente de los asuntos de la congregación.

Sin embargo, desde el lugar tan modesto que ocupaba, debió ver pasar muchos visitantes humildes o ilustres. En 1855, Louis Veuillot —que había hablado tan bien de ella en "L'Univers"— pasó algunos días en La Piletière, en compañía de su amigo Ernest Lelièvre: prematuramente viudo, acababa de perder una tras otra, en algunos meses, a tres de sus nietas.

A veces, Juana salía a la ciudad, para hacer algunas compras o visitas. Así, volvió a ver a la familia del señor René Guérin de La Grasserie que la había acogido tan bien en Rennes diez años antes: Raoul de La Grasserie, que entonces era muy pequeño, ha contado después que *la*

buena Juana lo sentaba sobre sus rodilllas y le prodigaba afectuosas caricias... Así pues, sor María de la Cruz vuelve a ver a sus antiguos amigos. Y en su casa, en esta época, estaba un pintor de talento, Léon Brune; las dos hijas de la casa posaban para él. Discretamente, hizo un esbozo de la hermana; después, pintó su retrato. Sin duda ella no lo vio nunca. Este cuadro [2] es precioso para nosotros. Manifiestamente no la embellece, no disimula una cierta rudeza de sus rasgos; pero no hay nada vulgar en este rostro dibujado firmemente, con la nariz recta, los pómulos elevados, la tez morena, la expresión grave; pero se adivina que las comisuras de sus labios se curvan de buen grado para sonreír amigable o maliciosamente. La mirada penetra más allá de las cosas, pero está presta a encontrar otra mirada... Juana parece que lleva muy bien sus 63 años.

Ha luchado mucho, ha sentido mucha compasión, ha sufrido mucho: *hemos sido injertadas en la cruz.* Pero, "como si viese al Invisible", sabe que la ternura es más fuerte que la muerte.

2. Léon Brune hizo él mismo dos copias de este cuadro, pero han desaparecido. El original fue conservado con veneración por la familia de la Grasserie que, según parece, le reprochaba a la congregación el que fuesen infieles al recuerdo de la fundadora. Sin embargo se reanudaron los lazos con la señorita Renée Guérin de La Grasserie, poco tiempo antes de su muerte. Y ella legó el retrato a la congregación (1972). La portada del libro reproduce esta pintura.

FUENTES DEL CAPÍTULO 24

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Scholastique según sor Germaine de Sainte Lucie, sor Adeline de Marie sor Ignace de Sainte Marie, sor Saint Stanislas. Cartas del padre Lelièvre (4 de mayo de 1871, 1 de septiembre de 1879). Correspondencia con los poderes públicos y decreto imperial del 9 de enero de 1856.

Livre du conseil général y *livre de fondation* de la casa de Rennes.

Archives de l'archevêché de Rennes. Aprobación de las hermanitas de los pobres y correspondencia con la Santa Sede.

Archives familiales de La Grasserie. Notas referentes a las relaciones con Juana Jugan.

Estudios

L. Baunard, *Ernest Lelièvre et les fondations des Petites Soeurs des Pauvres d'après sa correspondance,* Poussielgue, París, 1904.

A. Leroy, op. cit.

25

La Tour Saint-Joseph
(1856-1864)

La ola de postulantes era cada vez mayor. Y la Piletière resultaba demasiado pequeña. Había que encontrar una casa más grande, y esta vez en ella sólo pondrían el noviciado y la casa madre.

En enero de 1856 se puso en venta una gran posesión: La Tour, en Saint-Pern, al norte de Rennes. Costaba 212000 francos y sólo tenían 18000. El padre Gontard vendió una de sus propiedades, y el padre Lelièvre, que acababa de llegar, pagó el resto. Desde los primeros arreglos necesarios hasta la reconstrucción del edificio principal pasando por la construcción del inmenso edificio destinado a albergar hasta seiscientas novicias y postulantes, hubo más de veinte años de trabajo. Cada mañana podría verse cómo los grupos de obreros, por las carreteras de la región, se dirigían desde las localidades vecinas a la gran obra en construcción.

Las tres primeras hermanitas llegaron el 1 de abril de 1856: se celebraba precisamente la fiesta de san José, que este año se había trasladado. La propiedad recibió naturalmente el nombre de la Tour Saint-Joseph. Veintisiete novicias llegaron a finales de abril y el grupo de las postulantes en ju-

nio. Sor María de la Cruz debió unirse a uno de estos dos grupos.

Parece que no se le dieron funciones determinadas; según las necesidades, ayudaba un poco a la madre maestra y a la hermana submaestra del noviciado.

Viéndola vivir allí, tan oculta, vamos a presentir un poco de la profunda sabiduría que la habita, y que en adelante va a compartir con sus jóvenes hermanas.

Pero, ¿qué acontecimientos era posible vivir en La Tour? ¿Qué podía llevar a la reflexión?

En primer lugar, estaban los días extraordinarios de la casa en sí.

El 25 de julio, monseñor Brossais Saint-Marc fue a inaugurar el nuevo edificio. Presidió, al aire libre, la profesión de veintitrés novicias. Asistieron al acto muchos amigos de la casa, entre otros el señor y la señora de Falloux, actualmente vecinos cercanos (Frédéric de Falloux se había casado con Charlotte de Caradeuc de La Chalotais y su castillo de Caradeuc, en Bécherel, estaba sólo a media legua de La Tour). Los periódicos publicaron la noticia del acontecimiento. En el "Journal de Rennes" del 28 de julio, podía leerse: "Como testigos de esta solemne toma de posesión de La Tour, en adelante destinada a formar hermanas para los pobres, todas las superioras de las cuarenta casas en las que actualmente

las santas mujeres, inspiradas en el ejemplo de la modesta Juana Jugan, han erigido la caridad en principio y en acción."

Las fiestas, las ceremonias de toma de hábito y de profesión se sucedían a lo largo de los años y llevaban a La Tour a grupos de amigos y parientes de las hermanas. Se llamaba a diferentes obispos conocidos de la congregación. Así, en 1857, monseñor Maupoint, antiguo amigo, que acababa de recibir la ordenación episcopal como obispo de La Réunion, acudió para poner la primera piedra del nuevo edificio del noviciado.

El miércoles 3 de junio de 1857, La Tour recibió una visita: la de una americana de Cincinnati, gran viajera, la señora Sarah Peter. Se interesaba mucho por las hermanitas —deseaba que fuesen a los Estados Unidos —y quería conocer su casa madre. Cuenta, en una carta bastante entusiasta, cómo la condujeron en un "coche bretón" de La Piletière a La Tour. Allí encontró a Juana Jugan, "la modesta sirvienta bretona que empezó la orden". Explica, como se lo han contado, que Juana "dimitió de la dirección de la pequeña congregación hace algunos años, y permitió a Marie Jamet ser la superiora general". Y añade, llena de admiración: "¡Haber encontrado a Juana y haber apreciado su modestia, su profundo valor, ya vale el viaje!" Ha subrayado la sencillez de las hermanas: "Una condesa polaca y

una marquesa belga" están mezcladas con las demás, sin que se las pueda reconocer. Y ¡qué valor! "Ningún trabajo parece asustarlas. Actualmente, ayudadas por los obreros, construyen con sus propias manos su casa de piedra (...) ¡Con qué fervor ruego para que puedan venir a nuestro país!"

Había también días tristes. En otoño del mismo año, cuatro novicias y una postulante murieron de fiebre tifoidea. Desecaron dos pequeños lagos, a los que hicieron responsables de esta enfermedad.

Estos acontecimientos iban ritmando la existencia, en lo sucesivo un poco ensombrecida y monótona, de Juana Jugan. En junio de 1858, entró a ocupar por muchos años, en el nuevo edificio del noviciado, el cuarto de la campana, que compartía con dos novicias.

¿Qué noticias llegaban hasta la tranquila soledad de La Tour? Tal vez, en 1859, se enteró de la muerte de un pobre cura párroco de la región de Lyón que, durante muchos años, había atraído a su confesionario una ola continua de penitentes... El mundo cambiaba. A costa de enormes trabajos, ahora unos caminos de metal cruzaban los campos; y unos tiros humeantes corrían por ellos, ¡más rápidos que el caballo! En 1861 se inauguró la línea Rennes-Saint-Servan; Juana, sin duda, no la utilizó nunca.

También había las noticias referentes a la congregación: sor María de la Cruz debió sin duda sentir una gran emoción al saber que en 1863 se había hecho la primera fundación en España.

Al año siguiente, se produjo un acontecimiento familiar, que tal vez la hizo sonreír: su hermano Louis-Julien, que era viudo, volvió a casarse a los 74 años con la viuda de un marinero muerto en Terranova.

Juana tenía un mensaje que transmitir. Aunque fuese humilde y oculto, nos ha llegado su eco por las hermanas, novicias o postulantes que quedaron marcadas por él.

Así, compartiendo con ellas su experiencia de las humillaciones y de las oposiciones, les decía: "Hay que ser como un saco de lana, que recibe la piedra sin resonar." Dejarse moldear por Dios usando bien los acontecimientos que pueden purificarnos, liberarnos... Un día, comentando una lectura les dijo a unas jóvenes: "Acaban de oír que hay que hacer penitencia. ¿Qué quieren decir con esto? ¿Cómo hay que hacer penitencia? Por ejemplo, dos hermanitas van a hacer la colecta; van cargadas, llueve, sopla el viento, se mojan, etc. Si aceptan estas incomodidades generosamente, con sumisión a la voluntad de Dios, ¡hacen penitencia!" Puede reconocerse aquí la doctrina discreta y verdaderamente espiritual de la

orden tercera eudista. ¿Existen otras huellas de la influencia de la orden tercera? Juana hacía que añadiesen al *Acordaos* la oración que tanto le gustaba a san Juan Eudes: "Haced, oh Virgen Santa, que aquel que para salvarnos quiso nacer de vos, reciba también por vos, nuestras humildes súplicas" (traducción del *Monstra Te esse Matrem*).

Estaba siempre atenta a las personas que la rodeaban; adivinaba sus penas o sus fatigas: "Cuando yo era postulante recién llegada, dice una de ellas, sor María de la Cruz me llamaba su *pequeño acólito;* estaba atenta a todo. Una mañana, a la hora del examen, yo volvía de arrancar unos troncos de col. Sor María de la Cruz vio que estaba empapada en sudor; me hizo cambiar para que no me pusiera enferma."

Durante todos estos años la vemos muy alegre; canta muy a menudo (como en los tiempos en que explicaba el catecismo en Saint-Servan con la buena señorita Lecoq). Muchas personas tienen de ella recuerdos como éste: el día de Navidad (1864) sor María de la Cruz pasa cerca de un grupo de postulantes. Contentas de verla, las jóvenes se agrupan a su alrededor. Entonces se pone a cantar con ellas: *Ha nacido el Niño Divino...*

Un día un célebre compositor de cánticos hizo una visita a La Tour. Era el padre Her-

mann, carmelita, un hombre de Dios que desempeñó un papel importante en su orden en Francia. Las hermanas conocían un poco la hermosa historia de este judío alemán, Hermann Cohen (1821-1871) que había sido pianista muy joven, un niño prodigio, brillante discípulo de Listz; más tarde, en 1847, un toque de la gracia le había hecho cambiar repentinamente, se convirtió a la fe cristiana y desde entonces su fama y la admiración que despertaba eran grandes. En La Tour, encontró a sor María de la Cruz, en medio de las novicias; ella reconoció su nombre: "Padre, le dijo, ¿sois vos que cantáis tan bien?... ¿Querríais tener la bondad de cantar un cántico a estas jóvenes novicias? —Sí, hermanita; soy más feliz de saber obedecer que de saber cantar." Obedeció, en efecto, y cantó para alegría de todas, su cántico: *¿Es posible verte, divina Eucaristía?*. Así Juana humildemente participaba en la vida de las jóvenes; las quería y ellas la querían también.

Sin tener responsabilidades precisas, en las humildes tareas de la comunidad, vivía y compartía su fe. Presencia que ama y reza en medio de las que se han ofrecido a seguir el camino de humilde servicio que ella misma había abierto en 1839.

*
* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 25

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Claire du Saint-Esprit según sor Alexis de Sainte Thérèse, sor Marie-Pierre según sor Adeline de Marie, sor Octavie Joseph según sor Martine de Sainte Thérèse, sor Saint Bruno según sor Aimée de Saint François, sor Ange de Tous les Saints, sor Blanche de Sainte Marie, sor Paule-Thérèse. *Livres de fondation* de la casa madre y de la casa de Rennes.

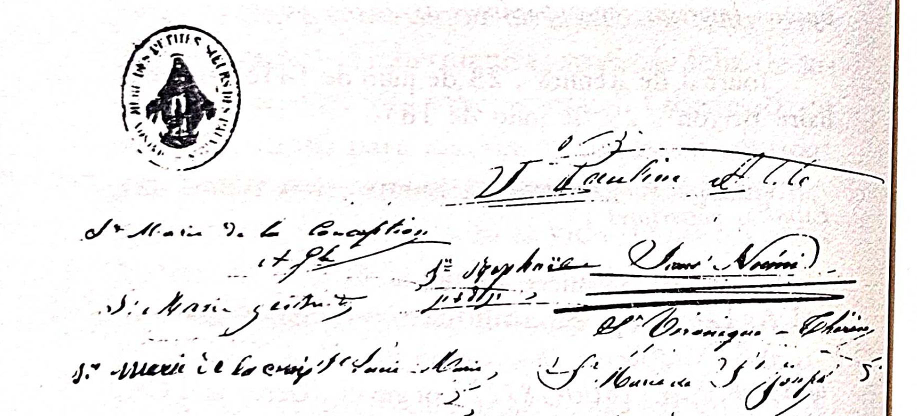
Archives municipales de Cancale. Registros del estado civil.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

"Journal de Rennes", 28 de julio de 1856. "L'auxiliaire Breton", 29 de julio de 1856.

Estudios posteriores

C. de la Corbinière, op. cit.
A. Leroy, op. cit.
A.S. McAllister, *In winter we flourish. Life and letters of Sarah Peter (1800-1877)* Longmans, Green and Co., Nueva York 1939.
Dictionnaire de spiritualité (Beauchesne), art. *Hermann* (Hermann Cohen, llamado el padre Hermann).



Documento del 19 de junio de 1865 en el que aparece la firma de sor María de la Cruz.

26

Sin rentas fijas (1865)

Sor María de la Cruz, "erguida, apoyada en un gran bastón (...) recorría los prados y los bosques de La Tour Saint-Joseph dando gracias a Dios (...) y cuando veía a los viejos amigos que habían conocido algo de los comienzos de la obra (...) cantaba su *Magnificat.* Era verdaderamente elocuente en su sencillez." Así la describe Léon Aubineau, que sin duda la vio en la profesión de su cuñada, el 29 de septiembre de 1865.

Tiene ya 73 años; conserva su silueta alta y delgada.

Se la mantiene cuidadosamente apartada de las responsabilidades; nunca la llaman al consejo general, del que nominalmente forma parte desde hace doce años.

Una vez, sin embargo, tomó parte en una deliberación del consejo de su congregación. Su firma da fe de ello.

Era el 19 de junio de 1865.

Se había presentado un problema importante. Un problema que afectaba a la esencia misma de la vocación de hermanita de los pobres. Se trataba del régimen de pobreza y del apoyo exclusivo en la Providencia de Dios. Hasta aquel mo-

mento, habían querido depender enteramente de la caridad, sin apoyarse en ninguna seguridad, sin contar con rentas fijas. Ningún texto lo prescribía explícitamente, pero era la consecuencia lógica de la colecta instaurada por Juana: hacerse pobre con los pobres, y con ellos, confiarse totalmente a Dios. Éste era su espíritu.

Es cierto que habían adquirido casas. La misma Juana había participado activamente en la compra de la casa de la Cruz en Saint-Servan, y en la del convento de los capuchinos en Dinan; y había contribuido con sus colectas a las adquisiciones posteriores. Estas casas constituían "el patrimonio de los pobres".

Desde el comienzo habían aceptado algunas rentas fijas y *fundaciones,* ya que a veces ésta era la forma que adoptaba la caridad de la que querían depender. En 1851, la casa de Saint-Servan contaba con 2300 francos de ingresos (con un presupuesto que sobrepasaba los 12000 francos); el mismo año, la casa de Dinan recibió un fuerte legado de 10000 francos, a colocar "en renta del estado" para constituir una "donación perpetua"; este dinero, entregado al municipio, fue invertido por éste y cada año les daba un interés de 500

Fachada de la casa de La Tour, en Saint-Pern, → cuando instalaron la casa madre y el noviciado de la congregación, en 1856 (cf. pp. 222ss).

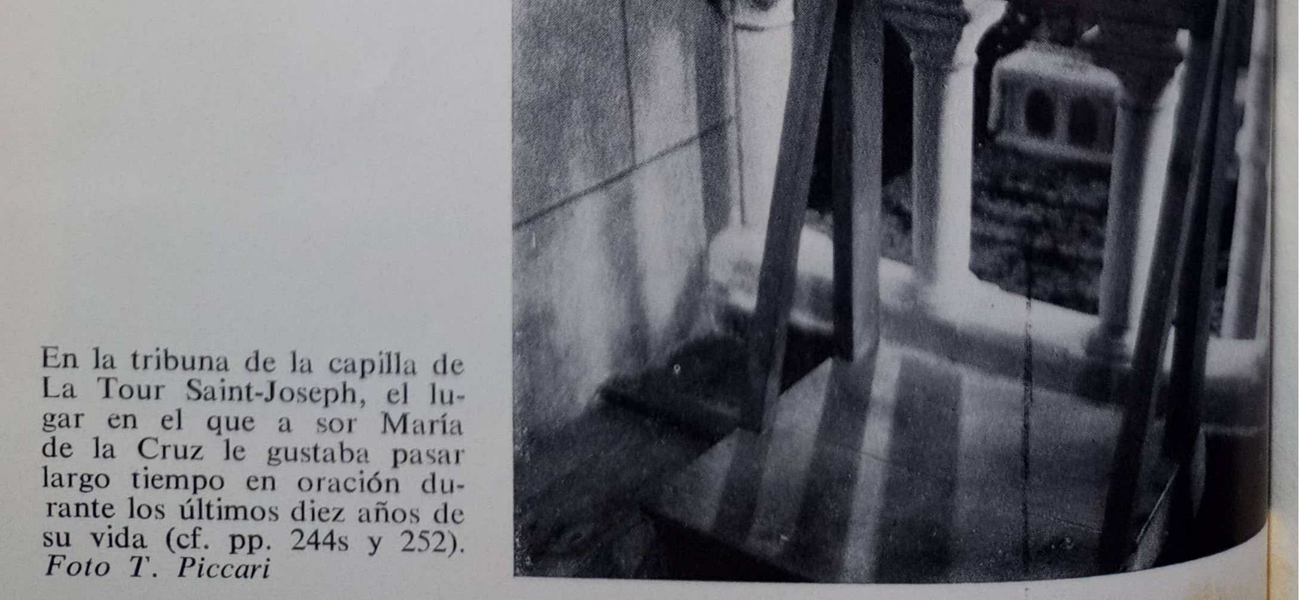




Escena de vida hospitalaria en Londres por James Collinson
(cf. explicación en p. 314).



Esta fotografía, la única conservada de sor María de la Cruz, data probablemente de los años 1870-1871. Juana tiene entonces casi 80 años (cf. pp. 247-248). *Foto Gilbert el mayor, reproducida por A. Maurice*



En la tribuna de la capilla de La Tour Saint-Joseph, el lugar en el que a sor María de la Cruz le gustaba pasar largo tiempo en oración durante los últimos diez años de su vida (cf. pp. 244s y 252). *Foto T. Piccari*

francos[1]. Pero estas seguridades sólo habían constituido una pequeña parte de los bienes necesarios, y parece que siempre se habían considerado como excepciones. En 1855, habían respondido aún a una pregunta del prefecto de Ille-et-Vilaine sobre las rentas de la congregación... que no las tenían y que todo procedía de la colecta. Era su principio.

Ahora bien, ya han pasado diez años; ya estamos en 1865. La congregación recibe un legado de 4000 francos, después de otros muchos. Una vez más, se plantea la pregunta: ¿hay que aceptarlo o rechazarlo?. En esta época, un amigo de las hermanitas, el conde de Bertou, las ayudaba en la gestión financiera. Y él les dio la voz de alarma: "Si me permiten decir humildemente mi opinión, escribió, no deben aceptarlo si no es con la autorización de alienar la renta para utilizar este capital en el pago de su casa (de París). Solamente deben poseer los inmuebles en los que habitan y, en lo restante, vivir de la caridad cotidiana. Si se creyera que las hermanitas tienen rentas, perderían su derecho a la caridad que hacía vivir a los israelitas en el desierto, y si alguna vez almacenasen el maná, el maná se pudriría entre

1. Este dinero le fue entregado a la municipalidad porque la congregación, como aún no tenía personalidad civil, no podía poseer nada. Recordemos que fue reconocida por la autoridad imperial en 1856.

sus manos, como en otro tiempo le ocurrió al pueblo de Dios..."

Se comprende mejor el valor de esta duda en materia de seguridad económica, si se sitúa en su contexto: el gran impulso del capitalismo moderno en Francia. En estos años del segundo imperio, se percibe una especie de agitación febril en torno al dinero y los negocios. Toda la literatura habla de ella: la misma condesa de Ségur escribe *La Fortuna de Gaspar.* Se fundan o se desarrollan los grandes bancos: el Crédit Lyonnais nace en 1863, la Société Générale en 1864. En 1865, una ley introduce el uso del cheque en Francia. Se crean empresas, se lanzan sociedades por acciones, se constituyen poderosos grupos financieros. Vemos cómo se amasan colosales fortunas. Entre el 50 y el 69, la bolsa de París ha triplicado el número de los valores cotizados: "La bolsa fue para esta generación, lo que eran las catedrales en la edad media" (A. Dumas hijo).

Y precisamente en este momento, en 1865, las hermanitas de los pobres van a tomar y a notificar a los poderes públicos la decisión solemne de no aceptar ninguna renta fija.

Han pedido su opinión a varios obispos y después se ha reunido el consejo general.

Y a esta reunión, cosa inaudita, se convoca a sor María de la Cruz. Sorprendida, parece que primero se excusó: "No soy más que una pobre

mujer ignorante; ¿qué puedo decir?" Pero insisten. "Ya que lo desean, obedeceré." Y da su opinión, con firmeza. Es necesario, dice, continuar no aceptando ninguna renta fija, dependiendo de la caridad. Finalmente, esta orientación es la que prevalece.

Inmediatamente la notifican a todas las casas. La circular precisa "que la congregación no podrá poseer ninguna renta, ningún ingreso fijo a título perpetuo, y que por consiguiente, rechazaremos todo legado o donativo que consista en rentas o gravamen de fundación de camas, misas, o también con cualquier otra obligación que exija la perpetuidad." Las hermanas de los pobres quieren continuar viviendo la *dinámica de lo provisional* que han elegido desde el principio.

Especialmente, el consejo redactó una carta dirigida al ministro de Justicia y de los Cultos, para notificarle esta decisión. Esta carta es la que lleva también la firma de sor María de la Cruz[2]. El gobierno daría su consentimiento oficial en enero de 1866; y haría constar legalmente la negativa a aceptar el legado por el que se había planteado la cuestión. Juana se sintió muy feliz con esta decisión. Veía en ella una respuesta a su constante plegaria. Un poco más tarde, aún exhortará a las jóvenes a rezar "para que no cedan a

2. Véase documento de la página 230.

las instancias de los que querrían darnos unas rentas".

Velaba sin cesar, con su oración, por la congregación que de ella había nacido, y muy especialmente por la fidelidad de esta familia a su vocación particular de pobreza y de fe. Sin duda esta oración asidua, esta larga vela, esta espera indefectible, son las que han permitido que el Espíritu de Cristo, llegado el momento, dijese por ella las palabras decisivas y mantuviese a las hermanitas de los pobres en la línea recta de su originalidad espiritual.

*
* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 26

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Saint Albert, sor Véronique de Saint Joseph. Carta al ministro de Justicia, 19 de junio de 1865 y decreto imperial, 9 de enero de 1856. Legados Néel de la Vigne y Borgnis-Gallanty. Nota del conde de Bertou. *Livres de fondation* de las casas de Saint-Servan y de Dinan.

Archives municipales de Saint-Servan. Deliberaciones del consejo municipal (1845). Correspondencia del alcalde (1845-1854).

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

J. Lesage, *Mémoires...*, ya citado.

Estudios posteriores

C. de la Corbinière, op. cit., con el prólogo de L. Aubineau.

A. Leroy, op. cit.

A. Plessis, *De la fête impériale au Mur des Fédérés*, Seuil, París, 1872.

27

En el cuarto de la campana (1866-1869)

Juana, desconocida en su comunidad, era en cambio un personaje ilustre a los ojos de muchas personas.

En Saint-Servan, ciudad que había abandonado hacía mucho tiempo, no la habían olvidado: estaban orgullosos de ella. El 28 de mayo de 1866, el consejo municipal decidió dar su nombre a la calle donde está la casa de la Cruz: ya no se llamaría *calle Vigne-au-Chapt* sino *calle de Juana Jugan.* Juana se enteró de la noticia y se disgustó. Un día, el padre Collet, párroco de Saint-Servan, fue a verla. Ella le suplicó que interviniese para que su nombre no se quedase en esta calle: habría que llamarla *calle de la Providencia,* dijo Juana. De hecho, en la congregación, el secretariado recibió la consigna —pero no para complacerla— de ignorar esta innovación y dirigir las cartas, como antes, a la *calle Vigne-au-Chapt.*

También en Saint-Pern, muchas personas la veneraban y concedían un gran valor a su oración. Ella vivía de fe y dirigía a Dios una súplica continua. Así, rezaba y hacía rezar por los obreros que trabajaban en la construcción de la casa y de la capilla, "para que no tengan ningún accidente". El 3 de enero de 1867, un joven techador, queriendo sacar la nieve que impedía el trabajo en el campanario de la capilla, resbaló y sufrió una terrible caída: rebotó en un techo inferior, y cayó sobre un montón de arena, ante los ojos de su propio padre. Su caída no tuvo más consecuencias que dos meses de cama y un poco de sordera en un oído. También han contado otros dos hechos análogos[1]. El hijo de uno de estos obreros salvados se hizo después sacerdote; y ha contado este recuerdo: "Aún oigo a mi madre decirme: ¡Es un milagro, gracias a la fundadora de las hermanitas de los pobres!"

Al año siguiente, una madre de familia, la señora Tostivint, entró en la capilla con sus hijos. Llevaba en brazos a uno de ellos, aunque ya tenía cuatro o cinco años: todavía no andaba. La madre deseaba y pedía que se curase. Rezó delante del altar de san Pacífico (un mártir romano cuyas reliquias habían sido donadas a La Tour, cuatro años antes, por mediación del superior general de los hermanos de San Juan de Dios). Después de rezar salió de la capilla siempre con el niño en brazos. Se encontró con Juana. Parece que ésta lo tomó un momento en sus brazos, y después lo dejó en el suelo diciendo: "¡pequeño, pesas mucho!" En todo caso, le puso en las manos su bas-

1. Cf. *Positio super virtutibus*, p. 384.

tón y él echó a andar solo, ante la mirada maravillada de su madre: "¡Juanito anda! ¡Anda con el bastón de Juana Jugan!"

Estos hechos nos manifiestan la veneración y la confianza que la gente de la región tenía a Juana.

La congregación continuaba creciendo rápidamente. En marzo de 1867 había en La Tour cien postulantes. Este mismo año se abrió en Toulon (Francia) la casa número cien. En 1868 empezaron las fundaciones en África del Norte, en Irlanda y en América, (en estos dos últimos países, fueron en buena parte obra del padre Lelièvre). El 8 de octubre de 1868, once años después de la visita de la señora Peter, un grupo de hermanitas marcha por vez primera hacia los Estados Unidos: fue un acontecimiento en La Tour y un acontecimiento en el corazón de Juana. En 1869 tuvo lugar la primera fundación en Italia. Juana seguía cada uno de estos avances en su continua súplica mezclada de acción de gracias. En marzo del 68, Eulalie Jamet escribe desde Madrid: "Gracias a la hermana María de la Cruz por las novenas que reza. Le suplico que continúe."

Sí, Juana velaba cerca de Dios; no interrumpía su oración. Intercedía especialmente por las postulantes que veía llegar, en gran número, a La Tour y cuya vida compartía.

Deseaba y procuraba ayudarlas a convertirse en verdaderas *hermanas* para los pobres, dóciles en la mano de Dios, transparentes al Amor que, por medio de ellas, quería darse a los pobres.

Juana, que siempre tuvo un porte tan firme y digno, deseaba que sus jóvenes hermanas supiesen expresar, en su porte y en su modo de andar, su ser espiritual profundo. Pero a veces eran un poco agitadas, irreflexivas... Otras veces tenían algunos modales más o menos afectados. Sor María de la Cruz las reprendía dulcemente, y a veces con firmeza. Un día, viendo que una hermana joven tenía unos ademanes un poco mundanos, le dijo a una novicia: "Enséñele a esta joven cómo debe andar y comportarse en la colecta una hermanita." En un pasillo se cruza con sor Claire que iba corriendo a toda prisa; la detiene: "Deja a alguien detrás de usted, hermanita." Sor Claire se vuelve, intrigada: "Perdón, hermanita, no veo a nadie... —Sí, está Dios. Él la deja correr delante, porque Nuestro Señor no andaba tan deprisa y no se apresuraba como usted..." Se advertirá la referencia evangélica al Señor Jesús. Para ella es una especie de reflejo que forma parte de sí misma.

En otra ocasión, le dice a una joven hermana (que más tarde fue la responsable de formación): "Si quiere conseguir que las hermanitas estén sosegadas (...), hágales pensar que, por ser las espo-

sas de Nuestro Señor, están siempre con él; a él no le gusta el alboroto. Pensar que Nuestro Señor está junto a ellas les hará más bien que las mayores exhortaciones."

Algunas de sus intervenciones —muy excepcionalmente— parecen haber sido menos afortunadas. Para probar la fe y la obediencia de una novicia, dicen que le mandó regar un árbol muerto, cosa que irritó un poco a la hermana Paule, responsable del trabajo. En realidad, parece que Juana abandonó muy pronto esta clase de prácticas, que se usaban entonces en los noviciados, pero que entran muy poco en su línea, tan humana, tan verdadera, tan libre... De cualquier modo, Juana creía que las postulantes, al aceptar consejos y enseñanzas, se dejaban moldear por el mismo Dios, para ser más sumisas a su servicio. Una hermana ha contado que un día, sor María de la Cruz la llamó junto a una ventana abierta desde donde se veía a los obreros tallando las piedras para la capilla (empezada en 1861); y le dijo: "¿Ve estos obreros que tallan la piedra blanca para la capilla? ¡Qué hermosa la dejan; es necesario dejarse tallar así por Nuestro Señor!" Otro día, pasaba por delante de un matorral de rosas: "Ve, le dijo a una joven, estos rosales son silvestres. Usted también es un arbolillo silvestre. Pero si se deja formar bien, se convertirá en una hermosa rosa formada por el amor de Dios. Es

preciso dejarse humillar. En lugar de quedarse replegada en sí misma, suba hacia Dios."

Durante el año 1869, parece que sor María de la Cruz, aunque entonces ya era anciana, estuvo temporalmente encargada de las postulantes. Animaba los recreos. Durante el día estaba generalmente en la sala de costura, en la que tejía medias de lana negra; pero ya tenía mal la vista y no podía hacerlo durante mucho tiempo. Todas recuerdan su amabilidad: "Era para nosotras una madrecita, a la que queríamos mucho..." Cuando se cruzaba con un grupo, tenía para ellas siempre una palabra amable. Si tenían frío, Juana se las llevaba con ella al jardín para que se les calentasen los pies; para dar ritmo a su andar, les hacía decir, marcando el ritmo con su bastón, una especie de cantinela:

¡Un deux trois
Marche aujourd'hui
Marche demain
Marche toujours
Tu feras du chemin!

Le gustaba reír y hacer reír. "¿Cómo se llama, hermanita? —Sor Pascaline— Los buenos ancianos, en las casas, le llamarán sor Percalina", y todas se echan a reír.

En sus conversaciones hablaba a menudo de

las personas de edad. Y entonces lo hacía con un estremecimiento de todo su ser: constituían su vida. "Nuestra felicidad, decía con una nota de entusiasmo, consiste en ser una *hermanita de los pobres* (y hay que dar todo su sentido a cada una de estas palabras). Hacer felices a los pobres, es todo (...) Nunca hay que importunar a un pobre anciano. Debemos *mimarlos* tanto como sea posible."

Insistía a menudo sobre la oración por las intenciones de los benefactores: que sea una verdadera oración, personal y responsable: "... Van a rezar el rosario por nuestros benefactores. ¡Qué agradecimiento les debemos! Sin ellos, ¿qué podríamos hacer por nuestros queridos ancianos? ¡Recemos, recemos bien!"

Como santo Domingo, como el cura de Ars, "*gemía* por la pérdida de las almas, sobre todo de las almas de los ancianos." A menudo, muy a menudo, les decía a las jóvenes: "Llamad, llamad a la puerta del Cielo por las almas!" O bien recomendaba a una persona en particular: "¡Rezad para que esta alma se convierta!" Según nos dicen, tenía "una debilidad por los presos y los condenados a muerte".

Ponía sin dificultad a la Eucaristía en el centro de su vida, y la Eucaristía, a sus ojos, era universal. Invitaba a las hermanas a recitar el *Pater noster* a la vez que el sacerdote (entonces no se po-

día rezar en común). "Les explicaba toda la eficacia de estas peticiones unidas a las de Nuestro Señor, cuyo lugar ocupa el sacerdote." Y por la noche, cuando no dormía, se unía a las misas celebradas en los países lejanos.

Parece que vivía una vida de fe muy consciente, constante, sencilla, despojada; lo vivía en una familiaridad espontánea con Dios, generalmente poco sensible, todo siempre de acuerdo completo con él. El lazo vital que la une a él pasa por la pobreza: la pobreza de la renuncia a sí misma la remite enteramente a aquel en quien ha puesto su confianza; y la pobreza económica, querida firmemente para su familia espiritual, le hace esperar su subsistencia del Amor mismo que la ha suscitado y que por ella se da para compartir con los pobres ancianos.

*
* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 27

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Cartas y fragmentos de las primeras hermanitas de los pobres: Marie

Jamet, Eulalie Jamet. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Claire du Saint Esprit según sor Alexis de Sainte Thérèse, sor Epiphane Joseph según sor Marie de Saint Martin, sor Gabrielle Thérèse según sor Bernardine de l'Epiphanie, sor Thérèse de la Conception según sor Louise de l'Immaculée, sor Ursule según sor Delphine de Saint Jean, sor Alexis de Sainte Thérèse, sor Blanche de la Conception, sor Cécile de la Nativité, sor Céline de l'Ascension, sor Éléonore de Saint Paul, sor Ludivine de la Croix, sor Maria de Saint Maurice, sor Marie Lambertine, sor Marie Octavie, sor Michel Arsène, sor Pascaline, sor Saint Albert, sor Sainte Eusébie, sor Saint Michel, sor Siméone Joseph, sor Thérèse Augustine, sor Virginie Marie. Otros testimonios: Mons Collet, 6 de diciembre de 1895, Can. Durand, 14 de agosto de 1961, Marie-François Tostivint, 5 de abril de 1935, Can. Desiré Tostivint, 13 de octubre de 1923. *Livre de fondation* de la casa madre. Cartas del padre Lelièvre.

Archives municipales de Saint-Servan. Deliberaciones del consejo municipal.

Estudios posteriores

L. Baunard, op. cit.

28

La habitación de la enfermería (1870-1872)

En 1870, Juana se aloja desde ya hace algún tiempo en la *la habitación de la enfermería,* que ocupará hasta su muerte. Es una habitación grande, en el centro del cuerpo de edificio principal del noviciado, en el primer piso; basta cruzar el pasillo para encontrarse en la tribuna de la capilla. Vive allí con otras tres hermanas. Toma allí sus comidas, sola, lo que le evita tener que bajar las escaleras; porque camina con dificultad a causa de una llaga en la pierna. Una novicia está encargada de cuidarla, le hace la limpieza, le trae sus comidas.

Hacia esta época se tomó una fotografía de Juana[1]: alta, derecha, con la cabeza un poco hacia atrás y los párpados un poco caídos a causa de la

1. Esta única fotografía de Juana lleva el nombre de Gilbert el mayor, pintor fotógrafo, calle de Bel-Air, 6 bis, Rennes. Se ha emitido la hipótesis de que había sido tomada después de la muerte de Juana, a causa de la expresión un poco extraña que le dan sus ojos semicerrados. En realidad, parece que data de los años 70-71. En efecto, en el 72, el *Almanach des Adresses* de Rennes menciona: "Le Michel, sucesor de Gilbert, 6 bis, calle de Bel-Air, Rennes." Y se ha encontrado una foto de la superiora general tomada antes del 21 de abril de 1872, y firmada Le Michel, sucesor de Gilbert. Así pues la foto de Juana fue tomada antes, en los tiempos en que Gilbert aún ejercía.

enfermedad que, cada vez más, le impedirá abrir los ojos totalmente.

Sigue particularmente unida a las postulantes, que ya son entonces más de cien. Está con ellas en la sala de costura, anima sus recreos, porque está llena de vitalidad.

A estas hermanitas, sus *benjaminas,* como decía, les dedica una atención amorosa, proporcionada a cada una de ellas, preocupada por su equilibrio y su bienestar. Si ve una cara triste y tensa, le pregunta dulcemente, le aconseja un paseo... Si encuentra a una joven hermana en el jardín, que lleva un fardo demasiado pesado o que empuja una carretilla demasiado cargada, sobre todo si se trata de una joven de la ciudad, poco habituada a estos trabajos, interviene discretamente junto a la hermana responsable. Un verano, la hermanita que la cuidaba trabajaba en la trilla, bajo el sol y entre el polvo, ella la mandó a buscar: "Hace mucho calor, está cansada, necesita descansar; siéntese a coser, voy a buscar cuanto necesita." Cada día dos hermanitas iban a buscar el correo a Bécherel; si llovía, sor María de la Cruz se aseguraba de que no se hubiesen mojado: "Miren, mis pequeñas, deben ser muy sencillas con sus superioras, no deben ponerse enfermas por su culpa, porque su salud no les pertenece, sino que es de Dios que quiere la empleen para cuidar al pobre..."

Esta foto inspiró al pintor de Bruselas Ernest Wante (que no había podido ver el cuadro de Léon Brune entonces desconocido en la congregación) cuando pintó en 1935 un gran retrato de Juana, donado en 1960 a la alcaldía de Saint-Servan.

Y también, valiéndose de una ampliación de esta foto, el hermano Marie-Bernard, de la Trapa de Soligny, realizó una estatua (1954) y varios medallones (1959-1964).

Sobre este tema, cuenta riendo un recuerdo del tiempo de sus primeras colectas: "Un día iba yo en la colecta, ya había caminado mucho, y me dieron un hermoso conejo; después de haberles dado las gracias insistentemente y haber colocado el conejo en el cesto, seguí mi camino; y cuanto más avanzaba, más pesado se hacía mi conejo; me puse a pensar que aquel animalito estaría muy contento de escaparse y yo de descargarme del peso...; Levanté la tapa del cesto diciéndome que la salud de una hermanita valía más que un conejo!"

Es atenta con las más tímidas a quienes les cuesta expresarse. Si, en la conversación, una hermanita un poco viva interrumpe a otra, ella hace que ésta acabe lo que había empezado a decir: "Nuestra querida hermanita no ha terminado...[2]"

También estaba atenta a la vida de los hombres, a los acontecimientos del mundo y de la Iglesia. Le gustaba mucho que los padres la fuesen a ver al regresar de sus viajes y le contasen lo

2. Esta anécdota es un poco posterior (hacia 1879).

que habían visto, lo que habían hecho; todo le interesaba.

Estuvo presente en los graves acontecimientos de 1869-1871, primero el concilio Vaticano, después la guerra franco-prusiana que lo interrumpió. La guerra y la ocupación durante algunos meses repercutieron en la vida del noviciado. Desde América, el padre Lelièvre se hacía eco de las noticias recibidas de La Tour; "no son apenas más consoladoras que las otras: todas las novicias dispersas, los trabajos suspendidos, apenas unas pocas postulantes van errantes en esta gran casa, los dormitorios esperan a los heridos, la pobreza es casi igual a la de las regiones que la guerra ha devastado ya, en una palabra, la desolación..."

Con los católicos de su tiempo, Juana se aflige al ver al papa despojado de sus Estados por los poderosos... "Por las fervientes oraciones que nos hacía rezar cada día, cuenta una hermanita, comprendí qué afecto tan profundo sentía por la santa Iglesia y el soberano pontífice Pío IX). Juana invita a las jóvenes a ofrecer a Dios una plegaria que sea universal: hay que llevar ante el Señor todas las miserias humanas.

Más tarde volvieron tiempos más apacibles y la vida de la casa recobró su curso normal. Cuando hacía buen tiempo, a sor María de la Cruz, con su bastón en la mano, apoyada en el brazo de una novicia, le gustaba recorrer las gran-

des alamedas del parque, los grandes oquedales que habían proporcionado las vigas de la casa, los setos que habían vuelto a crecer vigorosos después de la poda, las pendientes abruptas, los estanques con sus reflejos y el zambullirse de las ranas, las canteras de granito de paredes escarpadas... De vez en cuando se encontraba con un grupo del noviciado; si no estaba demasiado cansada, agitaba su bastón y las novicias o postulantes venían corriendo, contentas. Ella les decía algunas palabras, compartía con ellas una reflexión y después, siempre con su bastón, les daba la señal de retirarse. Los gorriones emprendían el vuelo.

Una densidad de vida pasa a través de estas breves conversaciones.

A veces, cuando cruzaba los campos o los jardines, una flor despertaba su admiración; y decía a su joven compañera: "¿Sabe quién ha hecho esto? - Dios, respondía la hermanita. Entonces Juana la miraba fijamente y decía con una expresión intensa de reconocimiento: "¡Es nuestro Esposo!" Este era, en esta época, uno de los temas de su contemplación; un invierno, va junto a la ventana con una postulante para contemplar la nieve que cubría el suelo, los tejados, los árboles del jardín: "¡Mire qué hermoso! ¡Es mi Esposo quien lo ha hecho! Y después, volviéndose hacia la hermana: "¡Un día será también el suyo!"

"Nos hablaba a menudo, cuenta una hermanita, de la santa presencia de Dios en nosotras, en el tabernáculo y en los pobres. También nos recomendaba con frecuencia que los amásemos mucho y que viésemos siempre en ellos a los miembros dolientes de Nuestro Señor". Se advertirá la unidad de su mirada de fe, que reconoce la misma presencia *en nosotros, en el tabernáculo y en los pobres.* (San Juan Eudes, del que es discípula, decía que los pobres son "los sacramentos del Salvador". Él veía a Cristo presente en ellos "casi como bajo las especies de la Eucaristía."[3])

Muchas hermanitas se admiraban de su comportamiento que irradiaba alegría y amorosa atención, cuando hacía el signo de la cruz o se acercaba a la comunión sacramental. Mirarla "infundía deseos de amar la Eucaristía como ella la amaba". "¡Cuánto nos gusta mirar cómo esta buena hermanita (...) hace respetuosamente la señal de la cruz."

Ella quería ser discreta en la expresión de su plegaria. Después de haber recitado algunas fórmulas con las novicias "insistía frecuentemente para que, más tarde, cuidásemos de no multiplicar excesivamente estas oraciones de devoción: Cansarán a sus ancianos, decía, se aburrirán y se irán a fumar... incluso durante el rosario."

3. P. Hérambourg, *Saint Jean Eudes... Ses vertus,* publicado por D. Boulay, París 1927, p. 202.

Constantemente volvía a hablar de los ancianos. Muchas veces hacía compartir a las jóvenes su experiencia en el servicio de los ancianos. A una de ellas le transmitió algunas recetas tradicionales de tisanas o cataplasmas; y añade: "Los buenos ancianos son sensibles a las pequeñas atenciones, y es un medio de ganarlos para Dios."

Un día, una novicia hacía la limpieza en la habitación situada encima de su dormitorio, Juana la hizo llamar: "Hijita, cuando haga la limpieza, sobre todo cerca de los enfermos, debe procurar no hacer ruido con las cosas, utilizarlas con precaución, y no taconear cuando anda... es muy molesto para los enfermos. Sea muy silenciosa"[4].

Cuando hablaba de los pobres, "su corazón desbordaba...". "Queridas hijas, les decía, amemos mucho a Dios, y al pobre en él." O bien: "En nuestros buenos ancianos debemos ver a Jesús con espíritu de fe; porque son los portavoces de Dios."

Muchas veces iba a la sala de costura y pasaba de una mesa a la otra. A veces se detenía y hablaba durante un rato más largo. Un día, por ejemplo, piensa en la familia de Nazareth: "Mis pequeñas, vean cómo se amaban los tres! ¡Qué buen semblante ponían, con qué bondad, y con qué dulzura se hablaban! En nuestra pequeña fa-

4. Esta escena es un poco posterior (hacia 1874).

milia debe ser también así... La santísima Virgen también era pobre; hacía como los pobres, no perdía el tiempo, porque los pobres nunca deben estar sin ocupación, en esto debemos imitar a la sagrada Familia..."

"Pequeñas, debemos estar siempre de buen humor, a nuestros viejecitos no les gustan las caras tristes..."

Era ésta una verdadera sabiduría, adquirida lentamente, o más bien que el Espíritu de Jesús había ido tejiendo en ella durante los largos años en que la llevó al servicio de los pobres, y Juana Jugan la compartía con sus jóvenes hermanas.

Veamos, para cerrar este período, un episodio un poco dramático. Estamos en el mes de julio de 1872, al comienzo de un capítulo general de la congregación. Unas novicias trabajaban en el jardín, sor María de la Cruz rezaba el rosario por la alameda. No lejos de allí unos obreros trabajaban en la construcción de la granja. De repente se oye un ruido, gritos, mugidos. "¡Poneos a salvo! ¡Poneos a salvo!" Un toro, furioso, se había escapado del establo, y los obreros no habían podido dominarlo. Lo va destruyendo todo a su paso. "Hijas mías, échense al suelo!", grita Juana. Ella se queda de pie y levanta su pequeño bastón: "¡Detente, te lo mando!" El animal se calma y pasa al lado de las hermanitas sin hacerles ningún daño; los obreros lo dominan. Y sor

María de la Cruz continúa rezando su rosario en silencio.

Atenta. Atenta a las que la rodeaban, atenta a la vida del mundo, atenta a Dios tan buscado; pero la atención que le daba a Dios y a los demás era la misma, porque "él está en ellos y ellos en él..."; a cada ser dirigía una mirada de oración; atenta al Pobre. El silencio de Juana Jugan era un silencio de escucha, de acogida y de atención amorosa.

FUENTES DEL CAPÍTULO 28

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Alexis de Sainte Thérèse, sor Alphonse de la Nativité, sor Anaïs Joseph, sor Angélique de Saint Paul, sor Auguste Alexis, sor Catherine de Tous les Saints, sor Clémentine Joseph, sor Denise de Saint Joseph, sor Ignace de Sainte Marie, sor Luce de Saint Louis, sor Marie Octavie, sor Noel Josephine, sor Prosper de Saint Joseph, sor Sidonie de Sainte Anne, sor Sophie de Sainte Marie, sor Saint Albert, sor Sainte Amèlie, sor Saint Théotime. Cartas del padre Lelièvre. Correspondencia del padre Marie-Bernard, trapa de Soligny. Fotografía Gilbert.

29

"Muy pequeña ante Dios"

(1873-1875)

1873. En Alençon viene al mundo una niña que se llamará Thérèse Martin. En La Tour Saint-Joseph, la anciana hermanita María de la Cruz cae enferma. Estuvo en cama varias semanas. Después se curó, pero sus ochenta y un años no recobraron ya el vigor de antaño. Desde entonces, ya no se requirió su presencia en la sala de costura, y se le dio una novicia para que la acompañase en sus paseos. Por la casa aún podía andar sola, pero necesitaba ayuda para subir las escaleras; esperaba a que pasara una hermanita y le pedía que la yudase; al llegar arriba le daba las gracias amablemente y le prometía rezar a la Virgen por ella.

De pie, aún conservaba un porte enérgico. Una joven inglesa que la vio en esta época decía, "andando con un paso firme, con una mano apoyada en el hombro de una hermanita joven, y la otra en un sólido bastón, iba tan derecha y tan alerta que nos parecía que casi no necesitaba que la sostuviesen mientras se paseaba con nosotras por las hermosas alamedas (...). Lo que nos admiró especialmente fue la gran dulzura de su sonrisa, que transformaba su fisionomía cuando nos

iba hablando (...). Cuando al decirle adiós, le pedimos que rezase por nuestra hijita que era demasiado pequeña para acompañarnos, cogió de su bolsillo un pequeño estuche de madera que contenía una imagen de san José (cada hermanita lleva siempre en su bolsillo una pequeña imagen del santo proveedor), y nos la ofreció diciendo: "Dádsela a vuestra hijita, como recuerdo de sor María de la Cruz"[1].

Cuando iba a verla un pequeño grupo de hermanas, les proponía a veces una breve lectura espiritual. Les hacía leer una página del libro de su querido padre Nouet, *L'Homme d'oraison*[2] que la acompañaba desde hacía muchos años y al que acudía siempre. Le gustaba añadir a la lectura su pequeño comentario personal, que frecuentemente versaba sobre la bondad del Señor Jesús, su dulzura, su misericordia para todas las miserias humanas. Un día, en una lectura, se había ha-

---

1. La pequeña Violet Ram fue Dame du Sacré Coeur. La imagen les fue prestada frecuentemente a las hermanitas de Londres que hacían la colecta, sobre todo en los momentos difíciles. Finalmente le fue donada a sor Agnès Onésime, y después ésta la remitió a la casa madre.

2. Jacques Nouet (1605-1680), jesuita conocido por sus polémicas con los jansenistas y los protestantes, y por su obra espiritual. Sus escritos se han reeditado en 1837 en 27 pequeños volúmenes. El conjunto de ellos se titula *L'homme d'oraison*; pero este título conviene particularmente a un tratado de la oración: *L'homme d'oraison, sa conduite dans les voies de Dieu*; los otros volúmenes contienen meditaciones, lecturas espirituales, retiros.

blado de las *santas lágrimas*: ella les hizo cerrar el libro y les dijo: "Hay quienes tal vez se afligen al oir esto y dicen: 'Yo no puedo llorar... Tampoco querría estar siempre llorando...' No se preocupen por las santas lágrimas, no es necesario verterlas y empapar nuestros ojos. Hacer un sacrificio de buena gana, recibir una reprimenda en paz, esto vale tanto como las santas lágrimas. Estoy segura de que ya han llorado así varias veces hoy..." Descubrimos aquí su sonriente amabilidad y la profundidad interior de su camino espiritual.

En otra ocasión, en la lectura se había tratado de un milano que se abate violentamente sobre un pajarito indefenso. Comentario de Juana: "No tendríamos más fuerza contra la tentación que este pajarillo contra el milano, si Dios no nos prestase su ayuda. Debemos estar convencidas de ello al pedírsela; y esto debe aumentar nuestra confianza, porque con la fuerza de Dios podemos triunfar."

El 29 de abril de 1874, llegó como postulante una persona que ya no era joven, la señora Féburier. Su marido, miembro de la Conferencia de San Vicente de Paúl en París, había costeado en gran parte la edificación de la capilla. Al morir en 1873, fue enterrado en la cripta y su esposa decidió entrar en las hermanitas. Juana decía: "¡He aquí una persona que da a Dios! ¡Educada en la Visitación y siendo una gran dama, se hace

hermanita de los pobres!" Un día, la señora Féburier le ofreció el brazo para subir las escaleras. La Hermana María de la Cruz, siempre *pequeña,* contaba después: "Si no hubiese temido disgustarla, lo habría rechazado; pues me siento confundida de que una gran dama le dé el brazo a una pobre mujer como yo... Después añadió: "Es verdad que el honor de la vida religiosa está muy por encima de las grandezas del mundo..."

Esta última reflexión es característica del pensamiento de Juana y ha inspirado a su familia religiosa la decisión de dejar atrás todas las grandezas ficticias: nacimiento, dinero, barniz de cultura... Es notable, por ejemplo, ver cómo Jeanne-Marie Buis, criada de la señorita Morel[3], apenas entrada en la congregación, se convierte en superiora. Hay en ello una evidente llamada evangélica, pero que a menudo no se escucha; Juana Jugan y sus compañeras la habían escuchado muy bien.

En todo caso, Juana no corría el peligro de olvidar que sólo era una *pobre mujer:* ya se encargaban de recordárselo. Un día en que había profesión, el padre Le Pailleur hablaba en la sala delante de todas las hermanitas; "elogió a las hermanas mayores que estaban allí, mencionándolas por su nombre y diciendo que eran los pilares de

3. Cf. supra p. 109.

la congregación. Y no habló de la hermana María de la Cruz que estaba presente y que no manifestó la menor emoción". Pero, en una circunstancia análoga, se la oyó decir en voz baja, como si se hablase a sí misma: "Sin embargo fuí yo la que comenzó la obra..." Pero nunca nadie le oyó una palabra de amargura, de rebelión.

Todo lo más, un grito de dolor contenido. Un día, con la cabeza entre las manos, habría dicho: "¡Me han robado mi obra!" Otras veces, como hemos visto, repitió esta frase bromeando, dirigida al padre Le Pailleur: "*Padrecito,* me habéis robado mi obra. Pero os la doy de todo corazón..."

Deliberadamente se la presentaba y se la trataba como si fuese un poco *simple.* Una novicia vio que la trataban con dureza. Ella respondió con calma: "Gracias, mi buena madre..." Tanto el padre Le Pailleur como el consejo la dejaban de lado, la ignoraban: no asistía a las reuniones, recepciones y fiestas de familia; no la llamaban nunca junto a los superiores. Se agasajaba alegre y solemnemente a las madres y al *buen padre*; a ella nunca. "Estaba en La Tour como una *buena mujer,* a la que nadie prestaba atención..." Pero ella veía la obra bendecida de Dios, y a Cristo glorificado en ella; ésta era su alegría: "Es necesario que él crezca y que yo disminuya..."

Juana no ignoraba que en el noviciado,

cuando les explicaban los *primeros comienzos* de la congregación, se les decía a las jóvenes hermanas que no creyesen lo que se contaba por todas partes, que Juana fue la fundadora, la primera hermanita: a ella la habían recibido dos años después de los comienzos, no fue ella la que fue a buscar al primer anciano; es verdad que lo habían alojado en su casa, que por ello había servido como primer asilo, pero el padre Le Pailleur pagaba una renta de 600 francos[4]... La mayoría de las hermanas jóvenes admitían esta versión sin dificultad.

Pero otras se asombraban, y parece que siempre existió una tradición más o menos oculta, entre estas jóvenes: ¡algunas de ellas lo *sabían* por sus familias! Una postulante de Saint-Servan le dijo un día: "Querida hermanita, ¡usted es la primera hermanita!" Habitualmente sabía muy bien cómo esquivar estas preguntas con una sonrisa: "¡Esta jovencita quiere saberlo todo!" Pero esta vez, cogida de improviso, respondió: "Yo soy la tercera hermanita —¡Usted es la primera, mi madre me lo ha dicho!..." Casi siempre, cuando le preguntaban acerca de su verdadera intervención ella se negaba a responder: "Ya le hablarán de esto en el noviciado..." Y a veces añadía, como si viese más allá del horizonte: "Más adelante, lo

4. Es evidente que estas afirmaciones, especialmente las últimas, son absolutamente falsas.

sabrán todo". A unas hermanitas que iban a Saint-Servan, les dijo: "Les hablarán de mí, pero no hagan caso de nada: Dios lo sabe todo." Ella sabía muy bien a quién se había confiado.

Parece que habían intentado hacerle firmar un acta declarando que ella no era la fundadora ni la primera hermanita: pero se habría negado. ¡No podía hacerse cómplice de esta mentira!

En una cierta época, algunas hermanitas advirtieron en ella como un malestar que respondía tal vez al malestar de las jóvenes que no podían admitir *verla en cierto modo obligada a permanecer retirada y despreciada,* sin poder hacer nada contra esta mentira oficial. Pero este testimonio es aislado: por el contrario, muchos otros, durante todos estos años que vivió en La Tour, insisten en su extrema amabilidad, su sonrisa, su trato espontáneo. Iba a ver a las hermanitas cuando trabajaban y les dirigía palabras amables o afectuosas; en el lavadero, por ejemplo: "Estoy muy contenta al ver que tienen buenos brazos y que saben utilizar muy bien la pala..."

Su propia experiencia y lo que veía vivir a los demás, le inspiraba reflexiones sobre la humildad de corazón, la autoridad y la obediencia: "Cuando alguien tiene el *cargo* (de superiora), decía, si no sabe mantenerse en su lugar, le quita el sitio a Dios."

Un día, le dijo a un grupo de novicias: "Si

Dios pusiera a un niño pequeño en el lugar del primer superior, yo le obedecería..." Su amor a la Iglesia se mostraba en esta pregunta que hacía a veces: "Si alguien les preguntara: ¿a quién aman más, a nuestro buen padre o al Santo Padre? habría que responder: a nuestro Santo Padre por encima de todo (...). Porque de la Iglesia nos viene todo el bien."

"Aprovechen bien su noviciado: sean fervorosas, fieles a nuestra santa regla..." Y añadía estas palabras, expresión de su largo y secreto sufrimiento: "Nunca sabrán lo que han costado..." Estas confidencias son preciosas. La impresión dominante que ha dejado en esta época es de serenidad y también de alegría: "Siempre estaba contenta". Ni las humillaciones, ni las enfermedades físicas alteraban esta paz.

Con toda evidencia, dice una novicia de esta época, "vivía en presencia de Dios, y siempre nos hablaba de él. Cuando nos venía a ver, decía: "Trabajen por Dios solo"; se notaba que hablaba de la abundancia del corazón." Hablaba de Dios con entusiasmo, con ternura. "Se inflamaba al hablarnos de Dios."

¿Le hablaron de un artículo que publicó el diario "Le Temps", a finales del año 1874? Es posible que los padres, que la querían mucho, le hubiesen leído algunos fragmentos; en este artículo, después de un recuerdo algo caprichoso de

los orígenes, se hablaba de la casa de París, en la calle de Notre-Dame des Champs. Hablando de las hermanitas: decía "Han permanecido fieles a la generosa tradición de Juana Jugan: sólo piensan en sus pobres; desaparecen detrás de ellos; no se tienen en cuenta a sí mismas para nada..."

En 1875, monseñor de Outremont fue a presidir la toma de hábito de una hermanita, Georgette de Coëtlosquet. Para Juana fue un recuerdo de los comienzos de la casa de Tours, que él evocó en su homilía. El vizconde de Coëtlosquet y su familia pidieron verla; ella le dijo a la novicia que la acompañaba: "Venga, debemos ir... ¿pero, qué les diré yo a estos personajes?... ¡Les hablaré de la Providencia!" Para hablar de la bondad previsora de Dios, nunca le faltan palabras.

Parece que estaba ante él a la vez llena de humildad y de familiaridad. Tal vez esto es lo que expresa en una de las hermosas fórmulas que sabía inventar: "Hay que ser muy pequeñas ante Dios. Cuando hagan oración empiecen por esto: manténgase ante Dios como una ranita..."

*
* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 29

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Cécile de la Nativité según sor Amandine de Marie, sor Isabelle de Saint Paul según sor Alexis de Sainte Thérèse, sor Marcienne según sor Marie Archange, sor Adrienne de Marie, sor Aimée de Saint François, sor Alexis de Sainte Thérese, sor Amandine de Marie, sor Anatolie du Saint-Sacrement, sor Angélique de Sainte Marie, sor Angélique de Saint Paul, sor Arsène Alexis, sor Auguste Alexis, sor Blanche de Sainte Marie, sor Donatienne de Saint François, sor Esther de Saint Pacifique, sor Honorine de la Trinité, sor Ignacie de Saint Joseph, sor Ignacie de Sainte Marie, sor Léocadie Marie, sor Léonce de la Nativité, sor Louise de Saint Ambroisie, sor Ludivine de Saint François, sor Marie de Sainte Marguerite, sor Marie Berchmans, sor Marie de Sainte Blandine, sor Marie Hortense, sor Michel Octave, sor Odile Marie, sor Onésime de la Nativité, sor Saint Albert, sor Saint Michel.

Fuentes impresas contemporáneas de Juana Jugan

"Le Temps", 30 de diciembre de 1874.

Estudios posteriores

H. Ram (Sra. Abel), *The little Sisters of the Poor,* Longmans, Londres, 1894; y: *Les Petities Soeurs des Pauvres ou la Merveille du XIX siècle,* Plon, París 1895 (esta segunda obra es casi una traducción de la primera).

Dictionnaire de Théologie Catholique (Letouzey et Ané), art. *Nouet* (Jacques, S I)

30

"Solamente veo a Dios"

(1877-1879)

Una joven hermanita, que llegó al noviciado en noviembre de 1877, recibió casi inmediatamente la misión de asistir a sor María de la Cruz. El primer contacto que tuvo con ella le dejó un recuerdo inolvidable: "La hermanita estaba en su sillón, rezando o reflexionando... Yo estaba un poco impresionada por su extrema delgadez, de su aspecto austero, y de sus ojos que forzosamente tenían que estar casi cerrados: sólo podía mirar hacia arriba si echaba la cabeza muy hacia atrás; los nervios de sus párpados estaban como paralizados..."

Cuando una hermanita iba a visitarla a su habitación, en invierno, su primera intención muchas veces era dirigir la mirada hacia el fuego; entonces Juana le decía: "son todas demasiado buenas; cuido de mi fuego yo misma; me basta con un poquito de fuego..."

En los dos o tres últimos años de su vida, Juana se había quedado casi ciega. Frecuentemente se hacía guiar a donde quería ir. Ya no podía leer ni trabajar: su rosario no la abandonaba. Muchas hermanas de esta época han mencionado su ternura evidente por María: Daba gusto verla

rezar con su rosario. Le gustaba decir: "Por el Ave María, iremos al paraíso!".

"Cuando sean viejas, ya no verán nada. Yo sólo veo a Dios", les decía a las jóvenes. O también: "Dios me ve y esto es suficiente."

Pero cuando habla, su cara se ilumina. En su sonrisa hay algo radiante. Más que nunca, se la ve llena de alegría. Su voz no debía estar demasiado cascada, y no podía contenerse de cantar. Una novicia guarda de ella un recuerdo preciso: "Bajaba por el camino (...) y cantaba tan sencilla y alegremente con su pequeño bastón que agitaba en el aire... ¡parecía tan sencilla y tan contenta!"

Durante el verano del 77, participa en el recreo de las novicias. Les reparte unos sombreros de paja y se guarda para ella el peor, para hacer reír a las jóvenes al ponérselo. Se va de paseo con ellas. En esta época, aún podía andar uno o dos kilómetros. Las hermanitas responsables procuraban que todas pudiesen sucesivamente gozar de su conversación. Se mantenía aún muy derecha, con sus hábitos remendados, sus gruesos zapatos y su muceta un poco verdosa... Era muy alta, sorprendía a las jóvenes por su porte tan firme; era, dice una de ellas, "como si estuviese siempre en presencia de Dios".

Sin embargo, nada en ella era afectado. Cantaba para alegrarlas. Un día era una vieja canción de su infancia, *la canción del cuclillo: ¡Cou-cou...*

coupez-lui le cou![1]. Otra vez, *la canción de los oficios;* ella iba marcando el ritmo lleno de viveza, con su pequeño bastón, que daba vigorosamente la medida.

Contaba recuerdos divertidos, por ejemplo, la historia de un conejo que recibió en la colecta. Contentísima por poder llevárselo a sus pobres hijos, no se acordó de sujetar la tapa: y el conejo saltó fuera de la cesta. Lo presenciaron unos muchachos que estaban allí y pudieron cogerlo corriendo, ella les dio diez céntimos a cada uno.

Cantaba alegremente una especie de cantinela, que tal vez había compuesto ella misma:

"Para unas pequeñas buscadoras de pan
Siempre todo es bueno y está bien.
Para avanzar deprisa es necesario
Tener un gran menosprecio de sí mismo,
Ser siempre muy pequeñas
Y pisotear el propio yo."

O bien:

"Muéstrense siempre bien dispuestas,
No rechacen nada,
Para una pequeñas buscadoras de pan
Todo está siempre bien"

1. Este recuerdo es un poco anterior (1874-1875).

O también:

"Oh Jesús,
Rey de los elegidos
¿Quién os amará más?"[2].

Un día de pascua algunas hermanitas se habían reunido en la tribuna para cantar. Sor María de la Cruz se unió a ellas: "Vamos, pequeñas, cantemos la gloria de Jesús resucitado". Y después, marcando el ritmo con grandes movimientos de sus dos brazos, cantaba el Aleluya con tal entusiasmo que parecía que quisiera *abandonar su viejo cuerpo para seguir a su Jesús.*

¡Qué brío había en esta anciana!

Parecía que su juventud se renovaba en el clima de acción de gracias que vivía en ella. Decía, como un estribillo: "En todo, en todas partes, en toda circunstancia, repito: ¡Bendito sea Dios!" En la primavera de 1879 estuvo lloviendo durante varias semanas; la gente estaba inquieta por el heno. Juana se encuentra con una hermanita: "¿Qué tiempo hace, pequeña? - Llueve, mi querida hermanita María de la Cruz- Pues bien, mi pequeña, hay que decir siempre: ¡Bendito sea Dios, bendito sea Dios!".

La han oído decir cientos de veces, con una

2. Agrupamos aquí las cantinelas que se encuentran, con algunas variantes, en los testimonios de las hermanas que la conocieron entre 1868 y 1879. Véase también p. 196.

alegría siempre nueva: "Ame mucho a Dios, pequeña, ame mucho a Dios, ¡es tan bueno!". Ella caminaba con Dios. Una vez más vuelve a este tema con una novicia: "Empiezo siempre por ponerme en presencia de Dios, para hacerlo todo en su santa presencia!"

Espontáneamente asociaba su cuerpo, incluso en su vejez (y quizás todavía más en estos años) con sus impulsos de oración. Una hermanita había ido a verla a la enfermería y estaban hablando. Oyen tocar la bendición del Santísimo Sacramento y entonces ella se prosterna diciendo: "Dios mío sois tan grande, tan bueno, dignáos bendecir a una pecadora tan grande como yo. Os adoro, os amo, tened piedad de mí!"

Recibió visitas hasta el final de sus días: amigos de antaño, o bien desconocidos, que querían haber visto a *Juana Jugan.* Cuando se lo decían, ella respondía: "No me llamen más Juana Jugan; Juana Jugan murió hace cuarenta años. Ya sólo queda sor María de la Cruz, muy indigna de este hermoso nombre." Indudablemente, la muerte de Juana Jugan fue la imposición de su nombre de religión (4 de febrero de 1844) pero todavía más, en los años que siguieron, el progresivo despojo de todo lo que constituía su celebridad, despojo en el que ella había consentido de todo corazón. Sí, ya no era en modo alguno, la propietaria del personaje *Juana Jugan,* ni estaba poseída por

él. Era libre. Era, alegremente, ante Dios y ante los hombres, la pequeñita, muy pobre y totalmente nueva sor María de la Cruz.

El 19 de marzo de 1877, para la fiesta del patrón de la Tour Saint-Joseph, hubo muchos invitados. Entre ellos, la señora de la Corbinière, que había ido en otro tiempo, treinta y cinco años antes, cuando sólo tenía doce, a visitar la *gran planta baja.* Ella comprobó que sor María de la Cruz no participaba en los festejos. Pero los visitantes pidieron su presencia y acabaron por ir a buscarla; fue muy agasajada. "Lleva muy valientemente sus ochenta y cuatro años. La encontré rejuvenecida, contrariamente a lo que yo pensaba, porque la suponía muy consumida. Pero no lo estaba en absoluto, va muy derecha y ha conservado todas sus facultades (...). Fui muy feliz de que en recuerdo de mi padre me eligiese para substituir a su postulante. Apoyada en mi brazo, esta buena anciana dio algunas vueltas conmigo por las avenidas y los patios... Yo estaba muy orgullosa de ir con esta venerable Madre; pero le hacía pocas preguntas, me daba cuenta de que estaba acostumbrada a conversar con Dios, y ¿qué conversación puede valer lo que ésta?"

Otro día, viene a verla una de sus sobrinas nietas[3]. Después nos ha contado: "Yo tenía en-

3. Aline Derrien, hija de Perrine Emery, nieta de Thérèse-Charlotte Joucan.

tonces 15 ó 16 años (...). Aún veo a mi tía tan alta. Lo que más me impresionó de ella fue su humildad. Me preguntaba si la calle llevaba su nombre, que esto no debía hacerse. Me preguntó: "¿Algún día, mi pequeña Alina, vendrás a mi lado?" (...). Le pregunté cuántos rosarios rezaba cada día: rezaba siempre. Y a las hermanitas que nos encontrábamos, ¡qué amable sonrisa les dirigía!".

A veces, cuando las novicias iban de paseo —un inmenso grupo de seiscientas jóvenes, repartidas en tres años— ella se asomaba a la ventana de su gran habitación y, con la sonrisa en los labios, les hacía señas con la mano. Era muy feliz al verlas emprender el camino que Dios le había mostrado a ella. Las hermanitas le respondían con grandes señales de afecto, incluso se producía un poco de desorden; y esto no siempre era del agrado de las hermanitas submaestras...

Sus preferidas eran las postulantes venidas de América. Las demás estaban un poco celosas de la atención que les prodigaba. Pero a sus ojos éstas eran las primeras *misioneras* de la pequeña familia, habían pasado dieciséis días en el océano y era heroico para unas jóvenes haber marchado tan lejos de sus familias, haber renunciado a hablar en su lengua nativa; ¡se necesitaba una vocación doble! Se preocupaba por saber si estas jóvenes americanas tenían frío, si comían bien. Como

no tenían costumbre de trabajar en el campo y temían al rudo hermano Julien, jefe de estos trabajos Juana las animaba y las confortaba...

Ya la hemos oído hablar muchas veces de los pobres ancianos. Durante estos años, reflexionando sobre su propia experiencia, vuelve sobre este tema con frecuencia en sus conversaciones con la novicia. Intenta trasmitirles algo de lo que Dios le ha dado. "Cuando estén cerca del Pobre, entréguense de todo corazón." Hemos escrito *Pobre* con mayúscula, porque ella ve con una sola mirada a este anciano que está ahí y a Jesús de quien es miembro. Uno de su cantos favoritos era:

"El Pobre nos llama
con la voz y el corazón;
Oh Buena Nueva,
partamos con felicidad..."

"Cuando venía a la sala de costura, nos decía que estaba contenta al vernos recoser la ropa y los vestidos. "Porque, ya lo saben, nos dan muchas veces ropa vieja, vestidos usados. Es necesario que sepamos hacer respetable la pobreza..." Así, incluso el arreglo de la ropa era para ella una ocasión de vivir este respeto por toda persona amada por Dios.

Una joven hermana cocinera a veces iba a

llevarle su comida. Juana frecuentemente le hacía pequeñas recomendaciones respecto de los pobres: "No hay que temer el esfuerzo que requiere cocinar, como tampoco el de cuidarlos cuando están enfermos. Sea como una madre para los que son agradecidos y para los que no saben reconocer lo que se hace por ellos. Díganse a ustedes mismas: '¡Es por vos, Jesús mío!' Miren al Pobre con compasión y Jesús les mirará con bondad en el último día..." Y añadía algunas sugerencias para las horas difíciles: "Vayan a encontrarlo cuando estén agotadas de paciencia y de fuerza, cuando se sientan solas e impotentes, Jesús les espera en la capilla, díganle: 'Vos sabéis lo que me pasa, Jesús, sólo, os tengo a vos que lo sabéis todo. Venid en mi ayuda.' Después váyanse tranquilas, sin preocupación por saber cómo actuar. Basta con que lo hayan expresado a Dios. Tiene buena memoria..." A la vez que un consejo, sin duda hay en estas palabras una discreta confidencia.

También decía: "El pan del pobre es el pan de Dios." Y después, como un estribillo: "Sean buenas, mis pequeñas, con los enfermos..." y tambien: "No tengan miedo de sacrificarse y de mendigar como lo he hecho yo por los pobres, porque ellos son los miembros dolientes de Nuestro Señor."

Juana cantaba alabanzas de la pobreza voluntaria: "La pobreza es mi tesoro... Es tan hermoso ser pobre, no poseer nada, esperarlo todo de Dios... ¡Oh santa pobreza! Ámenla mucho, ella las protegerá siempre, porque Dios la ama y bendecirá a las que la mantengan." O bien: "Si supiésemos la riqueza que poseemos, cuánto amaríamos nuestros vestidos pobres, remendados, nuestro pobre alimento!"

E invitaba, incansablemente, a la otra pobreza, la humildad de corazón: "Sean muy pequeñas, sean humildes, sean pequeñas, pequeñas, pequeñas; si se hacen las grandes, la congregación se hundirá." "Queridas pequeñas, hagan bien su noviciado, sean muy fervorosas. Sobre todo, aprendan a ser muy humildes, y cuando estén en las casas, sean muy pequeñas, porque si conservan el espíritu de la pequeña familia: humildad, sencillez, pequeñez, sin buscar nunca la estima de los poderosos, lograrán que se bendiga a Dios y se conseguirá la conversión de las almas. Por el contrario, si se hacen las grandes y orgullosas, la congregación se hundirá." "Sólo los pequeños agradan a Dios". *La pequeñez era su palabra.*

Pensando en las responsabilidades futuras de estas jóvenes, les daba consejos de reflexión y oración: "Mis pequeñas, deben rezar y reflexionar antes de obrar. Es lo que he hecho yo toda mi vida. Pesaba todas mis palabras..." Y recordaba

cómo, al comenzar una obra, intentaba prever su desarrollo, sus consecuencias. Enseñaba a las jóvenes esta invocación: "Madre de la Sabiduría, rogad por nosotras!" Y añadía: "¡Necesitarán tanta sabiduría cuando hagan la colecta!..."

Hemos ido repitiendo, algo extensamente, los consejos y reflexiones de Juana, porque parecen particularmente importantes en este período último de su existencia; es como si se apresurara en transmitir todo su mensaje antes de dejar a sus jóvenes hermanas. Tal vez en todos ellos hay algo que puede considerarse un testamento.

Parece que, en el último año, iba un poco encorvada; al menos en ciertas ocasiones, algunos testigos la veían doblada sobre su bastón. Pero aún recorría las largas avenidas del parque. Nos sirve de testimonio este hecho, con fecha de la primavera del 79. Tres niños de 4 a 10 años (más tarde, los tres serán sacerdotes) habían visto, a través del seto, unos hermosos cuadros de fresas; no había nadie por los alrededores... hicieron un agujero en el seto y se pusieron a comer estos sabrosos frutos. De repente, el mayor se escapa: sor María de la Cruz se dirigía hacia ellos blandiendo su bastón. El más pequeño, sin duda más absorto, la vio muy cerca: "¡Pequeño pícaro!". Ella debía mostrar una buena sonrisa, porque él no recuerda haber tenido miedo; pero ha conservado y tal vez aumentado el recuerdo

de su figura *alta, muy alta, delgada, huesuda, de aspecto austero...*

Durante este último año, recibió la visita del señor de Kervers, cuyo padre la había ayudado en Saint-Servan. Su hija, Marie de Kervers, ha contado cómo a Juana, "con una alegría maliciosa, le gustaba reír recordándole las bromas y travesuras que le hacía el muchachito avispado que era él en aquella época (...); la venerable anciana se apoyaba en un bastón cuyo extremo habían envuelto con unos trapos, para que resultara más suave para su vieja mano. Al verlo, mi padre le dijo: 'Mi buena Juana, no quiero que usted utilice este feo bastón; mientras esté yo aquí concédame el honor de apoyarse en mi brazo —¡Ah! señor Edmond, siempre tendré que ceder', y, muy contenta, recorrió la propiedad del brazo de mi padre."

Algunos meses antes, en julio de 1878, se había reunido en La Tour el capítulo de la congregación. Ciento treinta y siete *capitulares* representaban a las ciento setenta casas que existían por todo el mundo. En la sala del capítulo, debía procederse a la elección de la superiora general; en la puerta, las *novicias cantoras* estaban reunidas, preparadas para entrar y cantar el *Te Deum.* Sor María de la Cruz estaba entre ellas; intercambiaron algunas palabras amables. Y Juana respondió riendo a una pregunta que le hicieron: "Sí, estoy

aquí esperando con vosotras... y sin embargo debería estar dentro."

Es necesario que reine en su interior una gran paz para que pueda bromear así sobre este tema. Está muy bien que la sorprendamos riéndose de sí misma en este período último de su vida en el que habíamos creído entrever que estaba invadida por la alegría.

*
* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 30

Fuentes manuscritas

Archives des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Adrienne de Marie, sor Aimée de Saint François, sor Anatolie du Saint-Sacrement, sor Angèle Marie, sor Angélique de Sainte Marie, sor Anne de Sainte Marie, sor Apollinaire du Saint-Sacrement, sor Arsène de Saint Jean, sor Augustine de Saint Laurent, sor Catherine de Tous les Saints, sor Cécile de Saint Pierre, sor Céline de l'Ascension, sor Christine de la Providence, sor Denise de Saint Joseph, sor Donatienne de Saint François, sor Emmanuel de Saint Etienne, sor Eulalie de la Présentation, sor Hedwige, sor Hortense de Sainte Anne, sor Ignace de Sainte Marie sor Léocadie

Marie, sor Léonce de la Nativité, sor Léontine de la Nativité, sor Louise de l'Immaculée, sor Marguerite de Sainte Marie, sor Marie-Hortense, sor Marie-Rosalie, sor Marie de Saint Bernardin, sor Marie de Sainte Blandine, sor Marie de Sainte Marguerite, sor Marie de Saint Romain, sor Melaine de Saint Louis, sor Nathalie de la Résurrection, sor Pascaline, sor Raymond, sor Sainte Alodie, sor Saint Aurélien, sor Saint Michel, sor Séraphine du Saint-Esprit, sor Sidonie de Sainte Anne, sor Ursule du Sacré-Coeur, sor Valentine Joseph. Cartas del padre Lelièvre.

Otros testimonios: Srta. de Kervers, Sra. Serneguet, Ch. Mathurin Durand.

Estudios

C. de la Corbinière, op. cit.
A. Helleu, op. cit.

31

De la muerte a la vida
(1879)

Juana deseaba llegar al día en que por fin estaría con Dios en la Luz. Una hermanita había ido a hacerle compañía; iba ya a retirarse después de unos momentos de conversación, cuando Juana le dijo: "Cánteme la estrofa: *¡Oh! ¿Por qué alargo mi estancia en la orilla extraña?...*"

Les decía a las jóvenes: "¡Quisiera morir para ir a ver a Dios! —¡No debe morir!— —Sí, lo deseo mucho: para ir a ver a Dios..." Las hacía rezar cada día para que Dios le concediese la gracia de morir bien.

Tal vez conoció la muerte de Bernadette Sourbirous acaecida el 16 de abril de 1879[1]. En esta época murió una novicia; Juana consoló a las otras: "¡Vamos, pequeñas, ánimo! Una ya ha partido para la gloria, ya llegará nuestro turno. Debemos prepararnos. Amemos mucho a Dios. Hoy es un día de alegría porque ha entrado en el cielo nuestra hermanita." Mientras hablaba, se adivinaba su fe serena; su rostro parecía resplandeciente.

---

1. Este mismo año, pero un poco más tarde que ella, moriría en Lyón el padre Antoine Chevrier, también pobre con los pobres (2 de octubre 1879).

Desde hacía mucho tiempo, su función principal era velar sobre su familia religiosa en una oración continua, suplicante y maravillada. Más que nunca, pensaba: "Dios nos ayudará; ésta es su obra." Y sabía muy bien que más allá del umbral de la muerte, continuaría esta misma misión en la claridad. Pero tal vez tenía un deseo: ver, antes de su muerte, aprobadas por el papa las constituciones de su congregación.

En noviembre de 1878, el padre Lelièvre había sido enviado a Roma. Se le había encargado que presentase a la Santa Sede la petición de aprobación de las constituciones de las hermanitas de los pobres (la primera aprobación obtenida el 9 de julio de 1854 era solamente *ad experimentum*).

León XIII lo recibió en audiencia. Tenía en la mano el expediente que contenía las cartas de los obispos. El papa leyó algunas delante de él, y escuchó la presentación que le hizo de la congregación. Le preguntó: "¿quieren ahora vuestros superiores pedir la aprobación de la regla, la desean? —Su deseo es sobre todo conformarse en este punto con el parecer de vuestra santidad... Hay un punto en las constituciones de las hermanitas de los pobres que los superiores consideran muy importante, y como ellos yo creo que tiene la mayor importancia, es el que se refiere a mantener la pobreza tal como se practica. Según las

constituciones, las casas no pueden tener ni fondos, ni rentas fijas, ni asignaciones regulares de la administración civil, deben depender enteramente de las limosnas de los fieles y de la colecta de las hermanas..." El papa aprobó este punto y le pidió al padre Lelièvre que enviase el expediente a la congregación competente. Ésta estudió con atención los artículos referentes a la pobreza y al voto de hospitalidad.

Por último, el 1 de marzo de 1879, el papa aprobó para siete años las constituciones de las hermanitas de los pobres. En aquel momento había 2 400 hermanitas.

Juana había terminado su obra: ya podía partir.

Durante el verano de 1879, pareció debilitarse. El 27 ó el 28 de agosto[2], vio a su confesor y recibió de él el perdón de Dios. Él quedó admirado este día de su actitud tan despierta, tan presente.

---

2. No hay certeza sobre la fecha de su muerte. El acta de defunción y el acta de inhumación llevan la misma fecha, el 29 de agosto. Sin duda hay un error porque es muy poco probable que la hubiesen enterrado el mismo día de su muerte. Algunos testimonios permiten pensar que murió el 28, fiesta de san Agustín, y por tanto fiesta solemne entre todas del padre Le Pailleur. Para no turbar la fiesta, habrían tenido callada hasta el día siguiente la muerte de sor María de la Cruz. Ninguna circular anunció esta muerte. Un año más tarde, el padre La Pailleur la nombró de paso, como "su tercera hija espiritual", y añadió: "... muerta aquí hace poco".

Al día siguiente por la mañana, después de la misa, se encontró mal; la tendieron sobre una cama. Recobró el conocimiento y le administraron el sacramento de los enfermos. Pudo rezar a media voz: "María, vos sabéis que sois mi madre, no me abandonéis!... Padre eterno, ¡abrid vuestras puertas, hoy, a la más miserable de vuestras hijas, pero que tiene un deseo tan grande de veros!..." Y con voz ya más débil: "¡María, mi buena madre, venid a mí. Sabéis que os amo y que deseo veros!". Después se extinguió dulcemente.

Sobre su lecho de muerte, tenía un aspecto tan tranquilo, tan reposado, que no se cansaban de mirarla.

*
* *

FUENTES DEL CAPÍTULO 31

Fuentes manuscritas

Archivos des Petites Soeurs des Pauvres. Testimonios de las hermanitas de los pobres: sor Adèle de Sainte Marie, sor Aimèe de Saint François, sor Blanche de Sainte Marie, sor Céline de l'Ascension, sor Delphine de Saint Jean, sor Léonce de la Nativité, sor Louise de la Immaculée,

sor Saint Michel, sor Thérèse Augustine, *Livre de fondation* de la casa madre. Cartas del padre Lelièvre. Circulares del padre Le Pailleur, en particular la del 31 de agosto de 1880.

Estudios

C. de la Corbinière, op. cit.
A. Leroy, op. cit.

32

"De la fe a la fe..."

Juana Jugan ha cumplido su misión. Lo ha realizado todo, sencillamente, sin frases; y se ha dormido para nacer a la luz.

En esta última etapa, tan oculta, de su vida, la hemos visto primero, detenida en plena carrera, ir a esconderse por obediencia tras los muros de la casa madre. Nuevo despojo en el que ha experimentado lo que es estar *injertado en la Cruz*. En La Piletière y después en La Tour Saint-Joseph, realiza humildes tareas, que muchas veces es difícil delimitar; pero vive en medio de las jóvenes y las hace partícipes, cuando se encuentran, de la sabiduría que ha ido almacenando con el paso de los años; les comunica su fe total en Dios amor, y su atención al pobre. Una sola vez toma parte en el consejo de la congregación; y es para reflexionar sobre una elección decisiva referente a la pobreza: las hermanitas de los pobres, confiando sólo en Dios, no tendrán rentas fijas. Se la ve siempre atenta: atención amante a sus jóvenes hermanas, reconocimiento de la obra de Dios en el mundo, de la presencia de Dios en ella. Vive cada vez más apaciblemente la injusta condición en que la mentienen, sin responsabilidades, igno-

rada. Se hace pequeña, muy pequeña, y sin embargo magnánima, plenamente responsable de su obra, ante Dios, y desbordante de acción de gracias por los dones que él le prodiga. Cada vez más libre y sencillamente feliz, aspira a morir para ver a Dios. Terminada su tarea, se despide: "Señor, puedes dejar a tu sierva irse en paz..."

Intentemos tener una visión de conjunto del camino espiritual que ha seguido. Podríamos iluminarlo usando libremente una fórmula un poco misteriosa de san Pablo: ella ha ido "de la fe a la fe" (Rom 1,17). Podríamos decir también que ha ido de pobreza en pobreza; o también: de pobreza en fe, de fe en pobreza y así sucesivamente. Porque, en la canción de su vida, la pobreza es una especie de contrapunto inseparable de la fe[1].

En su infancia, conoció la pobreza y la inseguridad; tuvo que ganarse la vida muy pronto con trabajos humildes. Era imposible que quedase presa en la riqueza, en la comodidad: era libre para emprender la larga aventura de la fe, la búsqueda de Dios.

Ha vivido el silencio y la larga espera de la oración. En ella ha madurado la fe. Y la ha conducido, de llamada en llamada, a una nueva pobreza: Juana abandona a los suyos, renuncia al

1. Este tema ha sido puesto de relieve por el cardenal Garrone en su hermoso libro: *Lo que creía Juana Jugan*, Herder, Barcelona 1976.

matrimonio y se entrega al servicio de los pobres. Allí, viviendo la comunión y la participación según el movimiento del Amor "derramado en su corazón por el Espíritu Santo" (Rom 5,5), contemplándolo en Jesucristo, ha conocido mejor a Dios. Ha comprendido mejor el designio de Dios sobre este mundo, en el que hay tantos pobres. Su mirada, siguiendo la de Cristo, se dirigía con predilección a los seres heridos y solitarios que esperaban su sonrisa y un poco de consuelo.

Entonces, después de un tiempo de descanso, "apremiada por la caridad de Cristo" (2 Cor 5,14), ha ido más adelante, arriesgando su propia suerte, ya no sólo está al servicio de los pobres, sino que está con ellos. Los actos decisivos de darles su cama, de mendigar en su nombre, la han hecho de verdad pobre con los pobres.

Pero cuanto más se entregaba así —y en adelante hasta más allá de lo razonable— más cerca de Dios se sentía, viviendo de él, llevada por él. Segura de él. Estaba segura, en la fe, de que esta participación, esta solidaridad total con los pobres ancianos era en ella la vida de Dios. Entonces, tenía que avanzar, audazmente apoyada sólo en él, sin ninguna seguridad. Puesto que Dios amor lo quería en ella, esto debía hacerse. Cuanto más amaba en Dios, más era llevada por la fe: Dios no abandonaría a sus pobres, a quienes amaba en ella.

Dios le propuso ir más lejos en este camino de pobreza creyente y de fe despojada: la llevó a aceptar, sin perder la esperanza, que le "robasen su obra" e incluso la verdad de su papel en el nacimiento de esta obra. Dios proveería. Nuevas profundidades de fe.

Y en la última fase de su vida, ignorada y dejada de lado, humildemente mezclada con las jóvenes hermanitas y llena de amor hacia ellas, dejará que el Espíritu de Jesús desarrolle su fe en forma de sabiduría de amor al pobre y de alegría.

Sabiduría sonriente y profunda: sentido de una renuncia interior verdaderamente espiritual, y que la hace libre; contemplación amorosa de Cristo en referencia continua a él "hasta que Cristo sea formado en ella" (Gál 4, 19); prudencia, mesura, discreción; oración a la vez suplicante y maravillada, continua y ampliamente abierta sobre el mundo; amor entusiasta a Dios, a su presencia; familiaridad con el Esposo, deseo ardiente de verlo, por último.

También amor al pobre, que es imagen del "Pobre": inmenso respeto ante todo ser amado por Dios, confianza en la Pascua que actúa en él; preocupación atenta, inventiva, delicada, del bienestar y de la felicidad de todos; deseo de unificarse con él en la pequeñez, en la que Dios nos ama libremente.

Alegría en fin, una alegría que parece invadirla totalmente, a medida que la pobreza la libera y crea en ella una connivencia con Dios: la acción de gracias, que constituía ya el clima de su juventud, se ha hecho más vibrante; en sus últimos años exulta en su mismo cuerpo, desgastado pero liberado; a menudo alegre y cantarina, conoce e irradia una paz serena; su rostro, cuando sonríe, está lleno de luz.

El Espíritu, al hacerla compartir por amor la miseria de los pobres, la ha hecho entrar por ello en las profundidades de Dios y de su alegría. Así ella ha aprendido y nos enseña la bienaventuranza de los pobres:

Bienaventurados los pobres
porque el reino de Dios
—que es Dios mismo,
con toda su alegría, su libertad, su ternura—
el reino de Dios
les pertenece.

Anexo

I. VISIÓN DE CONJUNTO SOBRE LAS FUENTES PRINCIPALES DE LA HISTORIA DE JUANA JUGAN

Se encontrará una presentación completa de las fuentes hoy conocidas y una abundante bibliografía en el volumen titulado: *Positio super virtutibus servae Dei Ioannae Jugan,* publicado en el proceso de beatificación. Aquí sólo ofreceremos los documentos más importantes.

FUENTES MANUSCRITAS

1. *Mémoire adressé à l'Académie française en vue de l'attribution du Prix Montyon.*

En los archivos de la Academia francesa. Fotografía y microfilm en los archivos de las hermanitas de los pobres. Redactado en 1844 por los notables de Saint-Servan, escrito de puño y letra del padre Le Pailleur, es un documento decisivo para conocer la historia de los orígenes de la congregación de las hermanitas de los pobres.

2. *Correspondance et notes des premiers Petites Soeurs des Pauvres.*

Archivos de las hermanitas de los pobres. Desgraciadamente la colección está incompleta.

3. *Livres de fondation* de las primeras casas; *livre du conseil general.*

Archivos de las hermanitas de los pobres. No se tie-

nen los originales, sino unas copias un poco modificadas; tal como están estos documentos son preciosos.

4. *Circulaires* del padre Le Pailleur.

5. *Registres des délibérations* y de las *correspondences* del alcalde de Saint-Servan.

Archivos municipales de Saint-Servan. En particular, deliberación del 28 de mayo de 1866 sobre la *calle Juana Jugan.*

6. *Témoignages des Petites Soeurs des Pauvres* que conocieron a Juana Jugan.

Archivos de las hermanitas de los pobres. Estos testimonios son directos o transmitidos por otras. Llegados por diferentes caminos:

a) Respuestas a una invitación de sor Marguerite de Saint Augustin Geny, superiora general: 1912-1916.

b) Respuestas a una invitación de sor Marguerite-Marie du Sacré-Coeur Laure, superiora general: 1932-1936.

c) 176 respuestas a la encuesta del vicepostulador encargado de realizar el proceso informativo diocesano con vistas a la beatificación: 1935.

d) Declaraciones de las hermanitas en el proceso diocesano.

7. *Testimonios de otras personas* que hubiesen conocido a Juana Jugan.

Archivos de las hermanitas de los pobres. Estos testimonios generalmente han sido transmitidos por las familias de estas personas, dentro del proceso informativo diocesano (1935)

8. *Études manuscrites* del padre Leroy, en particular: *Détails se rapportant à "Histoire et Oeuvre" des Petites Soeurs des Pauvres.*

Archivos de las hermanitas de los pobres.

9. *Études manuscrites* del canónigo Helleu, en particular: *Notes et observations relatives à certains documents faisant partie du dossier de la cause de Jeanne Jugan.*

Archivos de las hermanitas de los pobres.

FUENTES IMPRESAS CONTEMPORÁNEAS DE LA VIDA DE JUANA JUGAN

1. El artículo del turista inglés de Dinan (1846). Desgraciadamente no tenemos el texto, solamente una traducción; se la encuentra en A.L. Masson, *Les premières Petites Soeurs des Pauvres,* Vitte, Lyón 1899; el autor dice haber encontrado este artículo en "una vieja revista". Se encuentra la misma traducción, con algunos cortos y ligeros retoques en el estilo, en A. Leroy, *Histoire des Petites Soeurs des Pauvres,* Poussielgue, París 1902.

2. Y. Tennaëc (= A. Chevremont), *La destinée du pauvre. Stances dédiées à Jeanne Jugan,* Marteville, Rennes, 1846. Reeditado en *Clairières,* Marteville, Rennes 1848; Paul Servan, París 1873.

3. Numerosos artículos de periódicos locales, sobre todo entre 1846 y 1851, en Rennes, Dinan, Saint-Brieuc, Tours, Angers. Están detallados al final de varios capítulos de este libro.

4. Louis Veuillot, *Les Petites Soeurs des Pauvres, ou le droit à l'assistance selon le christianisme,* en "L'Univers", 13 de septiembre de 1848. Reeditado en *Mélanges religieux, historiques, politiques et littéraires,* tomo IV, Vivès, París 1857 y 1861. Recogido y modificado en *Les libres penseurs,* París 1850. Véase la nota crítica.

5. Léon Aubineau, *Histoire des Petites Soeurs des Pauvres,* en "L'Univers" 22 y 24 de diciembre de 1851; 1 y 5 de enero de 1852. Reproducido en el "Journal de Rennes", 24, 25, 27, 28, 29, 31 de enero y 3 de febrero de 1852. Después publicado en forma de libro, Bailly,

Divry y Cía, París, 1852; Grimblot y Raybois, Nancy, 1852; Vagner, Nancy, 1855; Lefort, Lille, 1852, 1859, 1863, 1867, 1868, 1873, 1877, 1879, 1882, 1884. Reproducido en *Les serviteurs de Dieu,* t. I, Vaton, París, 1852; Lethielleux, París, 1860; Palmé, París, 1875, 1880, 1888. Diversas ediciones traducciones fuera de Francia. Véase la nota crítica.

6. Ch. Dickens, *The Little Sisters,* en "Household Words, a weekly journal conducted by Charles Dickens", 14 de febrero de 1852. Da cuenta de una visita a la casa de la calle de Saint Jacques, en París, se muestra muy informado sobre los comienzos de la congregación.

ESTUDIOS POSTERIORES

1. C. de la Corbinière, *Jeanne Jugan et les Petites Soeurs des Pauvres,* con una introducción por L. Aubineau, Lecoffre, París, 1883; 1895. Véase la nota crítica.

2. A. Leroy, *Histoire des Petites Soeurs des Pauvres,* Poussielgue, París, 1902. Traducido a varias lenguas. Véase la nota crítica.

3. A. Helleu, *Une grande bretonne, Jeanne Jugan, fondatrice des Petites Soeurs des Pauvres,* Riou-Reuzé, Rennes 1938. Véase la nota crítica.

4. F. Trochu, *Jeanne Jugan, fondatrice des Petites Soeurs des Pauvres,* Vittre, Lyón ²1974; La Tour Saint-Joseph. Traducido a varias lenguas. Obra de talento que valoriza los trabajos del canónigo Helleu. Algunas inexactitudes de detalle.

5. Cardenal G.M. Garrone, *Lo que creía Juana Jugan,* Herder, Barcelona 1976. Traducido a varias lenguas. Meditación sobre la experiencia doble y única de fe y de pobreza que vivió Juana Jugan.

II. BREVE NOTA CRÍTICA SOBRE LOS PRIMEROS BIÓGRAFOS DE JUANA JUGAN

LOUIS VEUILLOT (1813-1883)

Periodista católico, director de "L'Univers" Polemista con frecuencia violento.

Obtuvo su documentación sobre Juana Jugan y los orígenes de la congregación, de Marie Jamet, que lo recibió en la casa de Tours en 1848. La primera forma de su narración está de acuerdo con el desarrollo de los hechos presentados por la *Mémoire* a la Academia francesa.

Pero en *Les libres penseurs,* [2]1850, rehace su artículo de una forma profundamente modificada: borra el papel que desempeñó Juana y atribuye la fundación al padre Le Pailleur y a sus dos hijas espirituales, Marie Jamet y Virginie Trédaniel. En el intervalo ha podido encontrar el padre Le Pailleur que efectivamente fue a París. Después encontrará muchas veces a Juana Jugan en La Piletière o en La Tour.

Reedita el artículo bajo su primera forma en *Mélanges religieux, historiques, politiques et litteraires,* t. IV, 1857 y 1861. Pero lo acompaña de una nota: "Cuando, por primera vez tuve el honor y la dicha de hablar de las hermanitas de los pobres y anunciarlas por así decirlo al público religioso que aún no las conocía, casi no las conocía yo mismo; al menos no conocía suficientemente su historia. La buena hermana Juana Jugan no es la fundadora de esta admirable familia. Entró la tercera o la cuarta. El fundador fue el padre Le Pailleur..."

LÉON AUBINEAU (1815-1891)

Archivero, redactor en "L'Univers"; presidente de la Conferencia de San Vicente de Paúl en Tours. Sin duda él fue quien puso en contacto a Veuillot con la casa de Tours.

Dejó Tours a finales del año 1850, para instalarse en París. Allí encontró al padre Le Pailleur. Sometió a su examen el manuscrito del artículo que quería publicar en "L'Univers". Por ello la presentación que desde el principio da a los orígenes confiere toda la iniciativa al padre y a sus dos hijas espirituales; Juana es puesta al corriente poco a poco y les sigue.

De una edición a otra —y de un modo más marcado en 1877— Aubineau modifica su texto borrando cada vez más el papel de Juana Jugan y exaltando el del padre. La buhardilla de Juana se convierte en la de "Fanchon", y ésta pasa a primer plano; al principio hablaba de "cuatro fundadoras"; y al final no hay más que un fundador...

Mientras tanto, la cuñada de Léon Aubineau ha entrado en las hermanitas de los pobres; ha profesado en 1865 en La Tour; sin duda Aubineau fue a esta profesión y en esta ocasión debió ver a Juana. Enviada a España, la nueva religiosa muere allí en 1872. Ahora bien, en esta época, Aubineau atravesaba dificultades financieras a causa del desastre de "L'Univers". El padre Le Pailleur le entregó 40000 francos, importe del legado de su cuñada a la congregación. A partir de entonces Aubineau debió sentirse obligado a testimoniarle su agradecimiento.

En 1879 muere Juana Jugan. En "L'Univers", el 31 de agosto de 1879, Aubineau le dedica un largo artículo: en él se presenta la "leyenda" más que nunca.

Sin embargo debemos hacer una observación. Aunque L. Aubineau presenta de un modo inexacto los orígenes de las hermanitas de los pobres, profesa una ferviente admiración por las virtudes y grandeza de alma de Juana Jugan, y tiene el don de hacerlas resaltar. Lo hemos citado varias veces durante nuestro relato.

CLÉMENTINE DE LA CORBINIÈRE, NACIDA LE FER DE LA MOTTE (1829-1895)

Su padre y sus parientes conocieron y ayudaron a Juana durante muchos años. Ella misma, en su infancia y en su adolescencia, conoció a Juana en Saint-Servan; la volvió a ver, ya muy anciana, en La Tour en 1877. De 1839 a 1846 el padre Le Pailleur fue su confesor y ella lo admiró siempre.

El libro es vivo, caprichoso, presentado bajo la forma de una correspondencia imaginaria. Es el único texto que nos permite conocer la infancia y la juventud de Juana.

La señora de La Corbinière está bien documentada: utiliza sus propios recuerdos, los de sus parientes, los relatos de Anne Citré, amiga de Juana, los recuerdos de Therèse-Charlotte Emery, hermana de Juana, transmitidos por sus hijas, las sobrinas de Juana, que la conocieron y admiraron; y los de otros testigos a los que interrogó.

Pero sometió su texto al padre Le Pailleur, que evidentemente lo corrigió, y le dio una versión sobre los orígenes de la congregación. A ello se deben algunas incoherencias en su relato y a veces la expresión discreta de su asombro: ella creía que las cosas habían sucedido de otro modo.

Una hermanita que trabajaba en el secretariado de la congregación en 1880-1886 recuerda los pasos de la señora de La Corbinière a propósito de su libro: "...He sabido que se había hecho venir a la señorita Le Fer de la

Motte (señora de la Corbinière), informada, para pedirle que no haga aparecer su folleto. A pesar de ello, lo ha hecho aparecer, pero tengo la convicción de que las contradicciones que se encuentran en él se deben a la presión que se ha hecho sobre ella" (declaración de sor Saint-Michel).

Sor Alexis de Sainte Thérèse, que conoció a Juana en el tiempo de su propio noviciado (1872-1874), la volvió a ver en el capítulo general de 1878 y después fue asistente general (1894), ha dejado unas notas a propósito de este libro; lo esencial es lo siguiente:

a) "contiene inexactitudes en cuanto a la historia de nuestra congregación. Éstas no son obra del autor, que escribe de buena fe, sino de las tendencias del momento que conducían a establecer a Marie Jamet como primera hermanita... A pesar de haber muchos testimonios contrarios, se intentaba quitar a Juana su primacía..."

b) sin embargo, "considerando *los hechos,* del mismo relato se deduce que fue Juana Jugan la que realizó el comienzo de la congregación". Efectivamente, el detalle de los hechos da la impresión de que Juana ha desempeñado un papel determinante en el nacimiento de la asociación, que ella la ha como personificado por sus actos y virtudes, que ella ha inspirado a sus compañeras la total confianza en la providencia de Dios y la pobreza que de ella deriva, que ella ha instaurado la colecta y la ha marcado para siempre con su huella, que ha contribuido de modo determinante al crecimiento de la congregación después de haber recogido ella misma al primer anciano. En suma, los hechos que relata la señora de La Corbinière contradicen puntos importantes de la "leyenda".

c) En fin, la personalidad de Juana parece que está evocada con exactitud: "Las humildes virtudes de Juana Jugan (...), los hechos no menos humildes de su carrera, no pueden ofrecer duda (...), el autor habla de ella con

una profunda estima (...); nos traza la fisionomía moral y física de sor María de la Cruz de acuerdo con nuestros propios recuerdos."

ARSÈNE LEROY (1854-1919)

Sacerdote oriundo de Bécherel (villa cercana a La Tour Saint-Joseph), se unió en 1881 a los sacerdotes auxiliares de las hermanitas de los pobres. Aprendió a conocer bien la congregación, muchas de sus casas, su historia. Tal vez conoció personalmente a Juana Jugan.

En 1894, a petición y animado por sor Augustine de Saint Andrè, vicaria general de la congregación de las hermanitas de los pobres, resolvió escribir el relato de esta historia, y para ello reunió una abundante documentación. Sobre los comienzos de la asociación, recogió el testimonio directo de muchas hermanas.

En particular, recibió la confidencia decisiva de Marie Jamet. Después confió este hecho a sor Marie de la Croix (Joséphine James) religiosa de las hermanas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, de Paramé: "Al hablarme, cuenta ella, de Juana Jugan como fundadora de la congregación de las hermanitas de los pobres, el padre Leroy, entonces nuestro capellán, me dijo: "He preparado a morir a Marie Jamet y éstas son sus palabras: *Yo no soy la primera, pero me habían dicho que obrase así*" (nota de sor Marie de la Croix, 1942 y 1943).

El padre Leroy trabajaba con método y daba pruebas de una gran exigencia crítica: se negaba a afirmar lo que no estaba suficientemente probado por los documentos (véase una nota a propósito de la orden tercera eudista, p. 33).

Apoyándose sobre todo en la *Mèmoire* dirigida a la

Academia francesa, establece la verdad de los orígenes, desde la acogida de Anne Chauvin a principios del invierno de 1839. Después, a propósito del capítulo general del 12 de diciembre de 1847, hace una observación esencial sobre la historia de la congregación: "Desde entonces adoptaron la costumbre de hacer remontar su origen al reglamento y a los ejercicios del *petit rocher*; y se formó una leyenda al lado de la historia que la alteraba e interponía los papeles que cada uno desempeñó."

Pero, por ser los hechos tan recientes —el padre Le Pailleur, muerto el 20 de diciembre de 1895, gozaba aún de un gran prestigio— y para no atacar de frente las ideas recibidas, evita discutir la persona del padre, a pesar de que él fue quien se benefició de esta leyenda; incluso procura, cuando la ocasión se presenta, poner de relieve sus cualidades... Deja a otros la misión de hacer girar la llave que él ha introducido en la cerradura.

Esto no le impide ser el primero en insistir sobre el papel que desempeñó el padre Massot (él escribe Massat) y la influencia de los hermanos de San Juan de Dios, cuidadosamente omitidos en las circulares del padre Le Pailleur y en los escritos controlados por él.

El padre Leroy había reunido su documentación personal referente a Juana Jugan en su carpeta, y desgraciadamente esta carpeta se ha perdido. Veamos la confesión del sacerdote que creyó que debía llevar a cabo esta destrucción irreparable: "A mi llegada a Bécherel, en noviembre de 1931, encontré una gran carpeta de cartón, cuidadosamente cerrada y que tenía escrita esta nota: "Confidencial... Para destruirlo sin leerlo" Yo guardé este depósito en la caja fuerte de la parroquia hasta la muerte de la señorita Leroy, hermana del padre Leroy. En su lecho de muerte, la señorita Leroy me confió que este depósito contenía un cierto número de documentos importantes referentes a Juana Jugan... Varias cartas del padre Le Pailleur... Procesos verbales... cartas de Roma... Este depósito le había sido enviado por su hermano moribundo, con el encargo de destruirlo todo. No habiéndose atrevido a ejecutar por sí misma esta última voluntad del moribundo, ella había confiado su ejecución al canónigo Duplessix, entonces párroco deán de Bécherel. A mi llegada, encontré los documentos en la caja fuerte de la parroquia, ignorando completamente su origen y su naturaleza. Obedeciendo a las instancias de la señorita Leroy, en 1934, destruí todos los documentos en depósito, ya que no podía sospechar su importancia" (nota del canónigo Briend, antiguo párroco de Bécherel). Un año más tarde se abría la encuesta para la beatificación...

ARSÈNE HELLEU (1882-1951)

El canónigo Helleu en 1935 fue encargado por el arzobispo de Rennes a título de vicepostulador, de llevar el proceso informativo diocesano con vistas a la beatificación de Juana Jugan. Trabajó con gran conciencia, con mucho método y una profunda admiración hacia Juana, desde 1935 a 1939. Preguntó por sí mismo o hizo preguntar por comisión rogatoria a todos los testigos supervivientes de la vida de Juana Jugan, y a las personas que podían contar los recuerdos de los testigos directos.

Para uso del público, resumió los resultados de sus investigaciones en un librito sin pretensiones literarias, pero muy objetivo: *Une grande bretonne, Jeanne Jugan, fondatrice des Petites Soeurs des Pauvres.*

Sólo es de lamentar que el autor no haya indicado las referencias de los documentos y testimonios que utiliza.

Las investigaciones realizadas posteriormente han

permitido rectificar algunas afirmaciones de detalle de este libro, que seguirá siendo una de las fuentes importantes de la historia de Juana Jugan.

III. TEXTO DE LA MEMORIA DIRIGIDA A LA ACADEMIA FRANCESA PARA SOLICITAR LA CONCESIÓN DEL PREMIO MONTYON A JUANA JUGAN

Municipio de Saint-Servan
Partido judicial de Saint-Malo
(Ille-et-Vilaine)

Los que suscriben, testigos de la caridad heroica de una pobre mujer, que desde hace varios años, se consagra a aliviar a los desgraciados en la ciudad de Saint-Servan (Ille-et-Vilaine), como será comprobado más adelante, creen su deber dar a conocer virtud tan generosa y someterla a los señores miembros de la comisión que juzga los premios a la virtud fundados por el señor de Montyon. Los que suscriben declaran que el paso que dan no les ha sido sugerido por la que recomiendan, sino que, espontáneamente, han manifestado a esta pobre mujer su intención de hacerlo. Ella, que dista mucho de pensar que merezca algún elogio, ha suplicado con lágrimas que no se hiciese ninguna mención de ella, pero por último ha consentido en interés de sus pobres.

Juana Jugan nació en Cancale, pequeño puerto de mar, el 28 de octubre de 1792 de padres pobres, pero honrados y virtuosos. Obligada a dejar la casa paterna a causa de la pobreza de su familia, llegó a Saint-Servan a la edad de veinticinco años. Sirvió aquí en varias casas con una gran fidelidad y su conducta siempre fue de una regularidad perfecta. Entre otras personas sirvió a una señorita mayor que se ocupaba en hacer buenas obras y entonces su más dulce alegría era ayudar a su querida señora en los piadosos ejercicios de su caridad. Después de morir

ésta, Juana se retiró a su casa, sin ninguna renta y trabajando para vivir. Pero, impulsada por el deseo de hacer el bien, no permaneció mucho tiempo sin hallar la ocasión de mostrar su celo. Saint-Servan, aunque cuenta con una población bastante considerable, y una población de marineros, que muchas veces, diezmados por los peligros del mar, dejan a sus ancianos padres sin recursos, Saint-Servan no tenía ningún hospicio ni lugar alguno para recoger a los ancianos indigentes de uno y otro sexo, de modo que muchos desgraciados ancianos estaban expuestos a toda clase de miserias. Su triste posición enterneció el corazón de Juana y se decidió a acudir en su ayuda. Pero, ¿cómo lo haría? No tiene dinero, no importa. Se confía a Dios... Al comenzar el invierno de 1839, se entera de que una anciana pobre, enferma y ciega acaba de perder a su hermana, la única que la cuidaba y que iba a buscarle el pan; conmovida por su suerte. Juana la hace trasladar a su casa y la adopta como madre. La alimentación de esta primera no le preocupa mucho: para poder mantenerla, trabajará hasta más tarde por la noche[1].

Poco tiempo después fue una anciana sirviente que había servido fielmente y sin cobrar hasta la muerte de sus señores venidos a menos, y que, no sólo les había servido así, sino que había gastado con ellos todos sus ahorros, y, al agotarse todo, había acabado por ir a buscar el pan para ellos y también para ella; después de su muerte, débil y enferma, le expone a Juana su triste suerte: ésta inmediatamente la recoge con alegría.

Esta doble conquista estimula aún más su celo. Como su casa era demasiado pequeña y no podía ya recibir a

1. El nombre de la primera es Anne Chauvin, viuda de Hannaux: vive todavía; el nombre de la sirvienta es Isabelle Queru: fallecida hace diez meses, en la casa de Juana.

otros desgraciados, alquila otra mayor y entra en ella el 1 de octubre de 1841. Un mes más tarde, su nueva casa está completamente llena; doce pobres ancianas encuentran allí un cobijo. Pero, ¿qué hará Juana para alimentarlas? Un poco de dinero que había guardado se ha gastado enseguida. Entonces su caridad la vuelve ingeniosa. Como ya no tengo pan para darles, dice, iré a buscárselo: tanto más cuanto que esta tarea me conviene más a mí que a estas desgraciadas, quebrantadas por los años y las enfermedades. Y lleva a cabo su pensamiento de este modo: pide a cada uno de sus pobres el nombre de las personas benefactoras que lo asistían, y va ella misma a solicitar sus limosnas. Todos acceden de buen grado, y con razón; porque en lugar de ser como antes que estos desgraciados sufrían la fatiga y la humillación de mendigar y muchas veces hacían mal uso de lo que se les daba, Juana cumplía esta tarea en su lugar y todos estaban seguros de que su limosna estaba bien empleada.

Van a visitar la pobre casa de Juana, una obra tan buena atrae el interés general. Sienten la necesidad de dar por fin un asilo a los ancianos abandonados. Muchas personas generosas se reúnen para procurarles una casa más espaciosa. Adquieren esta casa, se la ceden a Juana; pero no pueden hacer más; y así la previenen de que si el número de sus pobres aumenta, será tarea de ella procurarles su sustento y cuidarlos. No importa, Juana acepta, pensando que la Providencia, que la ha atendido tan bien hasta ahora, no la abandonará, y entra llena de alegría en su nueva casa el 1 de octubre de 1842.

Muy pronto, en lugar de doce pobres, tiene veinte, de veinte pasa a treinta; un año después, a finales de 1843, tenía cuarenta y actualmente, ¡oh bendición!, tiene a su alrededor una familia de sesenta y cinco pobres de los dos sexos, todos ancianos o achacosos, lisiados, o mancos, o

idiotas o afectados de enfermedades incurables, todos sacados de la miseria de sus desvanes, o de la vergüenza de mendigar por las calles, muchos arrancados de los vicios que el vagabundeo lleva consigo.

¡Quién podrá decir el celo de esta mujer en recoger a los pobres! Muchas veces, yendo ella misma a buscarlos en su triste aposento, los ha determinado a seguirla, o, si no podían andar, cogiéndolos como una carga preciosa, los ha llevado con alegría a su casa. Un día, oye que un anciano de setenta y dos años, Rodolphe Lainé, antiguo marinero, que no tiene ninguna pensión, está abandonado en un sótano húmedo. Ella se dirige allí y ve a un hombre con el rostro extenuado, cubierto de harapos medio podridos, y tendido sobre lo que antes había sido paja y que ya no era más que un maloliente estercolero. Este desgraciado tenía una piedra como almohada; su sótano estaba debajo de una casa de pobres, éstos le daban algunos trozos de pan, y él vivía de este modo desde hacía dos años. Ante este espectáculo Juana es presa de la más viva compasión. Sale, confía lo que ha visto a una persona bienhechora y llega un poco después con una camisa y vestidos limpios. Cuando el anciano se ha cambiado de ropa, lleva al nuevo huésped a su casa y actualmente goza de buena salud. Podrían citarse muchos otros actos del mismo género. Ha recogido a una niña de cinco años, Thérèse Poinso, huérfana y lisiada, a la que nadie quería; otra vez, fue una jovencita de catorce años, Jeanne Louette, a quien sus padres desnaturalizados habían abandonado al dejar nuestra ciudad; ella ha recogido a esta desgraciada cuando la llevaban a un lugar de prostitución. Un día, una joven de mala vida, no queriendo sostener ya más a su anciana madre, la viuda Colinet, la lleva y la deja en la calle delante de la casa de Juana: esta pobre mujer tenía en la pierna una úlcera horrible, y ésta es una razón para que

sea recibida con mayor bondad aún. Otro día, era en medio del invierno, con un frío riguroso y cayendo ya la noche, dos niños de nueve a diez años del extremo de la Basse-Bretagne, que habían huído de la casa paterna porque no tenían pan, son hallados en nuestras calles errantes y llamando de puerta en puerta. Nadie acoge a los pobres pequeños, porque no tienen dinero. Una voz grita: hay que llevárselos a Juana; Juana, en efecto, los recoge y los alimenta hasta que, por medio de la administración, a la que informa, son devueltos al domicilio de sus padres. (A excepción de estos dos niños, los otros desgraciados a los que Juana ha recogido, los ya nombrados anteriormente y los otros, están domiciliados en Saint-Servan.)

Estimuladas por su ejemplo, se han unido a ella tres personas, para compartir sus desvelos y fatigas. Éstas se dedican en la casa a todos los trabajos más penosos con una abnegación admirable e incluso en detrimento de su salud, mientras que fuera de casa Juana, infatigable, se multiplica en proporción del número de sus pobres. Ella va caminando constantemente, haga el tiempo que haga, con un cesto al brazo, y siempre lo trae lleno. Pues no sólo, como hemos dicho, recoge las limosnas de las personas caritativas que quieren asistirla para los pobres que tiene en su casa y que ya no frecuentan su puerta; sino que también recoge, con piadosa diligencia, los restos de su comida, la ropa vieja y los vestidos que ya no les sirven; y así, lo que muchas veces se habría perdido, la ayuda a alimentar y a vestir a sus pobres. Para abogar por ellos, es verdaderamente elocuente, frecuentemente se la ha visto deshacerse en lágrimas al exponer sus necesidades; por tanto es difícil resistirle, y casi siempre ha conseguido ablandar los corazones más duros. Por lo demás, no importuna a nadie: si la rechazan, se retira enseguida sin manifestar el menor descontento, diciendo: Otra vez nos

asistiréis. Ha identificado realmente su suerte con la de los pobres, va vestida como ellos con lo que le dan, se alimenta con las sobras como ellos, teniendo cuidado de reservar siempre la mejor parte para los que están enfermos o para los más débiles; y las personas que la secundan imitan su ejemplo. Por último, en esta casa reina el orden. El trabajo está organizado. Un doctor en medicina tiene la bondad de visitar gratuitamente a los que están enfermos, y él mismo ha montado allí una pequeña farmacia. Los pobres están tratados con dulzura y los mantienen muy limpios. Todo esto lo saben los que han visitado la casa, y está atestiguado por los mismos ancianos que allí se hallan a gusto.

Así, gracias a sus cuidados y los medios fáciles que ha sabido emplear y que no pesan sobre nadie, a la vez que se ha ganado la confianza de la ciudad, Juana Jugan ha conseguido arrancar a sesenta y cinco desgraciados al frío, a la miseria, ha librado nuestras calles del horrible espectáculo de su mendicidad, y en menos de cuatro años ha empezado a fundar un verdadero hospicio o, como la llaman generalmente, una casa de asilo para los pobres ancianos y enfermos.

Hemos creído que debíamos exponer a los señores. Miembros encargados de decidir sobre los premios a la virtud, una parte del bien que hace esta pobre mujer, y si su juicio favorable cree que debe premiar tanto celo y tanta caridad, tenemos la certeza de que la recompensa que le será concedida redundará en beneficio de sus queridos pobres.

Firmado: Sr. J. Hay de Bonteville, canónigo honorario, cura párroco de Saint-Servan; E. Girodroux; Le Maréchal; Dupont; De Bon; Jevin; H. Longueville; Louyer-Villermay, Moutardier; J. Turmel; Bourdin; P. Roger; Du Haut Cilly; Bourdase; E. Gouazon.

El alcalde del municipio de Saint-Servan, legalizando las quince firmas anteriores de los miembros del consejo municipal y del señor cura párroco, certifica que todos los hechos mencionados en la exposición son de su perfecto conocimiento.

Saint-Servan, 21 de diciembre de 1844
Firmado: Douville

El abajo firmante miembro del consejo general desempeñando la función de subprefecto del partido judicial de Saint-Malo, por delegación del señor Prefecto de Ille-et-Vilaine, por estar el titular con licencia, se ha hecho dar cuenta de todas las hermosas acciones de la señorita Juana Jugan. Los testimonios de las personas honorables que ha recogido son unánimes sobre todos los hechos consignados en el informe adjunto. Por tanto, recomienda, con gran solicitud, a esta virtuosa mujer al benévolo interés de los señores Miembros de la Comisión establecida para la distribución de los premios a la virtud fundados por el señor de Montyon.

El consejero general
Firmado: Louis Blaire

Nota del autor: He respetado el texto del manuscrito original: da el 28 de octubre en lugar del 25 como fecha de nacimiento de Juana Jugan; algunos nombres propios tienen mal la ortografía; Rodolphe Laisné tenía 76 años y no 72.

ESCENAS DE LA VIDA HOSPITALARIA EN LONDRES PINTADAS EN VIDA DE JUANA JUGAN POR JAMES COLLINSON (1825-1881)

James Collinson, discípulo de la "Royal Academy", se reunió con sus condiscípulos Holman Hunt y Dante Gabriel Rossetti, en la "cofradía" de los prerafaelitas, asociación formada por siete artistas, cinco de los cuales fueron pintores; él se salió de ella después de haberse hecho católico.

Primer cuadro (página 80):

Reputado por su cuidado en los detalles y por la perfección de su realización, Collinson ha llevado la veracidad hasta el punto de escribir en el sobre que está caído en el suelo el nombre y la dirección de la anciana ciega: Marie Hayes. Marie Hayes entró el 15 de enero de 1868 en la casa de las hermanitas de Portobello Road, en Londres, y murió en la misma casa el 9 de octubre de 1869.

La escena es notable por su veracidad y finura de observación. Las personas ancianas están tomadas del natural; las hermanitas, muy jóvenes —la congregación aún no tiene 30 años de existencia— parecen penetradas de los consejos recibidos de Juana Jugan: "Pequeñas mías, cuiden bien a los pobres ancianos, porque es al mismo Jesús a quien cuidan en ellos." "Cuando vivan con los ancianos, sean buenas, sean muy buenas..." "Cuando estén con el pobre, entréguense de todo corazón."

Hallado casualmente en Inglaterra en 1973, este cuadro está actualmente en la casa madre de la congregación.

Segundo cuadro (página 232):

En una carta del 15 de junio de 1875, el padre Lelièvre, sacerdote auxiliar de la congregación, le habla a su amigo Louis Marest de este cuadro, pintado en la casa de las hermanitas de Londres.

"Buscad a un hombre que está de pie y que sirve el pan (...) Este hombre es Richard" (Richard Bentley, que murió después de 14 años pasados con las hermanitas).

"Cuando en la casa hubo una enfermería y enfermos (...) solicitó y obtuvo el puesto de ayudante de la hermana enfermera. Y ha desempeñado este cargo hasta el mes de mayo último, con toda la exactitud, todo el celo, toda la paciencia que pueda emplear la hermana más abnegada. Dormía entre sus enfermos, estaba a su servicio tanto de noche como de día, constantemente ha mostrado una expresión de buen humor y de contento (...) No creo que durante todo el tiempo en que yo le conocí, hubiese perdido durante un cuarto de hora, el pensamiento de la presencia de Dios (...) ¡Oh Richard, si hay un hombre en este mundo a quien yo haya envidiado y de quien esté aún ahora un poco celoso, es de ti! ¡En nadie he visto como en él la fe y la esperanza unidas a la caridad. Su actitud y su mirada lo decían todo: su vida también lo dice todo. He olvidado decir que desde que entró en la casa estaba sordo como una tapia. Soportaba este achaque con la misma ecuanimidad que todo lo demás. Dicen que sus últimos instantes han sido los de un santo. Y yo lo creo. Ahora todo lo que puedo decir es esto: ¡Richard, recuerda que yo fui tu amigo y que, aunque te haya visto muy pobre, nunca te traté sino con un gran respeto!..."

De este cuadro se han perdido las huellas, pero se ha conservado una fotografía tomada por el mismo pintor.

Gabriel-Marie Garrone

LO QUE CREÍA JUANA JUGAN

Segunda edición. Tamaño 12×20 cm. 120 págs.

El contenido de esta obra al mismo tiempo que remite a la realidad fundamental de la fe, nos lleva también de la mano a un descubrimiento extraordinario: en Juana Jugan la fe se confunde con la pobreza. Pobreza en bienes materiales, según la entiende san Lucas. Pobreza en el sentido amplio de humildad, según la entiende san Mateo. Pero pobreza que, tanto en uno como en otro, es, ante todo, dependencia constante y filial de las manos de Dios, con todo lo que ello engendra de paz, alegría, sabiduría y fortaleza, bienes todos ellos que son "fruto del Espíritu" según la expresión de san Pablo. Todo ello hace pensar que la fe, la pobreza y la caridad llegan a armonizarse hasta el punto de confundirse entre sí.

La única manera auténtica y razonable de interrogarse sobre la fe de Juana Jugan es hacerlo en términos de pobreza. Ésta es asimismo la única manera de beneficiarse de la irradiación de esta fe sobre la nuestra. Es a su vez una profundización clarificadora y original del mismo concepto de pobreza, a la que selectos espíritus aspiran tan a menudo hoy en día, sin conocer siempre, y aun la mayoría de las veces, la verdadera fuente y sin aplicarle su verdadero nombre.

Estas páginas aspiran a despertar y revelar algo de este amor que comienza y acaba con la pobreza que sólo en Dios recibe su sentido.

Editorial Herder S.A., Provenza 388, BARCELONA 25 (España)

Una muchacha de Bretaña, que alterna sus servicios caseros con el cuidado de enfermos, alquila con una amiga dos piezas del segundo piso de una casa sita en la calle del Centro en Saint-Servan. La vida de la muchacha es de oración y servicio.

Corre el año de 1839. Jeanne Jugan cuenta 47 años cuando se lleva a su casa la primera anciana enferma y desvalida. Después otra, otra, y otra todavía . . . Impulsadas por el ardor de la fe y de la caridad, por su celo hacia los desamparados, ella y sus primeras compañeras no tardarán en repetir las mismas proezas . . . «Esto parece una locura, pero si Dios está con nosotras, lo lograremos.»

Cuando Jeanne Jugan muere 40 años después, las Hermanitas de los Pobres, nacidas de una iniciativa tan espontánea, son 2400, en Francia, Inglaterra, Bélgica, Escocia, España, Irlanda, Estados Unidos, Argelia, Italia, Malta . . .

Con todo, por una desconcertante paradoja, la fundadora y primera Hermanita de los Pobres fue muy pronto alejada de la misión a la cual Dios la había llamado. Ello formaba parte de su itinerario de pobreza y de renuncia. «Esperarlo todo de Dios . . .» podría ser la divisa de esta mujer. En su corazón, abierto al infortunio, se lee el reflejo de la ternura, de la misericordia y de la compasión de Dios; en sus manos vacías, la riqueza y la perseverancia de su amor.

Hoy en día, en 31 países de los cinco continentes, Jeanne Jugan prosigue, a través de sus hijas, esta obra de Dios: el servicio desinteresado de los ancianos de la familia humana, la continuidad gozosa de una fraternidad universal. El futuro Juan XXIII decía, en su visita a la casa madre: «Yo he podido comprobar cómo se hacen las obras de Dios.»

Una mujer del siglo XIX. Una pionera del servicio y de la fraternidad para todos los tiempos. Humilde para amar, testimonio de la acogida de Dios. Un testimonio que el hombre contemporáneo escucha con mayor agrado que a los poderosos, según palabras de Pablo VI.

Retrato de Jeanne Jugan por el pintor Léon Brune, 1855, Rennes. Fot. Jean A. Fortier.